

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

JUAN PABLO II, EL GRANDE

LIMA – PERÚ

JUAN PABLO II, EL GRANDE

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Inprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE: INFANCIA Y JUVENTUD

Situación histórica de Polonia. Los padres de Karol.
Su infancia. El Liceo.
Muerte de su hermano. Cracovia.
Muerte de su padre. Seminarista.

SEGUNDA PARTE: DE SACERDOTE A CARDENAL

Sacerdote.
Roma. Vicario de Niegowic y San Florián.
El amor humano. Profesor.
Obispo. El concilio.
Arzobispo y cardenal.

TERCERA PARTE: SU PONTIFICADO

Papa. Su vida diaria.
El Papa de excursión.
Atentado. El valor del sufrimiento.
Amor a los que sufren.
La cuestión social.
Defensor de la vida.
Defensor de la mujer.
Promotor de la paz.
Jornadas mundiales de la juventud.
Jubileo del año 2000.
Revisión del pasado.
Problemas eclesiales.
Relación con los judíos. El Islam.
Los ortodoxos. Los protestantes
Última enfermedad y muerte.

CUARTA PARTE: VIDA INTERIOR Y ANÉCDOTAS

Amor a Jesús Eucaristía.
Su amor a María.
Los santos y los ángeles.
Anécdotas. Hechos de vida.

Estadística. Beatificación

CONCLUSIÓN
CRONOLOGÍA
BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de Juan Pablo II es una vida fascinante. Por eso, se le ha empezado a llamar el Grande (Magno). Fue un hombre de fe a toda prueba. Una fe probada desde niño en el sufrimiento por la pérdida temprana de sus padres y de su único hermano. Pero, al quedar solo en el mundo, se refugió en Dios, lo que lo llevó a escoger el sacerdocio para dar sentido a su vida y vivir a tiempo completo al servicio de los demás.

De sacerdote se dedicó especialmente a la pastoral universitaria con retiros en excursiones por las montañas. Después se dedicó a la docencia, ya que en Roma y Cracovia había conseguido los doctorados de teología y filosofía, respectivamente. Elegido obispo auxiliar, se dedicó en cuerpo y alma a hacer visitas pastorales, y lo mismo cuando fue arzobispo titular de Cracovia, en cuyo desempeño tuvo que defender los derechos de la Iglesia y de los trabajadores contra las autoridades comunistas. Elegido cardenal por Pablo VI, además de las tareas como arzobispo de Cracovia, viajó por el mundo para ayudar espiritualmente a los emigrantes polacos y conocer mejor la situación eclesial en los distintos países del mundo.

Había asistido y participado activamente en el concilio Vaticano II. Estaba bien preparado y, aunque no era muy conocido, el Espíritu Santo inspiró a los cardenales en el cónclave que lo eligieran Papa para gloria de Dios, bien de la Iglesia y salvación de las almas.

Como Papa rompió muchos esquemas. Era deportista e hizo muchas escapadas fuera del Vaticano para esquiar o subir montañas; se hizo construir una piscina en Castelgandolfo; invitaba casi todos los días a la gente más diversa a la misa privada y a comer al mediodía o en la noche. Le gustaba hablar con la gente. Y en 104 viajes internacionales pudo hacer realidad su sueño de niño de viajar por todo el mundo.

Se hizo querer de todos, por su sencillez, su sentido del humor, su cercanía y su amor. En él destacó su gran espíritu de fe, su amor a Jesús Eucaristía y su amor a María nuestra Madre. Ojalá que la lectura de su vida nos estimule en el camino de la santidad para ser cristianos auténticos, sabiendo compartir nuestra fe con los demás.

PRIMERA PARTE

INFANCIA Y JUVENTUD

SITUACIÓN HISTÓRICA DE POLONIA

Polonia había dejado de ser independiente como país desde el siglo XVIII. En 1773 y 1795 su territorio había sido repartido entre Austria y Rusia. Después de la primera guerra mundial en 1919, por el Tratado de Versalles, consigue la independencia el dominio austriaco. Y comienza una guerra para recuperar los territorios orientales anexados por Rusia. En 1920 los polacos vencen a la Armada roja de Rusia por el llamado *Milagro del Vístula*, por el Tratado de Riga de 1921 recuperan del dominio ruso los territorios del Este. En ese momento había en Polonia 27 millones de habitantes, de los que el 8% eran judíos.

Al comenzar la segunda guerra mundial, Alemania se anexa dos terceras partes del territorio occidental de Polonia; y, los rusos, el tercio restante de la parte oriental. Después de la guerra, en la Conferencia de Yalta de febrero de 1945, los jefes de Estado de Rusia, Estados Unidos e Inglaterra recomponen el mapa de Europa, moviendo Polonia 250 kilómetros al oeste, haciéndole perder 280.000 kilómetros cuadrados de la parte oriental, de los que se apropia Rusia, dándole 160.000 kilómetros cuadrados, quitados a Alemania. Wilno y Lwow estarían ahora en la Unión Soviética, mientras que Breslau, Stetin y Danzing serían territorios polacos y tendrían los nombres de Wrocław, Szczecin y Gdansk. Esto producirá durante muchos años un gran resentimiento de los alemanes contra los polacos.

LOS PADRES DE KAROL

Vivían en el pueblo de Wadowice en la Polonia meridional a orillas del río Skawa y a los pies de los montes Beschidi, a 350 kilómetros de la capital Varsovia y a 40 kilómetros de Cracovia, así como a 30 de Auschwitz, que se hará famoso por el campo de exterminio de la segunda guerra mundial en el que murieron millones de judíos.

El pueblo de Wadowice tenía 10.000 habitantes, de los que 2.500 eran judíos. Y había un destacamento militar que le daba gran prestigio. A las afueras de Wadowice había un monasterio de carmelitas descalzos en el que murió Rafael Kalinowski en 1907, canonizado por Juan Pablo II en 1991.

La familia Wojtyla vivía en una casita de la calle Rynek, hoy calle Kszielna, al lado de la iglesia parroquial. Su apartamento era propiedad de un judío. Su padre, Karol Wojtyla, era hijo de un sastre y, terminados sus estudios secundarios, se dedicó a la sastrería como su padre. En 1900 fue llamado a las armas con el grado de suboficial en el ejército austro-húngaro, ya que Wadowice pertenecía al imperio austro-húngaro. Al recobrar Polonia la independencia de la parte austríaca en 1919, él pasará al ejército polaco en calidad de oficial con tareas administrativas y permanecerá allí hasta 1928 en que se jubilará con el grado de capitán, debido a la mala salud de su esposa, a quien debía cuidar; a la vez que atender las labores del hogar. Le quedó una pequeña pensión para vivir. La gente lo llamaba *el capitán*. Era alto, derecho y armonioso, según dicen los que lo conocieron.

Su esposa, la mamá de nuestro santo, se llamaba Emilia Kaczorowska. Era de frágil salud. Había nacido en Cracovia y era la quinta hija de un albardero, es decir, un artesano que hacía revestimientos para carrozas. Se había casado con Karol en 1902. Su primer hijo, Edmundo, conocido en la familia como Mundek, había nacido el 27 de agosto de 1906.

Su segunda hija, Olga, había nacido en 1914, pero vivió pocos días. A este difícil embarazo se remontan las enfermedades al corazón y a los riñones que la llevaron a la muerte.

SU INFANCIA

Karol nació el 18 de mayo de 1920 y fue bautizado el 20 de junio de 1920 con el nombre de Karol Jozef Wojtyla Kaczorowska. Sus familiares y amigos lo llamaban Lolek, es decir, Carlitos, pues es un diminutivo de Karol (Carlos). Él nos dice: *Nací el 18 de mayo de 1920. En un día tan importante en la vida de un hombre quiero rememorar a mis padres. Deseo recordar con gran gratitud a mi padre y a mi madre, que me han dado la vida. Pensando en ellos quiero de modo particular agradecer a Dios, Señor y fuente de vida, por este su primer y fundamental don*¹.

Su madre se dedicó en cuerpo y alma a cuidarlo y atender las labores del hogar. Según cuentan los vecinos, tenía la casa como un espejo. Pero tenía mala salud y, cuando Karol tenía 9 años, el 13 de abril de 1929, murió a los 45 años. Cuando Karol hubo de dar la noticia en clase sólo dijo, como le enseñó su padre: *Ha sido la voluntad de Dios.*

¹ Discurso en la Audiencia general del 17 de mayo de 1995.

Él recuerda: *No había recibido aún la primera comunión cuando perdí a mi madre. Apenas tenía nueve años. Por eso, no tengo conciencia clara de la contribución, seguramente grande, que ella dio a mi educación religiosa. Después de su muerte y después de la muerte de mi hermano mayor, quedé solo con mi padre, que era un hombre profundamente religioso*².

*Cuando yo me encontraba en alguna dificultad, él me recomendaba rezarle al Espíritu Santo. Y esta enseñanza suya me ha señalado el camino que he seguido hasta hoy*³. *Recuerdo que un día me dio un libro de oraciones en el que se encontraba una Oración al Espíritu Santo. Me dijo que la rezara cada día. Desde aquel momento procuro hacerlo así*⁴.

*Mi padre me había habituado a la lectura. Con frecuencia se sentaba a mi lado y me leía por ejemplo Sienkiewicz y otros escritores polacos... No cesaba de animarme a conocer la literatura de valor y no me obstaculizó nunca mi interés por el teatro*⁵. *Mi padre era tan exigente consigo mismo que de ningún modo tuvo que serlo con su hijo. Su ejemplo bastaba para enseñar disciplina y sentido del deber*⁶.

*Mi padre era admirable y casi todos mis recuerdos de infancia y adolescencia se refieren a él. Los violentos golpes que tuvo que soportar abrieron en él una profunda espiritualidad y su dolor se hacía oración. El mero hecho de verlo arrodillarse tuvo una influencia decisiva en mis años de juventud*⁷.

Karol guardó siempre un amor entrañable por sus padres. Cuando, siendo Papa, visitaba Polonia, iba sin falta a hacer una visita al cementerio donde estaban sus padres y hermanos. Y siempre tuvo en su dormitorio la foto de sus padres.

Sobre su infancia declaró: *Cuando era niño iba sobre patines*⁸. *También tuve oportunidad de jugar como tantos otros en la edad juvenil algunos partidos de fútbol*⁹. Él era el portero.

² Juan Pablo II, *Don y misterio*, BAC, Madrid, 1996, p. 35.

³ Misa con los jóvenes de la República Checa el 26 de abril de 1997.

⁴ Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Grupo Editorial Norma, 1994, p. 157.

⁵ Juan Pablo II, *¡Levantaos! ¡Vamos!*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 2004, p. 89.

⁶ Frossard André, *No tengáis miedo*, Ed. Plaza & Janes, Barcelona, 1982, p. 13.

⁷ *Ibidem*.

⁸ 27 de junio de 1988.

⁹ Al equipo de fútbol del Cagliari (Italia) el 28 de marzo de 1981.

Sobre la naturaleza nos dice: *Tuve siempre gran amor hacia la naturaleza: hacia los lagos, los bosques, las montañas, sea en verano como en otras estaciones y particularmente en invierno, cuando el turismo hay que hacerlo sirviéndose de los esquís* ¹⁰. *Cuando yo veo a los scout, pienso enseguida en las carpas: bajo éstas pasan ellos su vida como scout, y yo conozco un poco de este tipo de vida, porque he pasado muchas vacaciones bajo las carpas* ¹¹.

Algo que le marcó mucho y nunca olvidó fue su primera comunión. *Recuerdo como si fuese hoy cuando, junto con mis compañeros, recibí por primera vez la eucaristía en la iglesia parroquial de mi pueblo. Se suele fijar este acontecimiento en fotos familiares para que no sea olvidado. Tales fotos generalmente siguen a las personas por el resto de los años. Con el pasar del tiempo se revive, hojeándolas, la atmósfera de aquellos momentos; se vuelve a la pureza y a la alegría experimentadas en el encuentro con Jesús que por amor se ha hecho Redentor del hombre* ¹².

En el templo (de Wadowice) me acerqué por primera vez al sacramento de la confesión y en él hice mi primera comunión. Aquí fui monaguillo. Aquí di gracias a Dios por el don del sacerdocio y, ya como arzobispo de Cracovia, aquí viví el jubileo de mis veinticinco años de sacerdocio. Sólo Dios, dador de todo bien, sabe cuántas gracias recibí en este templo y en esta comunidad parroquial. A él, Dios uno y trino, le doy la gloria en el umbral de esta iglesia ¹³.

EL LICEO

A los 10 años, en 1930, fue a estudiar al Liceo o Instituto, pero antes de ir a clase iba a misa todos los días. El padre Figlewicz, vicario de Wadowice, lo introdujo en el grupo de monaguillos, fue su profesor de religión en el primer curso del Instituto y, a partir de ese momento, su confesor y director espiritual. En el octavo curso del Instituto llegó a ser Presidente de la Congregación mariana de Hijos de María. Pronunciaba los discursos en las fiestas; y en los desfiles iba delante del pelotón de alumnos.

Recuerda: *El arzobispo metropolitano de Cracovia, príncipe Adam Stefan Sapieha, visitó la parroquia de Wadowice cuando yo era estudiante en el Instituto. Mi profesor de religión, P. Edward Zacher, me encargó darle la bienvenida. Así, tuve entonces la primera ocasión de encontrarme frente a aquel*

¹⁰ Diálogo con los jóvenes de Budokan (Tokio) el 24 de febrero de 1981.

¹¹ 20 de enero de 1991.

¹² 13 de diciembre de 1994.

¹³ Homilía en Wadowice el 16 de junio de 1999. *Osservatore Romano*, edición española, del 16 de julio de 1999, p. 10.

hombre tan venerado por todos. Sé que, después de mi discurso, el arzobispo preguntó al profesor de religión qué facultad elegiría yo al terminar el Instituto. El P. Zacher respondió: “Estudiará filología polaca”. El Prelado comentó: “Lástima que no sea teología”.

En ese período de mi vida la vocación sacerdotal no estaba aún madura, a pesar de que a mi alrededor eran muchos los que creían que debía entrar en el Seminario. Y tal vez alguno pudo pensar que, si un joven con tan claras inclinaciones religiosas no entraba en el Seminario, era señal de que otros amores o aspiraciones estaban en juego. En efecto, en la escuela tenía muchas compañeras y, comprometido como estaba en el círculo teatral escolar, no faltaban diversas posibilidades de encuentros con chicos y chicas. Sin embargo, el problema no era éste. En aquel tiempo estaba fascinado, sobre todo, por la literatura, en particular por la dramática, y por el teatro¹⁴.

Dice Hallina Kwiarowska, una de sus compañeras y amigas con la que representó muchas veces escenas teatrales y que después llegaría a ser una importante y famosa artista del teatro de Polonia: *Todos los días, cuando tenía diez a doce años, lo veía a los ocho la mañana ir a la iglesia antes de ir al Liceo. Esto impresionaba a todos y a mí en particular*¹⁵.

Además de Hallina tuvo otras amigas como Regina Beer, llamada Ginka, judía e hija del director del banco de Wadowice, quien para escapar al exterminio tuvo que huir con toda su familia.

Hallina y Karol hacían teatro en Wadowice y, a veces, iban hasta Cracovia para las representaciones amatorias en las que ella y él hacían los dos papeles principales y donde en escena se casaron muchas veces. De aquí salió el rumor de que algunos la consideraron la novia del Papa, pero nunca se comprometieron, porque él, antes de comprometerse en algo serio, quería estudiar en la universidad lengua y literatura polaca. Hallina se casó con Tadeusz, un amigo común, y Karol, siendo ya sacerdote, bautizó a su hija Monika el 11 de noviembre de 1946.

Durante el tiempo del Liceo, Karol iba a clase con un uniforme azul oscuro, pero ya no iba con la cabeza rapada como cuando era más niño. Se dejó crecer el cabello en desorden, a la moda de los jóvenes de entonces.

Le gustaba el baile y siguió cursos de danza con algunos compañeros, bailando especialmente polkas y valsos. El día de su promoción del Liceo bailó

¹⁴ *Don y misterio*, o.c., p. 20.

¹⁵ Mene Patrick, *Anche il Papa ha avuto vent'anni*, Ed. Paoline, Milano, 1996, p. 35.

varias veces con distintas chicas. Su padre siempre estaba a su lado para aconsejarle y, cuando hacía representaciones teatrales, siempre estaba en primera fila.

Según refieren sus compañeros, Karol era el primero de la clase. Su padre le ayudaba en sus tareas escolares y le hablaba mucho de la historia de Polonia, que era una de sus grandes pasiones. Karol amaba profundamente a su patria y se entusiasmaba, cuando su padre le contaba narraciones, tradiciones o leyendas de su tierra. También le gustaba aprender lenguas extranjeras. Ya en el Liceo hablaba correctamente el alemán, que su padre le había enseñado. Lo hablaba, como su padre, con fuerte acento austríaco. Además estudió el latín y griego, que eran obligatorios, sacando la mejor nota.

MUERTE DE SU HERMANO

Mientras Karol estudiaba en el Liceo, su hermano Edmundo estaba en Cracovia, terminando la carrera de medicina. En 1931 consiguió el título de doctor y trabajó como médico en el hospital de Bielsko hasta que murió contagiado de escarlatina, atendiendo a un enfermo de esta enfermedad, al año siguiente. Era el año 1932. Karol tenía 12 años.

Él nos dice: *Mi hermano Edmundo murió durante una terrible epidemia de escarlatina en el mismo hospital en el que había empezado a trabajar. Si la muerte de mi madre se grabó profundamente en mi memoria, tal vez hizo más mella la de mi hermano, porque yo era ya mayor. Así, a una edad relativamente temprana, quedé huérfano de madre y convertido en hijo único*¹⁶.

El Papa le dirá a André Frossard en su libro “*No tengáis miedo*”: *Mi madre no tuvo la dicha de ver el día que con tanta ilusión anhelaba: quería que un hijo fuese médico y el otro sacerdote. Mi hermano era médico y yo, con el tiempo, me hice sacerdote.*

El papá quedó muy afectado por la muerte de Edmundo y se hizo más callado y triste. Karol le preguntaba a su padre sobre el por qué de aquel suceso familiar, pero su padre le enseñó a verlo todo como voluntad de Dios. Precisamente, una de las vecinas, Helena Szczepanska, declaró: *Después de la muerte de Edmundo, encontré a Karol y le dije: “Pobrecito, te compadezco”. Y él me respondió: “Ha sido la voluntad de Dios”. Y lo dijo con tal convicción que yo me quedé impresionada*¹⁷.

¹⁶ Frossard André, o.c., p. 12.

¹⁷ Meney Patrick, o.c., p. 63.

CRACOVIA

A sus 18 años cumplidos, en 1936, tuvo que participar en Zubrzyca en un campo de trabajo y preparación premilitar. Tenían que construir una carretera. Nos dirá años más tarde que la mayor parte del tiempo se la pasó pelando patatas. Ese mismo año se trasladó con su padre a Cracovia.

Se alojaron en el barrio de Debniki, en la calle Tyniecka, en un subterráneo lúgubre y húmedo, propiedad de la tía Estefanía, hermana de su madre; porque el resto del edificio, que había sido propiedad de los abuelos maternos, estaba ocupado por inquilinos. En Cracovia se inscribió en la confraternidad de teatro. Pero, al igual que en Wadowice, siempre que podía iba a la misa. Le gustaba la catedral de Wawel, donde estaban enterrados los reyes de Polonia y san Estanislao, arzobispo y mártir. Cracovia había sido la capital del reino de Polonia y entonces era la segunda ciudad después de Varsovia. Cracovia tenía unos 250.000 habitantes, de los cuales la cuarta parte eran judíos.

El 22 de junio de 1938 se inscribe en la Universidad Jagellónica de Cracovia. Dice: *Emprendí los estudios en la Facultad de filosofía de la Universidad Jagellónica, siguiendo los cursos de filología polaca, pero sólo llegué a terminar el primer año, porque el 1º de setiembre de 1939 estalló la segunda guerra mundial*¹⁸.

Cuando los aviones alemanes bombardean Cracovia, él está en la catedral, asistiendo a misa. Terminada la misa, corre a su casa a ver a su padre que está solo y le dice que deben salvarse de los invasores, huyendo hacia el Este. Toman dos maletas y van en dirección al Este, uniéndose a miles de polacos que huyen por los caminos. Después de haber caminado 200 kilómetros, oyen la terrible noticia de que los rusos han invadido Polonia por el Este. Deciden volver sobre sus pasos. Regresan como derrotados: cansados, con hambre y frío. Encuentran a los nazis dueños de la ciudad. Y nos dice: *El estallido de la guerra cambió de modo radical la marcha de mi vida. Los profesores de la universidad Jagellónica intentaron comenzar el nuevo año académico, pero las clases duraron sólo hasta el 6 de noviembre de 1939. En ese día las autoridades alemanas convocaron a todos los profesores a una asamblea que acabó con la deportación de aquellos respetables hombres de ciencia al campo de concentración de Sachsenhausen. Acababa así en mi vida el período de los estudios de filología polaca y comenzaba la fase de la ocupación alemana, durante la cual, al principio, intenté leer y escribir mucho. Precisamente a esa época se remontan mis*

¹⁸ *Don y misterio*, p. 11.

primeros trabajos literarios. En aquella época estuve en contacto con el Teatro de la “palabra viva”...

Las representaciones tenían lugar ante un grupo reducido de conocidos e invitados, que demostraban un interés específico por la literatura y eran, de algún modo, “iniciados”. Era indispensable mantener el secreto sobre estos encuentros teatrales, pues de lo contrario se corría el riesgo de graves sanciones por parte de las autoridades de ocupación, sin excluir la deportación a los campos de concentración. He de admitir que toda aquella experiencia teatral ha quedado profundamente grabada en mi espíritu, a pesar de que en cierto momento de mi vida me di cuenta de que, en realidad, no era ésa mi vocación ¹⁹.

La guerra se hacía cada vez más cruel. Todo estaba racionado. Las raciones eran demasiado grandes para morir y demasiado pequeñas para vivir. Había contrabando y mercado negro. La gente buscaba en los campos algo de comer. Sólo en las tiendas exclusivas para alemanes había abundancia de todo.

La vida era dura para todos, pero para los judíos lo era mucho más. Ellos no tenían derechos y eran obligados a trabajar o se los mataba sin razón como a animales sin valor. En mayo de 1940 los rusos asesinaron a más de 4.500 oficiales polacos a sangre fría. Deportaron a muchos sacerdotes. De su parroquia de San Estanislao de Kostka, dirigida por los padres salesianos del barrio de Debniki, los nazis se llevaron a todos los religiosos, menos a dos. Murieron once de ellos en un campo de concentración. Durante la guerra murieron en total en campos de exterminio 2.647 sacerdotes polacos y 238 religiosas. Unos 120 sacerdotes fueron sometidos a experimentos médicos criminales. Al final de la guerra un tercio de los sacerdotes polacos habían sido asesinados o habían muerto en campos de concentración. Dos millones de polacos habían sido deportados a Siberia, y muchos miles de judíos asesinados en los campos de exterminio.

Durante el primer año de guerra, Karol trabajó de recadero en un restaurante. Pero en otoño de 1940 los nazis declararon que a todos los que no tenían un trabajo estable los enviarían a Alemania a trabajos forzados. Karol tuvo que buscarse un trabajo más serio, y lo recibieron en la fábrica Solvay como picapedrero. Durante el invierno de 1940-1941, con temperaturas de hasta 30 grados bajo cero, se dedicaba a llenar pequeñas vagonetas de piedra caliza de la cantera. En la primavera de 1941 obtuvo el puesto de ayudante del barretero Franciszek Labús, que era el dinamitero veterano. Karol colocaba la dinamita en los agujeros abiertos previamente, para hacer romper la roca. Un día vio morir a uno de sus compañeros.

¹⁹ *Don y misterio*, pp. 22-24.

Él nos dice: *Para evitar la deportación a trabajos forzados en Alemania, en el otoño de 1940 empecé a trabajar como obrero en una cantera de piedra vinculada a la fábrica química Solvay. Estaba situada en Zakrzówek, a casi media hora de mi casa de Debniki, e iba andando hasta allí cada día...*

*Los responsables de la cantera, que eran polacos, trataban de evitarnos a los estudiantes los trabajos más pesados. A mí, por ejemplo, me asignaron el encargo de ayudante del llamado barrenero, de nombre Franciszek Labús. Lo recuerdo porque, algunas veces, se dirigía a mí con palabras de este tipo: “Karol, tú deberías ser sacerdote. Cantarás bien, porque tienes una voz bonita y estarás bien”. Lo decía con toda sencillez, expresando de ese modo un convencimiento muy difundido en la sociedad sobre la condición del sacerdote. Las palabras del viejo obrero se me han quedado grabadas en la memoria*²⁰.

La jornada laboral era desde el amanecer hasta las tres de la tarde, momento en que regresaba a casa a pie con su mono y sus zuecos. Al ir y venir solía rezar el rosario. Regresaba a casa con lo que hubiera podido conseguir para él y para su padre: un poco de carbón y unas patatas o quizás unos repollos, ya que su salario era el único ingreso familiar desde que los nazis le cancelaran la pensión a su padre.

Además del sueldo, en la fábrica daban un suplemento a los obreros de trabajos duros. Este complemento consistía en carne correosa, mermelada, pan negro, cigarrillos y una botella de vodka. Karol cambiaba la botella y los cigarrillos por manteca de cerdo, que era más necesaria para la alimentación.

Durante sus trabajos, de vez en cuando sus compañeros le permitían un descanso para que estudiara, y él leía con devoción el *Tratado de la verdadera devoción a la Virgen María* de san Luis María Grignon de Montfort. Este ejemplar en polaco lo tuvo hasta su muerte, manchado con un poco de cal de la cantera, y de él sacó su lema *Totus tuus* (todo tuyo, es decir, todo de María).

MUERTE DE SU PADRE

Su padre estaba enfermo y postrado en cama desde la Navidad de 1940. Murió de infarto el 18 de febrero de 1941. A su regreso del trabajo, lo encontró muerto. María Kydrynski atestiguó que *lo vio llorar a lágrima viva y culparse por no haber estado presente a su muerte. Karol salió corriendo hacia la parroquia de San Estanislao a buscar un sacerdote; pasó toda la noche junto al*

²⁰ *Don y misterio*, pp. 22-23.

*cuerpo de su padre, rezando y hablando con Juliusz Kydrynski, que había ido a acompañarlo*²¹.

El 22 de febrero fue el entierro. El padre Figlewicz ofició el funeral. Lo acompañaron algunos amigos y compañeros de teatro. Después, cada día se acercaba al cementerio a visitar su tumba. Iba solo y a pie.

A los pocos días de la muerte de su padre, ofreció su casa para vivir a su profesor de teatro, pues los nazis lo buscaban para llevarlo a un campo de concentración. Aprendía teatro con el profesor y estudiaba francés con la señora Jadwiga Lewa. La esposa del profesor declaró: *A veces lo encontrábamos postrado en tierra con los brazos en cruz en oración. Tuvimos que decirle que estaba arruinando su salud, que el suelo estaba muy frío y que podía coger reumatismo. Pero de nada servía... Karol había rezado siempre mucho, pero a partir de ahora mucho más. A veces iba yo a cualquier iglesia de Cracovia y lo encontraba de rodillas, absorto en oración ante el altar*²².

El profesor no entendía por qué oraba tanto y le llamaba la atención. Pero un día Karol le dijo con decisión: *Debes buscarme un sustituto para el teatro. En lo que a mí respecta no habrá más espectáculos. No seré actor, seré sacerdote y debo tener tiempo para estudiar*²³.

Se presentó al arzobispo de Cracovia, monseñor Sapieha, quien lo aceptó como seminarista clandestino. Pero seguía trabajando en la cantera de la empresa Solvay. Después de un tiempo, por influencia de algunos amigos, consiguió un trabajo menos peligroso. Dice: *Fui trasladado de la cantera a la fábrica, a la sección depuradora del agua destinada a las calderas... Puedo afirmar que los cuatro años vividos entre obreros fueron para mí un don de la Providencia. La experiencia que adquirí durante aquel período de mi vida no tiene precio. He dicho muchas veces que le concedo tal vez más valor que a un doctorado. Lo cual no significa que subestime los títulos universitarios*²⁴.

Su vida seguía su ritmo normal. Iba a misa todas las mañanas a su parroquia de San Estanislao de Kostka y algunas veces a la catedral de Wawel. Después se iba a trabajar a la fábrica. El 29 de febrero de 1944 lo atropelló un camión militar alemán y lo dejó inconsciente en la carretera, cuando venía a casa de su trabajo. La señora Jozefa Florek lo vio y consiguió llevarlo al hospital. Cuando despertó tenía la cabeza vendada y un brazo escayolado. Había sufrido

²¹ Weigel George, *Biografía de Juan Pablo II*, Ed. Plaza & Janes, Barcelona, 1999, p. 104.

²² Meney Patrick, p. 121.

²³ Ib. p. 125.

²⁴ Frossard André, o.c., p. 13.

una fuerte conmoción cerebral y se había lastimado el hombro. Debió pasar un tiempo de descanso médico.

El 1° de agosto de 1944 Varsovia se levantó en armas contra los alemanes, pero los insurrectos fueron masacrados, sobre todo los judíos del ghetto de Varsovia. En Cracovia, el 6 de agosto, para evitar otro posible levantamiento, los alemanes buscaron a todos los hombres jóvenes para internarlos. Hubo cacerías por las casas y por las calles. Karol estaba en peligro. Un día tocaron la puerta de la casa donde vivía. Permaneció detrás de una puerta cerrada, rezando y con la angustia en el corazón. Felizmente no lo descubrieron y pensaron que no había nadie en casa. A otro de sus compañeros seminaristas se lo llevaron y lo asesinaron.

El arzobispo llamó a los seminaristas y los escondió en la casa arzobispal, poniéndoles una sotana, como si fueran ya sacerdotes, para que en caso de registro pudieran estar más a salvo. Karol tuvo que dejar de trabajar. Al no ir a su trabajo, lo buscó la Gestapo, pero una mano amiga hizo desaparecer su nombre de la lista de los trabajadores de la Solvay para que no lo buscaran más.

Los alemanes que estaban retrocediendo en las líneas del frente, recibieron la orden de retirada de Cracovia, pero antes se llevaron todo lo que pudieron: colecciones de arte, bibliotecas, máquinas, muebles, alfombras... Antes de salir, hicieron explotar el puente de la ciudad. Los rusos ingresaron en la noche del 17 al 18 de enero de 1945. El general ruso, acompañado de sus oficiales, visitó al arzobispo para tomar las medidas apropiadas.

Uno de esos días apareció en la puerta del palacio arzobispal un soldado ruso y Karol le abrió. Como sabía algo de ruso, conversaron sobre Dios. El soldado le decía que nunca había entrado a una iglesia y que siempre le habían dicho que Dios no existía. Pero repetía: *“Sin embargo, yo siempre supe que Dios existía y ahora quiero aprender algo de él”*. Karol le explicó lo que pudo, pensando que era un alma que Dios le enviaba y por quien oró a lo largo de su vida²⁵.

²⁵ Riccardi Andrea, *Juan Pablo II*, Ed. San Pablo, Buenos Aires, 2011, p. 68.

SEMINARISTA

Él nos manifiesta: *Mi parroquia de San Estanislao de Kostka de Cracovia, del barrio de Debniki, estaba dirigida por padres salesianos, los cuales un día fueron deportados por los nazis a un campo de concentración. Únicamente quedaron un viejo párroco y el inspector provincial, pues todos los demás fueron internados en Dachau. Creo que el ambiente salesiano ha tenido un papel importante en el proceso de formación de mi vocación.*

En el ámbito de la parroquia había una persona que se distinguía sobre las demás: me refiero a Jan Tyranowski. Era empleado de profesión, aunque había decidido trabajar en la sastrería de su padre. Afirmaba que su trabajo de sastre le hacía más fácil la vida interior. Era un hombre de una espiritualidad particularmente profunda. Los padres salesianos, que en aquel período difícil habían reemprendido con valentía la animación de la pastoral juvenil, le encargaron la tarea de establecer contactos con los jóvenes del círculo llamado “Rosario vivo”. Jan Tyranowski llevó a cabo esta tarea, no ciñéndose únicamente al aspecto organizativo, sino preocupándose también de la formación espiritual de los jóvenes que entraban en contacto con él. Aprendí así los métodos elementales de autoformación que se vieron después confirmados y desarrollados en el proceso educativo del Seminario. Tyranowski, que se estaba formando en los escritos de san Juan de la Cruz y de santa Teresa de Ávila, me introdujo en la lectura, extraordinaria para mi edad, de sus obras.

Esto acrecentó en mí el interés por la espiritualidad carmelitana. En Cracovia, en la calle Rakowicka, había un monasterio de padres carmelitas descalzos. Tenía contactos con ellos y una vez hice allí mis Ejercicios Espirituales, con la ayuda del padre Leonardo de la Dolorosa. Durante cierto tiempo consideré la posibilidad de entrar en el Carmelo. Las dudas fueron resueltas por el arzobispo cardenal Sapieha, quien —con el estilo que lo caracterizaba— dijo escuetamente: “Es preciso acabar antes lo que se ha comenzado”. Y así fue.

Durante aquellos años mi confesor y guía espiritual fue el padre Kazimierz Figlewicz. Me encontré con él la primera vez cuando cursaba el primer año de Instituto en Wadowice. El padre Figlewicz, que era vicario de la parroquia de Wadowice, nos enseñaba religión. Gracias a él me acerqué a la parroquia, fui monaguillo y en cierto modo organicé el grupo de monaguillos. Cuando dejó Wadowice para ir a la catedral del Wawel, continué manteniendo contacto con él. Recuerdo que, durante el quinto curso del Instituto, me invitó a Cracovia para participar en el “Triduum Sacrum”, que empezaba con el llamado “Oficio de Tinieblas” en la tarde del Miércoles Santo. Fue ésta una experiencia que dejó en mí una huella profunda.

*Cuando, después del examen final, me trasladé con mi padre a Cracovia, intensifiqué la relación con el padre Figlewicz, que ejercía el cargo de vicedestodiodo de la catedral. Iba a confesarme con él y, durante la ocupación alemana, muchas veces lo visitaba*²⁶.

*En mi conciencia contemporáneamente se manifestaba cada vez más una luz: el Señor quiere que yo sea sacerdote. Un día lo percibí con mucha claridad: era como una iluminación interior que traía consigo la alegría y la seguridad de una nueva vocación. Y esta conciencia me llenó de gran paz interior*²⁷.

En otoño de 1942 comencé los estudios en el Seminario clandestino como ex-alumno de filología polaca, siendo obrero en la Solvay. No me daba cuenta de la importancia que todo ello tendría para mí. Únicamente más tarde, ya sacerdote, durante los estudios en Roma, conociendo a través de mis compañeros del Colegio belga el problema de los sacerdotes obreros y el movimiento de la Juventud Obrera Católica (JOC), comprendí que lo que había llegado a ser tan importante para la Iglesia y para el sacerdocio en Occidente — el contacto con el mundo del trabajo— yo lo había ya adquirido en mi experiencia de vida.

En realidad, mi experiencia no fue la de “sacerdote-obrero” sino de “seminarista-obrero”. Por el trabajo manual sabía bien lo que significaba el cansancio físico. Encontraba cada día gente que realizaba duros trabajos. Conocí su ambiente, sus familias, sus intereses, su valor humano y su dignidad. Personalmente noté mucha cordialidad por su parte. Sabían que yo era estudiante y sabían también que, en cuanto las circunstancias lo permitieran, volvería a los estudios. Nunca vi hostilidad por ese motivo. No les molestaba que llevase los libros al trabajo. Decían: “Nosotros estaremos atentos: tu lee”. Esto sucedía sobre todo durante los turnos de noche. Decían frecuentemente: “Descansa, nosotros estaremos de guardia”.

Hice amistad con muchos obreros. A veces me invitaban a su casa. Después, como sacerdote y como obispo, bauticé a sus hijos y nietos, bendije sus matrimonios y oficié los funerales de muchos de ellos. Tuve oportunidad de conocer cuántos sentimientos religiosos había en ellos y cuánta sabiduría de vida. Estos contactos, como he dicho, siguieron siendo muy estrechos incluso cuando acabó la ocupación alemana y también después, prácticamente hasta mi

²⁶ *Don y misterio*, pp. 38-41.

²⁷ *Ib.* p. 49.

elección como obispo de Roma. Algunos duran todavía por medio de la correspondencia²⁸.

Se me ahorró mucho del grande y horrendo “theatrum” de la segunda guerra mundial. Cada día hubiera podido ser detenido en casa, en la cantera o en la fábrica para ser llevado a un campo de concentración. A veces me preguntaba: si tantos coetáneos pierden la vida, ¿por qué yo no? Hoy sé que no fue una casualidad. En el contexto del gran mal de la guerra, en mi vida personal todo llevaba hacia el bien que era la vocación. No puedo olvidar el bien recibido, en aquel difícil período, de las personas que el Señor ponía en mi camino, tanto de mi familia como conocidos y compañeros.

Surge aquí otra singular e importante dimensión de mi vocación. Los años de la ocupación alemana en Occidente y de la soviética en Oriente supusieron un enorme número de detenciones y deportaciones de sacerdotes polacos hacia los campos de concentración. Sólo en Dachau fueron internados casi tres mil. Hubo otros campos, como por ejemplo el de Auschwitz, donde ofreció la vida por Cristo el primer sacerdote canonizado después de la guerra, san Maximiliano María Kolbe, el franciscano de Niepokalanów. Entre los prisioneros de Dachau se encontraba el obispo de Włocławek, Mons. Michał Kozal, que he tenido la dicha de beatificar en Varsovia en 1987...

Merece un recuerdo especial el martirologio de los sacerdotes en los “lager” de Siberia y en otros lugares del territorio de la Unión Soviética. Entre los muchos que allí fueron reclusos quisiera recordar la figura del padre Tadeusz Fedorowicz, muy conocido en Polonia, al cual personalmente debo mucho como director espiritual. El padre Fedorowicz, joven sacerdote de la archidiócesis de Leópolis, se había presentado espontáneamente a su arzobispo para pedirle el poder acompañar a un grupo de polacos deportados al Este. El arzobispo Twardowski le concedió el permiso, y él pudo desarrollar su misión entre los connacionales dispersos en los territorios de la Unión Soviética y sobre todo en Kazakistán. Recientemente ha descrito en un interesante libro estos trágicos hechos.

Lo que he dicho a propósito de los campos de concentración no constituye sino una parte, dramática, de esta especie de “apocalipsis” de nuestro siglo. Lo he hecho para subrayar cómo mi sacerdocio, ya desde su nacimiento, ha estado inscrito en el gran sacrificio de tantos hombres y mujeres de mi generación. La Providencia me ha ahorrado las experiencias más penosas; por eso es aún más grande mi sentimiento de deuda hacia las personas conocidas, así como también hacia aquellas más numerosas que desconozco, sin diferencia de nación o de

²⁸ Don y misterio, pp. 36-37.

*lengua, que con su sacrificio sobre el gran altar de la historia han contribuido a la realización de mi vocación sacerdotal. De algún modo me han introducido en este camino, mostrándome en la dimensión del sacrificio la verdad más profunda y esencial del sacerdocio de Cristo*²⁹.

Me pregunto a veces qué papel ha desempeñado en mi vocación la figura del santo fray Alberto. Adam Chmielowski —éste era su nombre— no era sacerdote. Todos en Polonia saben quién fue. En el período de mi interés por el teatro rapsódico y por el arte, la figura de este hombre valiente, que había tomado parte en la “insurrección de enero” (1863), perdiendo una pierna durante los combates, tenía para mí una atracción espiritual particular. Como es sabido, fray Alberto era pintor: había realizado sus estudios en Múnich. El patrimonio artístico que dejó muestra que tenía un gran talento. Sin embargo, en cierto momento de su vida este hombre rompe con el arte, porque comprende que Dios lo llama a tareas más importantes. Conociendo el ambiente de los pobres de Cracovia, cuyo lugar de encuentro era el dormitorio público, llamado también “lugar de la calefacción”, en la calle Krakowska, Adam Chmielowski decide convertirse en uno de ellos, no como el limosnero que llega desde fuera para distribuir dones, sino como uno que se da a sí mismo para servir a los desheredados.

Este fascinante ejemplo de sacrificio suscita muchos seguidores. Alrededor de fray Alberto se reúnen hombres y mujeres. Nacen así dos Congregaciones, que se dedican a los más pobres. Todo esto sucedió en los comienzos de nuestro siglo, en el período anterior a la primera guerra mundial

Fray Alberto no pudo ver el momento en el que Polonia conquistó su independencia. Murió en Navidad de 1916. Sin embargo, su obra sobrevivió convirtiéndose en expresión de las tradiciones polacas de radicalismo evangélico, siguiendo las huellas de san Francisco de Asís y de san Juan de la Cruz.

En la historia de la espiritualidad polaca, fray Alberto ocupa un lugar especial. Para mí, su figura fue determinante, porque encontré en él un particular apoyo espiritual y un ejemplo en mi alejamiento del arte, de la literatura y del teatro, para la elección radical de la vocación al sacerdocio. Una de las alegrías más grandes que he tenido como Papa ha sido la de elevar al honor de los altares a este pobrecito de Cracovia con hábito gris, primero con la beatificación en Blonie Krakowskie durante el viaje a Polonia del año 1983, y después con la canonización en Roma en el mes de noviembre del memorable año 1989. Muchos autores de la literatura polaca han inmortalizado la figura de

²⁹ Ib. pp. 50-52.

*fray Alberto. Entre las diversas obras artísticas, novelas y dramas, es digna de ser mencionada la monografía que le dedicó el padre Konstanty Michalski. También yo, siendo joven sacerdote, en la época en que era coadjutor en la iglesia de San Florián de Cracovia, le dediqué una obra dramática llamada “El Hermano de nuestro Dios”, saldando así la gran deuda de gratitud que había contraído con él*³⁰.

También en mi proceso formativo hacia el sacerdocio ejerció un influjo relevante la gran figura del Príncipe Metropolitano, futuro cardenal Adam Stefan Sapieha, para el cual tengo un recuerdo emocionado y agradecido. Su prestigio había crecido por el hecho de que, en el período de transición antes de la reapertura del Seminario, habitábamos en su residencia y lo veíamos cada día. El Metropolitano de Cracovia fue elevado a la dignidad cardenalicia inmediatamente después del final de la guerra, a una edad ya muy avanzada. Toda la población acogió este nombramiento como un justo reconocimiento de los méritos de aquel gran hombre, que durante la ocupación alemana había sabido mantener alto el honor de la Nación, demostrando la propia dignidad de modo claro para todos.

*Recuerdo aquel día de marzo —estábamos en Cuaresma— cuando el arzobispo regresó de Roma después de haber recibido el capelo cardenalicio. Los estudiantes levantaron en brazos su automóvil y lo llevaron durante un buen trecho hasta la basílica de la Asunción en la Plaza del Mercado, manifestando de ese modo el entusiasmo religioso y patriótico que tal nombramiento cardenalicio había suscitado en la población*³¹.

SEGUNDA PARTE

DE SACERDOTE A CARDENAL

SACERDOTE

Mi ordenación tuvo lugar en un día insólito para este tipo de celebraciones: fue el 1º de noviembre, solemnidad de “Todos los Santos”, cuando la liturgia de la Iglesia se dedica totalmente a celebrar el misterio de la comunión de los santos y se prepara a conmemorar a los fieles difuntos. El arzobispo eligió ese día porque yo debía partir hacia Roma para proseguir los

³⁰ Ib. pp. 45-46.

³¹ Ib. pp. 30-31.

estudios. Fui ordenado solo, en la capilla privada de los arzobispos de Cracovia. Mis compañeros serían ordenados el año siguiente, en el Domingo de Ramos.

Había sido ordenado subdiácono y diácono en octubre. Fue un mes de intensa oración, marcado por los Ejercicios Espirituales con los que me preparé a recibir las Órdenes Sagradas: seis días de Ejercicios antes del subdiaconado, y después tres y seis días antes del diaconado y del presbiterado respectivamente. Los últimos Ejercicios los hice solo en la capilla del Seminario. El día de “Todos los Santos” me presenté por la mañana en la residencia de los arzobispos de Cracovia, en la calle Franciszkańska 3, para recibir la ordenación sacerdotal. Asistieron a la ceremonia un pequeño grupo de parientes y amigos.

El lugar de mi ordenación, como he dicho, fue la capilla privada de los arzobispos de Cracovia. Recuerdo que durante la ocupación iba allí con frecuencia por la mañana para ayudar en la santa misa al príncipe Metropolitano. Recuerdo también que durante cierto período venía conmigo otro seminarista clandestino, Jerzy Zachuta. Un día él no se presentó. Cuando después de la misa fui a su casa, en Ludwinów, en Debniki, supe que durante la noche había sido detenido por la Gestapo. Inmediatamente después, su apellido apareció en la lista de polacos destinados a ser fusilados. Habiendo sido ordenado en aquella misma capilla que nos había visto juntos tantas veces, recordaba a este hermano en la vocación sacerdotal al cual Cristo había unido de otro modo al misterio de su muerte y resurrección.

Me veo así, en aquella capilla durante el canto del “Veni, Creator Spiritus” y de las Letanías de los Santos, mientras, extendido en forma de cruz en el suelo, esperaba el momento de la imposición de las manos. ¡Un momento emocionante! Después he tenido ocasión de presidir como obispo y como Papa este rito. Hay algo de impresionante en la postración de los ordenandos: es el símbolo de su total sumisión ante la majestad de Dios y a la vez de su total disponibilidad a la acción del Espíritu Santo, que descende sobre ellos como artífice de su consagración. Al igual que en la misa el Espíritu Santo es el autor de la transustanciación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, así en el sacramento del Orden es el artífice de la consagración sacerdotal o episcopal...

Habiendo sido ordenado sacerdote en la fiesta de “Todos los Santos”, celebré la “primera misa” el día de los fieles difuntos, el 2 de noviembre de 1946. En este día cada sacerdote puede celebrar para provecho de los fieles tres santas misas. Mi “primera” misa tuvo por tanto —por así decir— un carácter triple. Fue una experiencia de especial intensidad. Celebré las tres misas en la cripta de San Leonardo, que ocupa, en la catedral del Wawel, en Cracovia, la parte anterior de la llamada cátedra episcopal de Herman. Actualmente la cripta

forma parte del complejo subterráneo donde se encuentran las tumbas reales. Al elegirla como el lugar de mis primeras misas, quise expresar un vínculo espiritual particular con los que reposan en esa catedral que, por su misma historia, es un monumento sin igual. Está impregnada, más que cualquier otro templo de Polonia, de significado histórico y teológico. Reposan en ella los reyes polacos, empezando por Wladyslaw Lokietek. En la catedral del Wawel eran coronados los reyes y en ella eran también sepultados. Quien visita ese templo se encuentra cara a cara con la historia de la nación.

Precisamente por esto, como he dicho, elegí celebrar mis primeras misas en la cripta de San Leonardo. Quería destacar mi particular vínculo espiritual con la historia de Polonia, de la cual la colina del Wawel representa casi una síntesis emblemática. Pero no sólo eso. Había en esa elección una especial dimensión teológica. Como he dicho, fui ordenado el día anterior, en la Solemnidad de “Todos los Santos”, cuando la Iglesia expresa litúrgicamente la verdad de la comunión de los santos. Los santos son aquellos que, habiendo acogido en la fe el misterio pascual de Cristo, esperan ahora la resurrección final.

También las personas, cuyos restos reposan en los sarcófagos de la catedral del Wawel esperan allí la resurrección. Toda la catedral parece repetir las palabras del Símbolo de los Apóstoles: “Creo en la resurrección de los muertos y en la vida eterna”. Esta verdad de fe ilumina la historia de las naciones. Aquellas personas son como “los grandes espíritus” que guían la nación a través de los siglos. No se encuentran allí solamente soberanos junto con sus esposas, u obispos y cardenales; también hay poetas, grandes maestros de la palabra, que han tenido una importancia enorme para mi formación cristiana y patriótica.

Fueron pocos los participantes en aquellas primeras misas celebradas sobre la colina del Wawel. Recuerdo que, entre otros, estaba presente mi madrina María Wiadrowska, hermana mayor de mi madre. Me asistía en el altar Mieczyslaw Malinski, que hacía presente de algún modo el ambiente y la persona de Jan Tyranowski, ya entonces gravemente enfermo.

Después, como sacerdote y como obispo, he visitado siempre con gran emoción la cripta de San Leonardo ³².

³² Don y misterio, pp. 57-61.

ROMA

El cardenal Sapielha lo envió a estudiar a Roma el mismo mes de su ordenación sacerdotal. *Cuando llegó el día establecido, subí al tren con gran emoción. Conmigo estaba Stanislaw Starowieyski, un compañero más joven que yo, que debía realizar todo el curso teológico en Roma. Por primera vez salía de las fronteras de mi patria. Miraba desde la ventanilla del tren en marcha ciudades que conocía únicamente por los libros de geografía. Vi por primera vez Praga, Nuremberg, Estrasburgo y París, donde nos detuvimos siendo huéspedes del Seminario polaco en la “Rue des Irlandais”. Reemprendimos pronto el viaje, porque el tiempo apremiaba y llegamos a Roma los últimos días de noviembre*³³.

Después de estar unos días en la casa de los padres Paulinos se estableció en el Colegio belga, cerca del *Angelicum* (la Universidad de los dominicos). A los pocos días de su llegada, el rector padre Maximilien de Fürstenberg, escribió: *Con el inicio del nuevo curso van llegando alumnos que deberán vérselas con los libros. El que más ha llamado mi atención hasta el momento es un joven sacerdote venido de Polonia. Al principio me impresionó su aspecto lamentable, flaco y descolorido, vistiendo una sotana raída. No puedo negar que ha sufrido el hambre y los horrores de la guerra. Lo más curioso es que resulta elegante y, a las dos palabras que se cruzan con él, se ve que es una persona extraordinariamente inteligente y oportuna. Se ha matriculado en el “Angelicum”. A pesar de las horas que dedica al estudio, le queda tiempo para relacionarse con los demás residentes y hacer excursiones a las montañas que ya tiene debidamente señaladas en el mapa...*

*El sacerdote Wojtyla en muy poco tiempo ha mejorado su aspecto físico y ahora se le ve saludable y enérgico. Los que lo acompañan en sus paseos por las montañas dicen que apenas pueden seguirle... Tiene un curioso sentido del humor*³⁴.

Él nos dice: *Llegué a Roma con un vivo deseo de visitar la Ciudad Eterna, empezando por las Catacumbas. Y así fue. Con los amigos del Colegio belga, donde habitaba, tuve la oportunidad de recorrer sistemáticamente la ciudad con la guía de conocedores expertos de sus monumentos y de su historia. Con ocasión de las vacaciones de Navidad y de Pascua pudimos acercarnos a otras ciudades italianas. Recuerdo las primeras vacaciones cuando, guiándonos por el libro del escritor danés Joergensen, fuimos a visitar los lugares vinculados a la vida de san Francisco.*

³³ *Don y misterio*, p. 65.

³⁴ Ferrer Eusebio, *Juan Pablo II, pregonero de la verdad*, Ed. Folio, primer tomo, 2005, pp. 85-86.

De todos modos, el centro de nuestra experiencia era siempre Roma. Cada día desde el Colegio belga, en Via del Quirinale 26, iba al “Angelicum” para las clases, parándome durante el camino en la iglesia de los jesuitas de San Andrés del Quirinale, donde se encuentran las reliquias de san Estanislao de Kostka, que vivió en el noviciado contiguo y allí terminó su vida. Recuerdo que entre los que visitaban la tumba había muchos seminaristas del “Germanicum”, que se reconocían fácilmente por sus características sotanas rojas. En el corazón del Cristianismo y a la luz de los santos, las nacionalidades también se encontraban, como prefigurando, más allá de la tragedia bélica que tanto nos había marcado, un mundo sin divisiones.

Mi sacerdocio y mi formación teológica y pastoral se enmarcaban así desde el comienzo en la experiencia romana. Los dos años de estudios, concluidos en 1948 con el doctorado, fueron años de intenso “aprender Roma”. El Colegio belga contribuía a enraizar mi sacerdocio, día tras día, en la experiencia de la capital del Cristianismo. En efecto, me permitía entrar en contacto con ciertas formas de vanguardia del apostolado, que en aquella época iban desarrollándose en la Iglesia. Pienso sobre todo en el encuentro con el padre Jozef Cardijn, fundador de la JOC y futuro cardenal, que venía de vez en cuando al Colegio para encontrarse con nosotros, sacerdotes estudiantes, y hablarnos de aquella particular experiencia humana que es la fatiga física. Para ella yo estaba, en cierta medida, preparado debido al trabajo desarrollado en la cantera y en la sección del depurador de agua de la fábrica Solvay. En Roma tuve la posibilidad de descubrir más a fondo cómo el sacerdocio está vinculado a la pastoral y al apostolado de los laicos. Entre el servicio sacerdotal y el apostolado laical existe una estrecha relación, más aún, una coordinación recíproca. Reflexionando sobre estos planteamientos pastorales, descubría cada vez de forma más clara el sentido y el valor del sacerdocio ministerial mismo.

La experiencia vivida en el Colegio belga se amplió, a continuación, gracias a un contacto directo no sólo con la nación belga, sino también con la francesa y la holandesa. Con el consentimiento del cardenal Sapiéha, durante las vacaciones veraniegas de 1947 el padre Stanislaw Starowieyski y yo pudimos visitar aquellos países. Me abrió así a un horizonte europeo más amplio. En París, donde residí en el Seminario polaco, pude conocer de cerca la experiencia de los sacerdotes obreros, la problemática tratada en el libro de los padres Henri Godin e Yvan Daniel “La France, pays de mission?” y la pastoral de las misiones en la periferia de París, sobre todo en la parroquia dirigida por el padre Michonneau. Estas experiencias, en el primer y segundo año de sacerdocio, tuvieron para mí un enorme interés.

En Holanda, gracias a la ayuda de mis compañeros, y especialmente de los padres del fallecido padre Alfred Delmé, pude pasar con Stanislaw

Starowieyski unos diez días. Me impresionó la sólida organización de la Iglesia y de la pastoral en aquel País, con estructuras activas y comunidades eclesiales vivas.

Descubría así cada vez mejor, desde puntos de vista diversos y complementarios, la Europa occidental, la Europa de la posguerra, la Europa de las maravillosas catedrales góticas y, al mismo tiempo, la Europa amenazada por el proceso de secularización. Percibía el desafío que todo ello representaba para la Iglesia, llamada a hacer frente al peligro que conllevaba, mediante nuevas formas de pastoral, abiertas a una presencia más amplia del laicado.

La mayor parte de aquellas vacaciones veraniegas las pasé, sin embargo, en Bélgica. Durante el mes de septiembre estuve al frente de la misión católica polaca, entre los mineros, en las cercanías de Charleroi. Fue una experiencia muy fructífera. Por primera vez visité una mina de carbón y pude conocer de cerca el pesado trabajo de los mineros. Visitaba las familias de los emigrantes polacos y me reunía con la juventud y los niños, acogido siempre con benevolencia y cordialidad, como cuando estaba en la Solvay.

En el camino de regreso de Bélgica a Roma, tuve la suerte de detenerme en Ars. Era al final del mes de octubre de 1947, el domingo de Cristo Rey. Con gran emoción visité la vieja iglesita donde san Juan Bautista María Vianney confesaba, enseñaba el catecismo y predicaba sus homilias. Fue para mí una experiencia inolvidable. Desde los años del Seminario había quedado impresionado por la figura del Cura de Ars, sobre todo por la lectura de su biografía escrita por monseñor Trochu. San Juan Bautista María Vianney sorprende en especial porque en él se manifiesta el poder de la gracia que actúa en la pobreza de los medios humanos. Me impresionaba profundamente, en particular, su heroico servicio en el confesionario. Este humilde sacerdote que confesaba más de diez horas al día, comiendo poco y dedicando al descanso apenas unas horas, había logrado, en un difícil período histórico, provocar una especie de revolución espiritual en Francia y fuera de ella. Millares de personas pasaban por Ars y se arrodillaban en su confesionario. En medio del laicismo y del anticlericalismo del siglo XIX, su testimonio constituye un acontecimiento verdaderamente revolucionario.

Del encuentro con su figura llegué a la convicción de que el sacerdote realiza una parte esencial de su misión en el confesionario. Muchas veces, confesando en Niegowic, en mi primera parroquia, y después en Cracovia, volvía con el pensamiento a esta experiencia inolvidable. He procurado mantener siempre el vínculo con el confesionario tanto durante los trabajos científicos en Cracovia, confesando sobre todo en la basílica de la Asunción de la Santísima Virgen María, como ahora en Roma, aunque sea de modo casi

simbólico, volviendo cada año al confesionario el Viernes Santo en la basílica de San Pedro ³⁵.

No puedo terminar estas consideraciones sin expresar un cordial agradecimiento a todos los componentes del Colegio belga de Roma, a los Superiores y a los compañeros de entonces, muchos de los cuales ya han fallecido; en particular al Rector, padre Maximilien de Fürstenberg, que después fue cardenal. ¿Cómo no recordar que, durante el cónclave, en 1978, el cardenal de Fürstenberg, en un determinado momento, me dijo estas significativas palabras: “Dominus adest et vocat te” (El Señor esta aquí y te llama). Era como una misteriosa alusión a la culminación de su trabajo formativo, como Rector del Colegio belga, en favor de mi sacerdocio ³⁶.

El 14 de junio de 1948 aprobó los exámenes para el doctorado en teología con un puntaje de 18 sobre 20. Su defensa oral de la tesis sobre la doctrina de la fe en san Juan de la Cruz recibió la máxima puntuación, pero no recibió el título de doctor del *Angelicum*, porque para obtenerlo debía publicar la tesis y no tenía dinero para hacerlo. Por eso, al regresar a Polonia, volvió a someter su tesis a revisión por la Facultad de teología de la universidad Jagellónica de Cracovia y así recibió el título de doctor de teología el 16 de diciembre de 1948.

Él dice sobre su experiencia romana: *Vuelvo a menudo a aquellos años con la memoria llena de emoción. Al regresar llevaba conmigo no sólo un mayor bagaje de cultura teológica, sino también la consolidación de mi sacerdocio y la profundización de mi visión de la Iglesia. ¡Aquel período de intenso estudio junto a las tumbas de los Apóstoles me había dado tanto desde todos los puntos de vista!*

Ciertamente podría añadir muchos otros detalles acerca de esta experiencia decisiva. Prefiero, sin embargo, resumirlo todo diciendo que gracias a Roma mi sacerdocio se había enriquecido con una dimensión europea y universal. Regresaba de Roma a Cracovia con el sentido de la universalidad de la misión sacerdotal, que sería magistralmente expresado por el concilio Vaticano II, sobre todo en la Constitución dogmática sobre la Iglesia “Lumen gentium”. No sólo el obispo, sino también cada sacerdote, debe vivir la solicitud por toda la Iglesia y sentirse, de algún modo, responsable de ella ³⁷.

³⁵ Durante su estadía en Roma iba los domingos a celebrar misa y confesar a la parroquia de la Garbatella.

³⁶ *Don y misterio*, pp. 66-73.

³⁷ *Ib.* p. 73.

VICARIO DE NIEGOWIC Y SAN FLORIÁN

Después de conseguir el título de doctor en teología en Cracovia, el arzobispo Sapieha lo envía a un pueblo llamado Niegowic, a 50 kilómetros de Cracovia. Tiene 5.000 habitantes, distribuidos en más de diez aldeas, y él va como vicario para ayudar al párroco.

El párroco le encomienda la catequesis de niños, pero él hace también de albañil para arreglar la iglesia. En Navidad, según la costumbre local, va a visitar las casas de todos sus parroquianos para orar con ellos y bendecir sus casas. Los feligreses son muy sencillos y se saludan con un *Alabado sea Jesucristo* y besan la mano del sacerdote.

Él nos dice: Apenas llegado a Cracovia, encontré en la Curia Metropolitana el primer “destino”. El arzobispo estaba entonces en Roma, pero me había dejado por escrito su decisión. Acepté el cargo con alegría. Me informé enseguida de cómo llegar a Niegowic y me preocupé por estar allí el día señalado. Fui desde Cracovia a Gdów en autobús; desde allí un campesino me llevó en carreta a la campiña de Marszowice y después me aconsejó caminar a pie por un atajo a través de los campos. Divisaba a lo lejos la iglesia de Niegowic. Era el tiempo de la cosecha. Caminaba entre los campos de trigo con las mieses en parte ya cosechadas, en parte aún ondeando al viento. Cuando llegué finalmente al territorio de la parroquia de Niegowic, me arrodillé y besé la tierra. Había aprendido este gesto de san Juan Bautista María Vianney. En la iglesia me detuve ante el Santísimo Sacramento; después me presenté al párroco, monseñor Kazimierz Buzala, arcipreste de Niepolomice y párroco de Niegowic, quien me acogió muy cordialmente y después de un breve coloquio me mostró la habitación del vicario.

Así empezó el trabajo pastoral en mi primera parroquia. Duró un año y consistía en las funciones típicas de un vicario y profesor de religión. Se me confiaron cinco escuelas elementales en las campiñas pertenecientes a la parroquia de Niegowic. Allí me llevaban en un pequeño carro o en la calesa. Recuerdo la cordialidad de los maestros y de los feligreses. Los grupos eran muy diversos entre sí: algunos bien educados y tranquilos, otros muy vivaces. Aún hoy me sucede que vuelvo con el pensamiento al recogido silencio que reinaba en las clases, cuando, durante la Cuaresma, hablaba de la Pasión del Señor.

En ese tiempo la parroquia de Niegowic se preparaba para la celebración del quincuagésimo aniversario de la ordenación sacerdotal del párroco. Como la vieja iglesia era ya inadecuada para las necesidades pastorales, los feligreses decidieron que el regalo más hermoso para el homenajeado sería la

*construcción de un nuevo templo. Pero yo fui trasladado pronto de aquella agradable Comunidad*³⁸.

Después de un año en Nigowic, el arzobispo lo envía como vicario a la parroquia de San Florián de Cracovia. Nos manifiesta: *El párroco, monseñor Tadeusz Kurowski, me encargó la catequesis en los cursos superiores del Instituto y la acción pastoral entre los estudiantes universitarios. La pastoral universitaria de Cracovia tenía entonces su centro en la iglesia de Santa Ana, pero con el desarrollo de nuevas facultades se sintió la necesidad de crear una nueva sede precisamente en la parroquia de San Florián. Comencé allí las conferencias para la juventud universitaria; las tenía todos los jueves y trataban de los problemas fundamentales sobre la existencia de Dios y la espiritualidad del alma humana, temas de particular impacto en el contexto militante, propio del régimen comunista*³⁹.

Daba clases en el pensionado del colegio de las religiosas Hijas de Nazaret, que tenían chicas de buenas familias. Él les daba clases de literatura y teología; y ellas lo llamaban Wujek, tío. Aprendió a esquiar y también a navegar en canoa. Y organizó con chicos y chicas excursiones a las montañas a modo de ejercicios espirituales al natural. En estas excursiones cantaban, oían misa, rezaban el rosario, hacían giras en bicicleta, subían montañas y discutían temas religiosos.

El secretario personal del Papa diría de él: *Allí reunió un grupo de universitarios, convirtiéndose en su cabeza y guía espiritual. Antes que nada les enseñaba cómo se debe rezar y les animaba a participar en los sacramentos, principalmente en la Eucaristía... Se los llevaba de excursión, a la montaña, de camping. Era el famoso apostolado de la excursión. Para no llamar la atención de la policía, no vestía como un sacerdote y los jóvenes lo llamaban tío*⁴⁰.

Siendo Papa, escribió: *Tengo bellos recuerdos de la pastoral universitaria... Los comunistas habían suprimido todas las asociaciones católicas para la juventud. Hacía falta, pues, encontrar el modo de superar aquella pérdida. Y aquí entró en escena Don Franciszek Blachnicki, hoy siervo de Dios. Él fue el iniciador del llamado “Movimiento de los Oasis”. Me relacioné mucho con aquel movimiento, al que procuré ayudar de diversos modos, defendiendo los “oasis” contra las autoridades. Los sostuve materialmente y también tomé parte en sus reuniones. En las vacaciones me trasladaba a menudo a los “oasis”, es decir, a los campos de verano para los*

³⁸ *Don y misterio*, pp. 77-78.

³⁹ *Ib.* p. 78.

⁴⁰ Dziwisz Stanislaw, *Una vida con Karol*, Ed. La esfera de los libros, Madrid, 2007, p. 20.

jóvenes pertenecientes a ese movimiento. Predicaba, hablaba con ellos, me unía a sus cantos junto al fuego y participaba en sus excursiones de montaña. Con cierta frecuencia celebraba la misa para ellos al aire libre. Todo eso constituía la realización de un programa pastoral bastante intenso...

También me encontré con un segundo movimiento juvenil: el Sacrosong. Era una especie de festival de música y canto religioso, acompañado de oración y reflexión. Los encuentros se desarrollaban en varias localidades de Polonia y atraían a muchos jóvenes. Yo participé muchas veces y les ayudé en su organización, también desde el punto de vista económico. Tengo un buen recuerdo de aquellos encuentros. Siempre me ha gustado cantar. Pero ha sido sobre todo con los jóvenes con los que siempre he cantado a gusto. Los textos eran diversos, dependiendo de las circunstancias: junto al fuego eran cantos populares de los scouts; con ocasión de las fiestas nacionales, se cantaban cantos militares o patrióticos... Por Navidad, en Polonia se cantan siempre muchos villancicos ⁴¹.

Uno de aquellos jóvenes que fue con él en las excursiones pastorales a las montañas refiere: *El tío Karol se empeñaba en celebrar misa todas las mañanas, lo cual resultaba incómodo para nosotros, pues nos retrasaba la hora de iniciar las excursiones. Cuando protestábamos por estos retrasos, nos decía: “Soy sacerdote, tengo este privilegio y no pienso renunciar a él”. Así, en refugios de montañas, en granjas... sacaba de la mochila la sotana, unos sencillos ornamentos y un cáliz. Y nos pedía que después, durante las dos primeras horas, no le molestáramos, pues tenía que meditar. Al terminar, hablábamos de todo, de jazz, de grupos musicales, de cine, de chicas, de noviazgo, de todo ⁴².*

Todos los jóvenes lo admiraban. Era un sacerdote de profunda oración, sencillo y humano. Nunca tuvo cuenta bancaria. Daba todo lo que le regalaban. Usaba siempre una sotana raída y unos zapatos viejos. Dormía en el suelo y practicaba diversas formas de autodisciplina y abnegación.

EL AMOR HUMANO

Uno de los temas que más le preocupaba era el formar buenas familias. Por eso, les hablaba a los jóvenes del amor humano puro y sincero. Durante su estancia en San Florián celebró entre ellos 160 matrimonios.

⁴¹ *¡Levantaos! ¡Vamos!*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 2004, pp. 93-95.

⁴² Ferrer Eusebio, o.c., p. 108.

Recuerda: Hubo un día en que supe con certeza que mi vida no se realizaría en el amor humano, cuya belleza siempre he apreciado profundamente. Como pastor, he tenido que preparar a muchos jóvenes para el matrimonio. Mi condición de sacerdote nunca me separó de ellos; al contrario, me hacía sentirme más cerca y me ayudaba a comprenderlos mejor.

Ellos se conocían, se elegían y fundaban un hogar. Yo bendecía su matrimonio, participaba en sus alegrías de padres jóvenes y bautizaba a los niños que venían al mundo. Ellos se confiaban a mí y hablábamos libremente de todos sus problemas.

El que mi camino fuera distinto no me hacía extraño a ellos, sino todo lo contrario. Un día, en las obras de Max Scheler, leí que la virginidad y el celibato tienen una especial importancia para comprender mejor el valor del matrimonio y de la vida familiar, de la maternidad y de la paternidad. Esta opinión me parece justa y acertada. El amor humano del noviazgo, de los esposos, del padre y de la madre era tema corriente de mi reflexión y de mis charlas, ligado a la experiencia de mi vida, en el ejercicio de mi ministerio o en compañía de los que habían elegido otro camino. Siempre ha sido así y así continúa siendo. Es un gran tema que no dejo de meditar, y cada vez veo mejor cuán profundamente está inscrito en la Revelación. Creo que aquí hay mucho que hacer...

Cristo nos exige pureza de corazón, según nuestro estado y vocación. La exige taxativamente. Esta pureza no se adquiere sin renunciamiento y sin luchas contra nuestra propia debilidad; pero, una vez adquirida, esta madurez de pensamiento y de corazón compensa al ciento por uno los esfuerzos que exige ⁴³.

Nunca olvidaré a un muchacho, estudiante del politécnico de Cracovia, del que todos sabían que aspiraba con decisión a la santidad. Este muchacho no tenía duda alguna de que su vocación no era ni el sacerdocio ni la vida religiosa; sabía que tenía que seguir siendo laico. Le apasionaba el trabajo profesional, los estudios de ingeniería. Buscaba una compañera para su vida y la buscaba de rodillas con la oración. No podré olvidar una conversación en la que, después de un día especial de retiro, me dijo: “Pienso que ella debe ser mi mujer; es Dios quien me la da”. ¡Como si no siguiera las voces del propio gusto, sino en primer lugar la voz de Dios! Sabía que de Dios viene todo bien, e hizo una buena elección. Estoy hablando de Jerzy Cieselski, desaparecido en un trágico incidente en Sudán, donde había sido invitado para enseñar en la universidad, y cuyo proceso de beatificación ha sido ya iniciado...

⁴³ Frossard André, o.c., pp. 14-15.

Hay que preparar a los jóvenes para el matrimonio, hay que enseñarles el amor. El amor no es cosa que se aprenda, ¡y sin embargo no hay nada que sea más necesario enseñar! Siendo aún un joven sacerdote, aprendí a amar el amor humano. Éste es uno de los temas fundamentales sobre el que centré mi sacerdocio, mi ministerio, desde el púlpito, en el confesonario y también a través de la palabra escrita. Si se ama el amor humano, nace también la viva necesidad de dedicar todas las fuerzas a la búsqueda de un “amor hermoso”.

Porque el amor es hermoso. Los jóvenes, en el fondo, buscan siempre la belleza del amor, quieren que su amor sea bello. Si ceden a las debilidades, imitando modelos de comportamiento que bien pueden calificarse como “un escándalo del mundo contemporáneo” (y son modelos desgraciadamente muy difundidos), en lo profundo del corazón desean un amor hermoso y puro. Esto es válido tanto para los chicos como para las chicas. En definitiva, saben que nadie puede concederles un amor así, fuera de Dios. Y, por tanto, están dispuestos a seguir a Cristo, sin mirar los sacrificios que eso pueda comportar.

En los años en que yo mismo era un joven sacerdote y pastor, me formé esta imagen de los jóvenes y de la juventud, que me ha seguido a lo largo de todos los años posteriores. Imagen que me permite también encontrar a los chicos en cualquier sitio al que vaya ⁴⁴.

PROFESOR

*Después de 28 meses en San Florián, por orden del arzobispo Baziak debe dejar San Florián para dedicarse al trabajo científico y sacar su doctorado en filosofía. Al principio sigue con algunos grupos universitarios, ya que son muy importantes para él. Pero, a la vez, estudia la filosofía de Max Scheler. Él mismo nos dice: *Durante las vacaciones de 1951, después de dos años de trabajo en la parroquia de San Florián, el arzobispo Eugeniusz Baziak, que había sucedido en el gobierno de la archidiócesis de Cracovia al cardenal Sapieha, me orientó hacia la labor científica. Debí prepararme para la habilitación a la enseñanza pública de la ética y de la teología moral. Esto supuso una reducción del trabajo pastoral, tan querido por mí. Me costó, pero desde entonces me preocupé de que la dedicación al estudio científico de la teología y de la filosofía no me indujera a “olvidarme” de ser sacerdote; más bien debía ayudarme a serlo cada vez más⁴⁵.**

⁴⁴ *Cruzando el umbral de la esperanza*, pp. 139.141.

⁴⁵ *Don y misterio*, p. 179.

En 1953 obtiene la habilitación para enseñar y es nombrado profesor, primero en la universidad Jagellónica y después en el Seminario de Cracovia. En 1954 le ofrecen dar clases en la universidad católica de Lublin en el Instituto de Ética, y él acepta. De esta manera viaja dos días por semana de Cracovia a Lublin para las clases.

Su vida siguió dedicada a las clases de filosofía y teología y, en alguna medida, a la pastoral con los jóvenes hasta 1958, año en que fue elegido obispo auxiliar de Cracovia.

OBISPO

Él refiere: *Era el año 1958. Con un grupo de apasionados por la canoa me encontraba en el tren que se dirigía a Olsztyn. Estábamos a punto de comenzar las vacaciones, según el programa que habíamos seguido desde 1953: una parte de las vacaciones las pasábamos en la montaña, la mayoría de las veces en los Bieszczady, y otra en los lagos de Masuria. Nuestra meta era el río Lyna. Precisamente por eso tomamos el tren de Olsztyn. Era el mes de julio. Dirigiéndome al que hacía de jefe de grupo (por lo que recuerdo entonces era Zdzistaw Heydel) le dije: “Zdzislaw, dentro de poco tendré que dejar la canoa, porque me ha llamado el Primado y debo presentarme a él”. El jefe me respondió: “De acuerdo, yo me ocupo”. Y así, cuando llegó el día fijado, dejamos al grupo para ir a la estación de tren más cercana, Olsztynek.*

Como sabía que debía presentarme al cardenal Primado mientras tenía lugar la travesía del río Lyna, había tomado la precaución de dejar a unos conocidos de Varsovia el traje talar de fiesta. En efecto, hubiera sido difícil presentarme al Primado con la sotana que llevaba conmigo durante las excursiones en canoa (en ellas llevaba siempre conmigo una sotana y los ornamentos para celebrar la santa misa).

Así pues me dirigí a Olsztynek; primero sobre las olas del río con la canoa y luego en un camión cargado de sacos de harina. El tren de Varsovia salía muy de noche. Por eso llevaba el saco de dormir, pensando en dormir algo en la estación mientras esperaba el tren. Había pedido a uno que me despertara, pero no fue necesario porque no dormí en absoluto.

Me presenté en Varsovia, en la calle Miodowa, a la hora establecida. En el palacio episcopal comprobé que habían convocado también a otros tres sacerdotes: Don Wilhelm Pluta de Silesia, el párroco de Bochnia, (diócesis de Tarnów), Don Michal Bleharczyk, y Don Józef Drzazga de Lublin. En aquel

momento no me percaté de la coincidencia. Solo más tarde comprendí que estábamos reunidos allí por el mismo motivo.

Una vez en el despacho del Primado, me dijo que el Santo Padre me había nombrado obispo auxiliar del arzobispado de Cracovia. En febrero de aquel mismo año (1958) había muerto el obispo Stanislaw Rospond, durante muchos años auxiliar en Cracovia, cuando el ordinario de la arquidiócesis era el metropolitano, cardenal príncipe Adam Sapieha.

Al oír las palabras del Primado anunciándome la decisión de la Sede Apostólica, dije: “Eminencia, soy demasiado joven, acabo de cumplir los treinta y ocho años”. Pero el Primado replicó: “Esa es una imperfección de la que pronto se libraré. Le ruego que no se oponga a la voluntad del Santo Padre”. Entonces añadí sólo una palabra: “Acepto”. “Pues vamos a comer”, concluyó el Primado...

Después de aquella audiencia tan importante para mi vida, me di cuenta de que no podía volver inmediatamente con mis amigos y mi canoa; tenía que ir antes a Cracovia para informar al arzobispo Eugeniusz Baziak, mi Ordinario. Mientras hacía tiempo para tomar el tren de la noche que me llevaría a Cracovia, recé durante muchas horas en la capilla de las hermanas ursulinas de la calle Wislana, en Varsovia ⁴⁶.

Al día siguiente me presenté al arzobispo Eugeniusz Baziak, en la calle Franciszkanska, 3, y le entregué la carta del cardenal Primado. Recuerdo como si fuera hoy que el arzobispo me tomó del brazo y me llevó a la sala de espera, donde estaban sentados algunos sacerdotes, y dijo: “Habemus papam”. A la luz de los acontecimientos posteriores, podría decirse que aquellas palabras fueron proféticas.

Dije al arzobispo que deseaba volver a Masuria con el grupo de amigos que estaban en el río Lyna. Él me respondió: “¡Quizá esto ya no convenga!”. Un poco entristecido por la respuesta, me fui a la iglesia de los franciscanos e hice el Vía Crucis, contemplando las estaciones, obra del pintor Józef Mehoffer. Me gustaba ir a esta iglesia para hacer el Vía Crucis, porque me atraían aquellas estaciones originales, modernas. Luego fui de nuevo a visitar al arzobispo Baziak y repetí mi petición. Le dije: “Comprendo su preocupación, excelencia. Le pido sin embargo que me conceda poder volver a Masuria”.

⁴⁶ Karol aceptó el nombramiento e inmediatamente fue al convento de las ursulinas de Varsovia para entrar a rezar en su capilla. Lo dejaron solo. Pasado cierto tiempo lo vieron postrado en el suelo frente al sagrario. Regresaron varias horas más tarde y continuaba postrado. Una de las religiosas le invitó a cenar. Él sólo dijo: “Déjenme aquí. Tengo muchas cosas que hablarle al Señor” (Weigel George, o.c., p. 207).

Esta vez respondió: “Sí, sí, vaya; pero le ruego —añadió con una sonrisa— que esté de vuelta para la consagración episcopal”.

Así pues, aquella misma noche tomé otra vez el tren para Olsztyn. Llevaba conmigo el libro de Hemingway “El viejo y el mar”. Leí durante casi toda la noche y sólo conseguí adormecerme un rato. Me sentía más bien raro...

Cuando llegué a Olsztyn me encontré con los amigos del grupo que habían llegado navegando con las canoas a lo largo del río Lyna. El jefe del grupo vino a buscarme a la estación y me dijo: “Entonces, tío, ¿te han hecho obispo?”. Le respondí que sí. Y él añadió: “Realmente, eso era lo que yo imaginaba, y se lo deseaba de todo corazón”. En efecto, no mucho tiempo antes, con ocasión de la celebración del 10º aniversario de mi sacerdocio, éste había sido su augurio. El día en que fui nombrado obispo, yo llevaba poco menos de doce años de sacerdocio.

Había dormido poco y por eso, cuando llegué, estaba cansado. Sin embargo, antes de irme a descansar, me dirigí a la iglesia para celebrar la santa misa. La iglesia estaba regida por el capellán universitario, que entonces era el futuro obispo don Ignacy Tokarczuk. Por fin pude ir a dormir. Cuando poco más tarde me desperté, me di cuenta de que la noticia ya se había difundido, porque Don Tokarczuk dijo sin rodeos: “¡Bueno, nuevo obispo, felicidades!”. Sonreí y me alejé, dirigiéndome al grupo de los amigos, donde tomé mi canoa; pero cuando me puse a remar, me sentí de nuevo un poco extraño ⁴⁷.

Después de la pausa veraniega volví a Cracovia, y comenzaron los preparativos para la consagración, fijada para el 28 de setiembre, fiesta de san Wenceslao, patrono de la catedral del Wawel. La dedicación a san Wenceslao del histórico templo manifiesta los antiguos vínculos de la tierra polaca con Bohemia. San Wenceslao era un duque bohemio, que murió mártir a manos de su hermano. También Bohemia lo venera como patrono.

Una etapa fundamental de mi preparación para la consagración episcopal fueron los ejercicios espirituales. Los hice en Tyniec. Iba con frecuencia a la histórica abadía. Esta vez fue una estancia particularmente importante para mí. Tenía que ser obispo, estaba ya nombrado. Pero aún quedaba bastante tiempo para la ordenación: más de dos meses. Tenía que aprovecharlos lo mejor posible.

⁴⁷ ¡Levantaos! ¡Vamos!, pp. 20-25.

Los ejercicios espirituales duraron seis días. ¡Seis días de meditaciones, Dios mío! ¡Cuántos temas y qué temas! “Sucesor de los Apóstoles”. Precisamente durante aquellos días había oído estas palabras de boca de un físico, conocido mío. Evidentemente, los que creen dan una importancia particular a esta sucesión apostólica. Yo —un “sucesor”— pensaba con gran humildad en los Apóstoles de Cristo y en aquella larga e ininterrumpida cadena de obispos que, mediante la imposición de las manos, habían transmitido a sus sucesores la participación en la misión apostólica. Ahora tenían que transmitírmela también a mí. Me sentía estrechamente vinculado a cada uno de ellos...

Recuerdo que, durante los ejercicios espirituales antes de la ordenación episcopal, daba gracias a Dios de modo particular porque el Evangelio y la Eucaristía habían llegado al Vístula, porque habían llegado a Tyniec. La abadía de Tyniec, cerca de Cracovia, cuyos orígenes se remontan al siglo XI, era realmente el lugar apropiado para prepararme a recibir la ordenación en la catedral del Wawel. Durante mi visita a Cracovia en el año 2002, antes de emprender el vuelo a Roma, conseguí hacer una pausa en Tyniec, aunque muy breve. Fue como saldar una deuda personal de gratitud. Debo tanto a Tyniec... Probablemente no solo yo, sino toda Polonia⁴⁸.

Llegó el 28 de septiembre, memoria de san Wenceslao. Era el día fijado para mi ordenación episcopal. Tengo siempre muy presente aquella gran ceremonia, como si la estuviera viendo (la liturgia entonces era aún más rica que la de hoy) y recuerdo a cada una de las personas que tomaron parte. Se acostumbraba llevar dones simbólicos al que se ordenaba obispo. Algunos de mis compañeros trajeron como ofrenda un barrilito de vino y una hogaza: eran Zbyszek Sitkowski, un compañero del liceo, y Jurek Ciesielski, hoy siervo de Dios; Marian Wójtowicz y Zdzistaw Heydel. Me parece que estaba también Stanislaw Rybicki. El más activo era sin duda Don Kazimierz Figlewicz. El día estaba nublado, pero al final salió el sol. Como señal de buen auspicio, un rayo de su luz se posó sobre aquel pobre consagrado.

Después de la lectura del Evangelio el coro cantó: “Veni, Creator Spiritus” (Ven, Espíritu Creador). Mientras escuchaba aquel canto, una vez más, al igual que durante la ordenación sacerdotal e incluso con mayor claridad aún, se afianzaba dentro de mí la convicción de que, en realidad, el artífice de la consagración es el Espíritu Santo. Era para mí un motivo de consuelo y aliento ante todos los temores humanos que se presentan al asumir una responsabilidad tan grande. Era una idea que me infundía gran confianza: el Espíritu Santo me

⁴⁸ Ib. pp. 25-29.

iluminará, me fortalecerá, me consolará, me instruirá... ¿Acaso no fue esta la promesa de Cristo mismo a sus Apóstoles?...

Recuerdo aquel momento, cuando yacía postrado en tierra, y los presentes cantaban las “Letanías de los Santos”. El obispo consagrante había invitado a la asamblea: “Oremos, hermanos, para que, en bien de la santa Iglesia, el Dios de todo poder y bondad derrame sobre este elegido la abundancia de su gracia”. Luego se iniciaba el canto de las letanías...

Terminadas las letanías, el consagrando se levanta, se acerca al celebrante y éste le impone las manos. Es precisamente el gesto fundamental que, según la tradición que se remonta a los Apóstoles, significa la entrega del Espíritu Santo. También los dos consagrantes imponen sucesivamente las manos sobre la cabeza del elegido. Es el momento culminante de la consagración episcopal. Conviene recordar aquí las palabras de la Constitución conciliar “Lumen gentium”: “Para realizar estas funciones tan sublimes, los Apóstoles se vieron enriquecidos por Cristo con la gracia especial del Espíritu Santo que descendió sobre ellos (Hch 1, 8; 2, 4; Jn, 22-23). Ellos mismos comunicaron a sus colaboradores, mediante la imposición de las manos (1 Tm 4, 14; 2 Tm 1, 6-7), el don espiritual que se ha transmitido hasta nosotros en la consagración episcopal”⁴⁹.

Al terminar la misa de consagración episcopal me trasladé directamente desde el Wawel al Seminario mayor, porque allí tendría lugar la recepción de los invitados; pero incluso aquella misma noche me fui con el grupo de amigos más íntimos a Czestochowa, donde a la mañana del día siguiente celebré la santa misa en la capilla del icono milagroso de Nuestra Señora⁵⁰.

De vuelta a Cracovia tras mi primera peregrinación a Jasna Gora como obispo, comencé a ir a la Curia. Inmediatamente fui nombrado Vicario general... En la Curia me encontraba bien; y los años transcurridos en Cracovia los recuerdo con mucho afecto y gratitud. Comenzaron a venir a verme sacerdotes, cada uno con sus problemas. Me puse a trabajar con entusiasmo. En primavera comenzaron las visitas pastorales⁵¹.

Las visitas pastorales me gustaban mucho, porque me daban la posibilidad de entrar en contacto directo con las personas. Sentía entonces más vivamente que las estaba formando. Venían a verme sacerdotes y laicos,

⁴⁹ Ib. pp. 33-37.

⁵⁰ Ib. p. 55.

⁵¹ Ib. pp. 63-64.

familias, jóvenes y viejos, sanos y enfermos; venían los padres con sus niños y sus problemas; venían todos con algo distinto. Era la vida ⁵².

Me reunía con diversos grupos: con los maestros, con quienes trabajaban en la parroquia, con los jóvenes. Había también un encuentro en la iglesia con todos los matrimonios; acto seguido, la santa misa, para concluir con una bendición especial a cada pareja por separado. Sentía siempre una emoción especial al encontrarme con familias numerosas y con madres que esperaban el nacimiento de un hijo. Deseaba expresar mi aprecio por la maternidad y la paternidad. He cultivado desde el comienzo de mi sacerdocio una dedicación pastoral a los matrimonios y las familias. Como capellán universitario organizaba habitualmente cursos prematrimoniales y más tarde, como obispo, promoví la pastoral de las familias ⁵³.

Como obispo, al igual que de sacerdote, era muy humano y sencillo. No le gustaba que le besaran la mano. Prefería un trato más directo y personal, echaba la mano a la espalda, abrazaba a todos o simplemente daba la mano. Trabajaba mucho y oraba mucho. Y la salud se resintió. Tuvo que ir a su amigo el doctor Ownacki, que le diagnosticó mononucleosis y le dijo: *La mejor terapia que puedo recomendarle es que dedique dos semanas en verano y dos semanas en invierno para salir a las montañas y hacer deporte lejos de sus agobiantes compromisos*. Y él procuró cumplir con este requisito para su salud, mientras pudo, incluso de Papa. Vivía sobriamente y no sentía necesidad de nada. *Tenía un solo abrigo negro de paño fino, por lo que en invierno le ponía un forro debajo* ⁵⁴.

EL CONCILIO

El 14 de febrero de 1962 muere de un ataque al corazón el arzobispo Baziak de Cracovia, y él es nombrado vicario capitular o administrador de la arquidiócesis. Ese mismo año, el 11 de octubre, se inaugura el concilio Vaticano II por el Papa Juan XXIII, y él asiste con otros 25 obispos polacos. Como sólo era oficialmente obispo auxiliar, ocupaba en el aula conciliar uno de los últimos puestos. Después, como arzobispo, ocupará un lugar más céntrico.

Durante la primera sesión conciliar escribió una carta al famoso estigmatizado Padre Pío, hoy san Pío de Pietrelcina, para pedirle oraciones por una señora muy amiga que tenía cáncer avanzado. La carta decía: *Roma 17 de*

⁵² Ib. p. 73.

⁵³ Ib. p. 76.

⁵⁴ Dziwisz Stanislaw, o.c., p. 43.

noviembre de 1962. Reverendo padre: *Le ruego que rece por una madre que ha cumplido cuarenta años y tiene cuatro hijas, de Cracovia, Polonia. Durante la última guerra pasó cinco años en un campo de concentración en Alemania. Actualmente está gravemente enferma de cáncer. Pida para que Dios, por mediación de la Virgen Santísima, sea misericordioso con ella y su familia. En Cristo, muy agradecido. Karol Wojtyla.*

A los pocos días le volvió a escribir: *Aquella mujer de Cracovia, Polonia, madre de cuatro hijas, el 21 de noviembre, antes de la intervención quirúrgica, recuperó inesperadamente la salud. Demos gracias a Dios. También a ti, reverendo padre, quiero darte sinceramente las gracias en su nombre, de su marido y de toda su familia. En el nombre de Cristo. Karol Wojtyla. Roma, 28 de noviembre de 1962.*

La señora de que se trata es Wanda Poltawska, doctora en medicina, que publicó un libro sobre el Papa titulado: *Diario de una amistad* ⁵⁵.

En 1963 él asistió a la segunda sesión del concilio. Y a principios de diciembre con un grupo de obispos y sacerdotes, fue en peregrinación a Tierra Santa.

El 18 de enero de 1964 fue nombrado oficialmente arzobispo de Cracovia. Durante el concilio tomó varias veces la palabra. Trabajó especialmente en la elaboración del esquema XIII, que llevaría a la publicación de la Constitución pastoral *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo actual.

Sobre su experiencia del concilio manifestó: *El concilio fue un gran acontecimiento y para mí una experiencia inolvidable. Volví muy enriquecido. Al regresar a Polonia escribí un libro en el que presenté las orientaciones que había madurado en el curso de las sesiones conciliares. En aquellas páginas procuré recoger, por así decir, el núcleo de las enseñanzas del concilio. Titulé el libro “En las fuentes de la renovación. Estudio sobre la actuación del concilio Vaticano II”* ⁵⁶.

Después del concilio los obispos polacos enviaron una carta a los obispos alemanes para perdonar y pedir perdón por los sucesos y sufrimientos soportados en la guerra. El régimen comunista acusó a los obispos de falta de patriotismo. Karol se sintió obligado a intervenir y pronunció una homilía en Cracovia el día del Corpus Christi, dirigidas a los dirigentes comunistas, en las

⁵⁵ Ed. San Pablo, Bogotá, 1995.

⁵⁶ *¡Levantaos! ¡Vamos!*, p. 153.

que decía: “No serán ellos los que nos obliguen a hacer cuenta con nuestra conciencia; no serán ellos los que nos enseñen patriotismo”⁵⁷.

ARZOBISPO Y CARDENAL

Cuando era arzobispo y tenía problemas difíciles de solucionar, iba al santuario mariano de Kalwaria. Allí se le veía frecuentemente con el rosario en la mano, rezando.

En sus visitas pastorales, que duraban varios días, confirmaba a los jóvenes; celebraba una misa especial para matrimonios y los bendecía de manera individual; y se reunía con los sacerdotes, los profesores de religión y las religiosas. Si había cementerio, iba a visitarlo, rezaba el rosario con la gente por las almas de los difuntos y bendecía las tumbas recientes. Después se reunía con diferentes grupos, especialmente con los enfermos. Siendo cardenal, en 1969, creó en Cracovia la *Jornada del enfermo*.

Sus dependencias privadas tenían tres habitaciones y un recibidor, un despacho privado y un dormitorio. Sobre el umbral del recibidor tenía una imagen de san Carlos Borromeo, su santo patrono. La única fotografía de su dormitorio era la fotografía de sus padres. En la capilla pasaba largas horas trabajando y orando. A los últimos visitantes solía invitarlos a comer con él. Vivía con sencillez, pero, de vez en cuando, se tomaba algunos días de vacaciones para ir a remar en kayak en verano o esquiar en invierno.

Su secretario personal durante casi 40 años, el padre Stanislaw Dziwisz, cuenta que lo nombró su secretario el 8 de octubre de 1966, cuando Karol era arzobispo de Cracovia. Nos dice: *Cuando íbamos en coche a alguna parroquia para hacer una visita pastoral o nos dirigíamos hacia una celebración en una iglesia, no hablaba nunca, no perdía el tiempo conversando: permanecía siempre en recogimiento, meditando y rezando. Antes de cada actividad sagrada, intentaba prepararse interiormente de la mejor forma posible y, cuando ésta había concluido, se quedaba siempre un cuarto de hora dando gracias de rodillas con gran recogimiento*⁵⁸.

Su capilla privada era el lugar en el que vivía sus encuentros personales con Dios. Intentaba pasar allí el mayor tiempo posible. Por las mañanas, si estaba en casa, permanecía allí hasta las once. Ahí dialogaba con Dios y escuchaba lo que el Señor le decía. Estaba postrado en el suelo. También solía

⁵⁷ Dziwisz Stanislaw, o.c., p. 29.

⁵⁸ Dziwisz Stanislaw, o.c., p. 18.

*trabajar en la capilla cuando debía preparar textos de documentos como los del Sínodo de Cracovia o cartas pastorales. Era interesante observar cómo señalaba las páginas: en lugar de los números, las indicaba con versículos de oraciones. El trabajo para él era también una intensa plegaria... Se confesaba todas las semanas, en vísperas de las fiestas mayores y antes de determinados tiempos litúrgicos, en la iglesia de los franciscanos, poniéndose en la misma cola que el resto de los penitentes, incluso cuando era obispo*⁵⁹.

Como arzobispo de Cracovia, la segunda sede más importante de Polonia, se convirtió en un abanderado de las reivindicaciones sociales. *Apoyaba a los trabajadores; protegía el mundo de la ciencia, golpeado repetidamente por la censura; apoyaba a los jóvenes, a los intelectuales, a los profesores, a quienes se imponía la prohibición de ir a la iglesia. Y su acción, como siempre, no era una acción política, sino una acción conducida en nombre del Evangelio, en nombre de la dignidad de la persona*⁶⁰.

En Nowa Huta había surgido un gigantesco complejo metalúrgico, y los comunistas querían que fuera un pueblo sin Dios y sin iglesias. Y como las peticiones para construir una iglesia fueron varias veces rechazadas, se levantó una cruz altísima. Los comunistas la destruyeron, y hubo enfrentamientos con la policía, dando lugar a víctimas y numerosos arrestos. Karol fue a hablar con las autoridades. Por fin dieron permiso para construir la iglesia en otra zona. Y él apoyaba a los obreros y acudía a celebrarles la misa al raso, especialmente en Navidad, a pesar del intenso frío y las nevadas.

Y después de 20 años de luchas y esperas, el 15 de mayo de 1977 se inauguró la iglesia, con la presencia del cardenal Wojtyła.

Las autoridades comunistas habían colocado micros *en todo el edificio del episcopado, incluidos el dormitorio del cardenal, su estudio, el comedor y la salita en la que recibía. Estaban ocultos dentro de los teléfonos, pero también debajo del papel o de la tela que cubrían las paredes o debajo de los muebles. Nosotros conocíamos de sobra la existencia de esos “oídos” electrónicos, siempre a la escucha... El cardenal se lo tomaba a broma. Cuando quería que algo se supiese, hablaba en voz alta de forma que los que le estaban escuchando lo oyesen perfectamente. Pero cuando tenía que tratar un tema delicado, lo hacía fuera del edificio. Por ejemplo, si venía a verlo monseñor Bronislaw, secretario del episcopado, salía con él al bosquecillo cercano. Si acudían a visitarlo obispos extranjeros, se los llevaba a la montaña*⁶¹.

⁵⁹ Ib. pp. 19-20.

⁶⁰ Ib. p. 37.

⁶¹ Ib. p. 47.

Por otra parte lo vigilaban y seguían las 24 horas del día. Cuando salía en coche, lo seguían con sus vehículos negros detrás de él. Él decía que eran sus ángeles custodios y los saludaba con la mano.

También ayudó eficazmente a los seminaristas checos que no podían ser ordenados sacerdotes en su país por falta de obispos. *Por la noche, afrontando un viaje lleno de riesgos, los seminaristas cruzaban la frontera. Al otro lado los esperaba alguien para llevarlos a Cracovia. Una vez allí se procedía al reconocimiento: cada uno de los jóvenes llevaba consigo la mitad del certificado que autorizaba la ordenación y que tenía que coincidir con la otra mitad enviada previamente al arzobispo, como una pieza de rompecabezas con otra. Por fin, y siempre con el máximo sigilo, tenía lugar la ceremonia en la capilla privada. El cardenal imponía las manos sobre los jóvenes, convirtiéndolos en ministros de Cristo. Apenas se hacía de noche, reemprendían el camino de regreso sin saber qué les aguardaba* ⁶².

Cuando fue elegido cardenal (el 26 de junio de 1967, por Pablo VI) *fue un claro defensor del diálogo entre religiones. Tenía desde hacía mucho tiempo buenas relaciones con la Comunidad judía. En las visitas pastorales a las parroquias nunca olvidaba detenerse en los cementerios hebreos* ⁶³.

Siendo cardenal había entrado en la sinagoga de Cracovia y de niño había entrado en la de su pueblo para oír el canto de los salmos, interpretados por Moishe Svitski, un muchacho con una voz extraordinaria.

Un detalle interesante es que, desde que fue cardenal, le gustaba visitar a las distintas Comunidades polacas del mundo entero. Gracias a estos viajes, pudo conocer la realidad de distintos países, no sólo de Europa sino también de América, Asia, Oceanía y África. De esta manera, se estaba preparando para los futuros viajes como pastor de la Iglesia universal y cumplía su deseo de niño, como cuentan sus compañeros de clase, que soñaba con ser aventurero y viajar por el mundo entero. De ahí también su deseo de niño de aprender lenguas extranjeras, para lo que tenía una facilidad especial.

Como cardenal debía viajar frecuentemente a Roma para asistir como miembro de distintas Comisiones o Congregaciones vaticanas. En la Cuaresma de 1976, por decisión del Papa Pablo VI, dio los ejercicios espirituales al Papa y a la Curia romana.

⁶² Ib. p. 50.

⁶³ *Ibidem*.

TERCERA PARTE

SU PONTIFICADO

PAPA

El 6 de agosto de 1978 muere en Castelgandolfo el Papa Pablo VI y es enterrado en la basílica de San Pedro el 12 de agosto. Se convoca a los cardenales al cónclave y el 25 de agosto es elegido Papa el cardenal Albino Luciani, que adopta el nombre de Juan Pablo I, quien no desea usar la tiara papal en la misa de su investidura. En la noche del 28 al 29 de septiembre muere Juan Pablo I. Se convoca al cónclave y el 16 de octubre es elegido Karol Wojtyla, que adopta el nombre de Juan Pablo II. El mismo día, habla a la multitud, rompiendo la tradición de no hablar. Les dice en italiano: *Temía recibir este nombramiento, pero lo he hecho con espíritu de obediencia a Nuestro Señor Jesucristo y con confianza total en su madre, la Santísima Virgen. No sé si me expreso con claridad en vuestra, en nuestra lengua italiana. Si cometo algún error, vosotros me corregiréis.*

Ese mismo día, *el cardenal Martin lo lleva por la noche al que será en adelante su dormitorio en los departamentos pontificios. Él se arrodilla al pie de su cama, reza la Salve y pide que le traigan, de la celda que ocupó en el cónclave, el pequeño libro en polaco de san Luis María Grignon de Montfort: “El tratado de la verdadera devoción a la Virgen María”. Ése es el mismo ejemplar que nunca dejó desde que lo leyó a ratos libres cuando trabajaba en la fábrica Solvay de Cracovia y que está manchado por la cal que debía transportar en las carretillas*⁶⁴.

El 22 de octubre tomó posesión de su ministerio papal. Era el primer Papa eslavo de la historia. El primer Papa no italiano desde Adriano VI, después de 455 años. Era el 264 sucesor de San Pedro. No hubo tiara ni coronación, ni silla gestatoria. Todo fue más sencillo. Y en el mensaje de la misa dijo con fuerza y convencimiento: *No tengáis miedo de acoger a Cristo y aceptar su poder. No tengáis miedo. Abrid de par en par las puertas a Cristo.*

En la carta apostólica *Dies Domini* dirá de nuevo: *No tengáis miedo de dar vuestro tiempo a Cristo... Sí, abramos nuestro tiempo a Cristo para que él lo*

⁶⁴ Daniel-Ange, *Floreillas de Juan Pablo II*, Ed. Lumen, Buenos Aires, 2007, p. 98.

*pueda iluminar y dirigir... El tiempo ofrecido a Cristo nunca es un tiempo perdido*⁶⁵.

Ese mismo día de su toma de posesión, después de las tres horas que duró la misa inaugural de su pontificado y rompiendo una vez más la tradición, en vez de irse directamente al interior de la basílica, se fue a saludar a la gente, empezando por un grupo de minusválidos que estaban en silla de ruedas. Un niño se le acercó y Juan Pablo lo tomó en sus brazos y lo abrazó. Y como no podía abrazar a todos, cogió en sus manos el báculo papal y lo blandió hacia la muchedumbre que lo aclamaba.

A los pocos días, el 29 de octubre, en el rezo del *Ángelus* dijo a todos: *El rosario es mi oración predilecta*. Cinco meses después comenzó a recitarlo el primer sábado de cada mes por radio Vaticana. Al ser elegido Papa hablaba polaco, francés, alemán e italiano. Sabía bastante de español por haber leído en esta lengua las obras de San Juan de la Cruz para su tesis, y comenzó a aprender algo de otras lenguas para poder decir algunas palabras en los países a donde viajaba. Al llegar a un país, siguiendo la costumbre de Pablo VI, solía arrodillarse y besar el suelo en señal de amor por esa nación.

Desde el principio puso de cabeza a los eclesiásticos de la Curia romana, acostumbrados a Papas reservados y que vivían casi en solitario dentro del Vaticano. Juan Pablo II casi todos los días tenía invitados a su misa y después al desayuno. A otros amigos los invitaba a comer al mediodía o a cenar. Todos los días se levantaba temprano y antes de la misa hacía una hora de oración. Después de la misa solía dedicar un cuarto de hora a dar gracias. Todos los días rezaba el rosario y el breviario, que besaba antes de cerrarlo.

En Navidad de 1981 organizó un pesebre monumental en la basílica Vaticana y colocó un árbol de Navidad en la plaza San Pedro. El año 1982 mandó colocar una imagen de la Virgen en una de las fuentes de los palacios vaticanos, siendo visible desde la plaza de San Pedro. También a partir del 25 de marzo de 1982 estableció que todos los días, a la doce del mediodía, se tocara la campana para invitar a todos los visitantes a rezar el *Ángelus*.

Era un hombre de profunda oración. Nos dice: *Lo que yo hago es simplemente rezar por todos día a día. Cuando encuentro una persona, rezo por ella, y eso siempre facilita la relación. Me es difícil decir cómo lo perciben las personas; habría que preguntárselo a ellas. Tengo como principio acoger a cada uno como una persona que el Señor me envía y, al mismo tiempo, me confía*⁶⁶.

⁶⁵ Carta apostólica *Dies Domini*, N° 7.

⁶⁶ *¡Levantaos! ¡Vamos!*, p. 69.

Tengo un gran número de peticiones y de intenciones de oración que me presentan constantemente numerosas personas. Yo tomo nota de las intenciones que me indican personas de todo el mundo y las conservo en la capilla sobre el reclinatorio, para que en todo momento estén presentes en mi conciencia, incluso cuando no puedo repetirlas literalmente cada día. Permanecen allí y se puede decir que el Señor Jesús las conoce, porque se encuentran entre los apuntes sobre el reclinatorio y también en mi corazón ⁶⁷.

Un día dijo: Al rezar quiero encontrarme con todos, con todos los que rezan allí donde ellos rezan: con el beduino del desierto, con las gentes de la estepa, con las carmelitas o el monje de su convento, con los enfermos en el lecho de dolor, con el trabajador en sus ciudades y pueblos, con todos los humildes y humillados del mundo ⁶⁸.

En sus viajes internacionales, en medio de la multitud, si alguien le tendía un papelito, lo guardaba en el bolsillo y de vuelta al Vaticano lo dejaba en su reclinatorio para orar por él; y pedía que le contestaran de inmediato. Al hacer las visitas pastorales a las parroquias de Roma, primero invitaba al párroco y a sus colaboradores a almorzar con él, dedicando a la visita las tardes del domingo. Más tarde, por motivos de salud, lo hizo en las mañanas de domingo y, cuando fue más anciano, les pedía que vinieran ellos al Vaticano. Pero por todos oraba. En su despacho tenía una imagen de la Virgen negra de Czestochowa.

Amaba mucho a Polonia como un verdadero patriota, tal como su padre le había enseñado desde niño. El año 1979 viajó a Polonia del 2 al 10 de junio. Quería reavivar la fe de los polacos. Su viaje fue un triunfo apoteósico, que hizo sentirse unidos a todos los polacos en la fe y manifestarla multitudinariamente y en público, lo que normalmente el gobierno no permitía.

En agosto de 1980 el Papa estaba muy preocupado por la situación política de Polonia. Los astilleros bálticos tenían ya tres días de huelga y se temía que terminara todo en un baño de sangre con la represión violenta del gobierno. De pronto, en las pantallas de televisión, aparecieron miles de obreros con sus monos azules que se confesaban y arrodillaban para comulgar en la misa que se celebró en los astilleros. En el altar habían colocado una imagen de la Virgen de Jasna Gora y un retrato suyo. Los occidentales observaban fascinados aquellas huelgas sin parangón, en las que los huelguistas iban cantando himnos religiosos en lugar de la consabida internacional socialista. Lech Walesa, el electricista, era

⁶⁷ Al simposio organizado por la Congregación del Clero por el 30 aniversario del decreto conciliar *Presbyterorum Ordinis*, el 27-X-1995.

⁶⁸ Velasco Miguel Ángel, *Juan Pablo II, ese desconocido*, Ed. Planeta, Barcelona, 1998, p. 194.

el líder de los huelguistas. El 30 de agosto se llegó a un acuerdo con el gobierno: en él se aceptaban los sindicatos independientes autónomos y la garantía del derecho a la huelga. Así nacía oficialmente *Solidaridad*, el primer sindicato libre del Este europeo.

En total Juan Pablo II viajó nueve veces a su país. Y, según muchos comentaristas, fue uno de los principales autores de la caída del comunismo en Polonia y en los países el Este europeo.

SU VIDA DIARIA

Veamos lo que dice al respecto su secretario personal, monseñor Stanislaw Dziwisz: *En el Vaticano sus aposentos personales se reducían prácticamente al dormitorio y a un pequeño estudio, separado del cuarto por un biombo y amueblado con una pequeña escribanía y una butaca. Todo muy sencillo, muy espartano, y muy apropiado para alguien como él, totalmente indiferente a las comodidades.*

En el Vaticano, al igual que en Cracovia, vivía modestamente. Es más, podría decirse que practicaba la pobreza de una forma heroica, pero, y esto era lo más llamativo, sin ningún esfuerzo. No poseía nada, y casi nunca pedía algo. Con independencia de que no era un experto en asuntos de dinero y de que no buscaba el “salario” de la Sede Apostólica, era la Secretaría de Estado la que se ocupaba de los gastos que acarreaban sus actividades. En resumen, como Papa era “rico”, pero no tuvo jamás dinero propio.

El Santo Padre comenzaba temprano su jornada. Se levantaba a las cinco y media y, una vez arreglado, acudía a la capilla para la oración de la mañana, las laudes y la meditación, que duraba media hora. A las siete, la misa, a la que siempre acudían fieles, o sacerdotes o grupos de obispos, especialmente los de un determinado país, que iban para la visita “ad limina”.

Los invitados (cincuenta personas como máximo) encontraban con frecuencia al Papa de rodillas, rezando con los ojos cerrados, en un estado de abandono total, casi de éxtasis, sin darse cuenta siquiera de que alguien había entrado. “Daba la sensación”, comentó más de uno, “de que estaba hablando con el Invisible”.

Obispos y sacerdotes tenían la posibilidad de concelebrar. Para los fieles era una gran experiencia espiritual, a la que el Santo Padre concedía gran importancia. Porque al estar todos reunidos en torno al Cristo Eucarístico, con su Vicario en la tierra, en espíritu de fe y comunión, era como si estuviese allí la

Iglesia universal en su totalidad. Como si allí estuviese presente, con sus esperanzas pero también con sus dolores, la humanidad entera.

Y de hecho, allí, siempre cercano al corazón del Papa, se encontraba espiritualmente el sufrimiento de las mujeres y los hombres de todo el mundo. El cajón del reclinatorio estaba lleno de las súplicas que le llegaban al Santo Padre. Había cartas de enfermos de sida y de cáncer. De una madre que pedía una oración por su hijo de diecisiete años que estaba en coma. Cartas de familias en crisis, de parejas que no tenían hijos y que, cuando sus oraciones recibían respuesta, le escribían para darle las gracias.

Después del desayuno, Juan Pablo II iba a su estudio. Escribía apuntes, homilias, notas para los discursos. Tras sufrir una fractura en la espalda, empezó a dictarle las notas a un sacerdote polaco —primero a Don Stanislaw; luego a Don Pawel—, que usaba ordenador portátil y que traducía sus textos al italiano. Finalizado el dictado, el Papa le preguntaba con frecuencia a su colaborador: “¿Qué te parece?”. Pero también ese tiempo dedicado al trabajo estaba lleno de oración, de jaculatorias. ¿Cómo decirlo?, no dejaba de rezar en ningún momento del día. No era raro que cuando alguno de sus secretarios iba a buscarlo lo encontrase en la capilla, tendido en el suelo, completamente inmerso en sus oraciones u ocupado en cantar durante la adoración cotidiana.

A las once, salvo los miércoles, día de audiencia general, se iniciaban las visitas privadas y públicas. Personas solas o grupos. Podían ser obispos, jefes de Estado y de Gobierno, personajes del mundo de la cultura, personalidades de distintos países. Al inicio del pontificado, las audiencias se prolongaban a veces hasta las dos y media; el Papa no despedía nunca a nadie, no interrumpía jamás una conversación, dejaba siempre que la persona que tenía delante le dijese todo cuanto la preocupaba. Luego, con los años, aquellos encuentros no tuvieron más remedio que hacerse más breves.

Llegaba la hora de la comida. En la mesa, Juan Pablo II siempre tenía invitados que podían informarle directamente acerca de lo que ocurría en el mundo y en las comunidades cristianas. O bien —si los comensales eran los responsables de algún departamento— podía informarse de cómo iba el trabajo en esa oficina. O —si el Santo Padre debía programar un viaje o preparar un documento— invitaba a las personas relacionadas con ese tema.

El Papa escuchaba, hacía preguntas, se informaba sobre una determinada situación o sobre algún problema. Comía de espaldas a la puerta que daba a la cocina, en uno de los lados largos de una mesa rectangular. Frente a él se sentaban los invitados si eran sólo dos o tres; si eran más, tomaban asiento también a los lados, donde habitualmente estaban los secretarios personales.

Junto a mí, con el paso del tiempo, se han sentado Don Emery Kabongo, congoleño, Don Vincent Tran Ngoc Thu, vietnamita, y Don Mieczyslaw (“Miecio”, como le llamábamos), también polaco. Y ya que estamos, me gustaría recordar a las monjas del apartamento, camareras del Sagrado Corazón de Jesús, todas polacas: sor Tobianna, sor Eufrozyna, sor Germana, sor Fernanda y sor Matylda.

En general, se comía a la italiana. Pasta de primero, luego carne con verduras; se bebía agua y un poco de vino tinto. Por la noche, una sopa ligera y pescado. Sólo en las grandes festividades se volvía a la cocina polaca; ahí sí que las monjas podían lucirse: de primero, “barszcz”, una sopa de remolacha, u otro tipo de sopa; de segundo, la famosa “kotlet”, una costilla de cerdo con patatas y verduras; y tarta, de amapolas o de requesón.

El Papa comía más o menos de todo. Poco, pero de todo. Como había sido siempre su costumbre. Desde la época de su juventud, desde la guerra, cuando las comidas eran frugales a la fuerza y el problema era encontrar un poco de pan duro, unas pocas patatas. Desde entonces Karol Wojtyla había mantenido una relación “distanciada”, por así decirlo, con la comida. Sin embargo, sí había algo que le gustaba mucho: los dulces, sobre todo los italianos. Y el café: lo tomaba por la mañana y por la tarde.

Con el paso de los años, el Santo Padre tuvo que ir alargando el tiempo que dedicaba al descanso por la tarde, seguido de la oración. Apenas podía, y lo hizo casi hasta los últimos tiempos, salía a la terraza, tanto en invierno (con abrigo negro de cura sobre los hombros) como en verano. Era su lugar preferido. Se detenía a meditar ante las diversas imágenes, en particular ante un pequeño altar con la efigie de la Virgen de Fátima. Rezaba siempre el rosario, la oración que más le gustaba. Todos los jueves guardaba la hora santa. El viernes hacía el Vía Crucis, se encontraba en el lugar del mundo en el que se encontrase, en un avión o en un helicóptero, como aquella vez que se dirigía en vuelo hacia Galilea.

La misa, la recitación del breviario, las frecuentes visitas al Santísimo, el recogimiento, las devociones, la confesión semanal, las prácticas de piedad (observó el ayuno total hasta edad muy avanzada) eran momentos fundamentales que constituían la trama cotidiana de su vida espiritual, es decir, de su estar constantemente en intimidad con Dios. Quiero aclarar que no era, en absoluto, un “santurrón”. Él estaba enamorado de Dios. Se alimentaba de Dios. Y cada día comenzaba de nuevo, siempre encontraba palabras nuevas para rezar, para hablar con el Señor...

Más tarde, en las audiencias vespertinas, recibía a sus colaboradores más estrechos: el lunes y el jueves al secretario de Estado; el martes al sustituto; el miércoles al secretario de la II Sección de la Secretaría, al que los periodistas llaman el “ministro de Asuntos Exteriores”; el viernes, al prefecto (que, desde 1981, ha sido el cardenal Joseph Ratzinger) o al secretario de la Congregación para la Doctrina la Fe; y el sábado al prefecto de la Congregación para los Obispos.

Llegaba la hora de la cena. También entonces había invitados. Exponentes de la curia, los directores del Gabinete de Prensa y de L'Osservatore Romano, colaboradores con los que el Papa ponía a punto discursos o el programa de trabajo, amigos que estaban de paso por Roma, como el padre Tadeusz Styczen, su sucesor en la cátedra de Ética de Lublin, que pasaba con él las vacaciones.

La casa de Juan Pablo II estaba siempre abierta a los demás. Le gustaba estar con la gente, escucharla, interesarse por sus problemas, discutir sobre este o aquel tema, sobre algún hecho que hubiera ocurrido. Mantenía relaciones cordiales también con personalidades de la política italiana. Entre estos, el presidente de la República, Sandro Pertini, que estaba muy unido al Papa y que después del atentado contra el Santo Padre permaneció en el hospital Gemelli hasta que terminó la operación; le llamaba con frecuencia por teléfono, le gustaba saludarlo incluso cuando se iba de vacaciones al extranjero. Y el presidente Carlo Azeglio Ciampi y la señora Franca, siempre tan interesada por la salud del Santo Padre.

El Papa quería estar siempre informado de todo. Leía la prensa y “L'Osservatore Romano”. Por las noches veía la televisión, que estaba en el comedor, a su izquierda. La primera parte del telediario, pero también programas grabados en vídeo, documentales; y no le disgustaban las películas “a soggetto”. Me decía: “Me estimulan el pensamiento”.

Después de la cena se ocupaba de los documentos que le llegaban, siempre en un maletín viejo, de la Secretaría de Estado. Luego se entregaba a la lectura: leía literatura, libros que le habían llamado la atención. Acudía a la capilla para la última oración, el último coloquio con el Señor. Por último, todas las noches, desde la ventana de su cuarto contemplaba Roma, toda iluminada, y la bendecía. Y con aquel signo de la cruz sobre “su” ciudad, concluía la jornada y se iba a dormir ⁶⁹.

⁶⁹ Dziwisz Stanislaw, o.c., pp. 86-90.

El portavoz del Vaticano, Navarro Valls, en una entrevista al periódico español *La Vanguardia*, del 17 de octubre de 1990, dice sobre el Papa: *El Papa trabaja 16 a 17 horas diarias. El desayuno, almuerzo y cena son siempre de trabajo y nunca a solas. No usa gafas ni lentillas ni para leer ni para ver de lejos. No tiene ningún régimen especial de comida. Lo he visto hacer fuertes ayunos durante la Cuaresma, eliminando el pescado, carne, dulces y, pese a la escasa nutrición, seguir trabajando como siempre... Es imposible trabajar con él y no reírse. A veces está riéndose y se pone serio y dice: "Es que me tira la cicatriz de la última operación". Es muy divertido y alegre. Tiene golpes de humor imprevisibles.*

EL PAPA DE EXCURSIÓN

Algo que le costó un poco al principio fue no poder ir de paseo por las montañas. Pero decidió intentarlo. *Fueron más de un centenar de "expediciones", casi todas por el Abruzzo. Y, al principio, nadie sabía nada, ni en el Vaticano ni en la prensa.*

La primera vez fue casi una "fuga". Hacía tiempo que deseábamos que el Santo Padre pudiese volver no sólo a esquiar, sino a zambullirse en la vida cotidiana de la gente, así que nos decidimos a intentarlo. No recuerdo de quién partió la idea, pero probablemente fue una iniciativa colectiva, surgida durante el almuerzo. En cualquier caso, la localidad elegida, Ovindoli, fue la sugerida por Tadeusz Rakoczy (actualmente obispo de Bielsko-Zywiec, en Polonia), que conocía bien la zona porque iba allí a esquiar. Por seguridad, dos o tres días antes, Josef Kowalczyk (actual nuncio apostólico en Polonia) y él fueron a "observar el terreno" para evitar imprevistos.

Si no recuerdo mal, fue el 2 de enero de 1981. Salimos hacia las nueve, en el coche de Don Josef, para no llamar la atención a la salida del palacio de Castelgandolfo, donde estaba situada la Guardia Suiza. Don Josef conducía; en el asiento del copiloto estaba Don Tadeusz, que fingía leer el periódico, que llevaba abierto completamente, para "ocultar" al Santo Padre, sentado justo detrás de él, a mi lado.

Don Josef conducía con mucho cuidado, respetando los límites de velocidad, aminorando ante los pasos de cebra. ¡No queríamos ni pensar en lo que podría ocurrir en caso de accidente o si se rompía el coche!

Cruzamos varios pueblos; el Papa, a través del cristal de la ventanilla, pudo disfrutar observando escenas de la vida cotidiana. Cuando llegamos, nos detuvimos en las afueras de Ovindoli, cerca de una de las pistas, pero en un

lugar donde no había prácticamente nadie. Y allí comenzó aquella jornada maravillosa, inolvidable. Las montañas alrededor. Toda la naturaleza cubierta de blanco. Aquel gran silencio que te permitía concentrarte, rezar. El Santo Padre logró hasta esquiar. Estaba feliz con el “regalo” que le habíamos hecho. Ya de regreso, nos dijo, sonriendo: “¡Al final lo hemos conseguido!”. Y en los días siguientes continuó dándonos las gracias y recordando los mejores momentos vividos durante la “expedición”.

Para las siguientes excursiones volvimos a elegir lugares solitarios. Pero en algunas estaciones de esquí era imposible evitar a la gente. Y, además, ¿qué más daba? El Santo Padre se portaba como cualquier otro esquiador. Iba vestido como todos: mono, gorro y gafas oscuras. Hacía la cola como todo el mundo —aunque, como precaución, uno de nosotros estuviera delante de él y otro detrás— y enseñaba el “forfait” para usar los remontes.

Parecerá increíble, pero nadie lo reconocía. También porque... ¿Quién iba a imaginarse a un Papa esquiando? Uno de los primeros que lo descubrió fue un niño de apenas diez años.

Ya era por la tarde. Don Josef y yo nos habíamos adelantado. Don Josef, finalizado el descenso, se había detenido al pie de la bajada para aguardar al Santo Padre. Justo en esos instantes, más abajo, acababa de pasar un grupo de esquiadores de fondo. Al poco, apareció aquel niño, jadeante, angustiado; era evidente que se había quedado rezagado. “¿Los ha visto?”, preguntó. Y mientras Don Tadeusz le indicaba por donde se había ido su grupo, se volvió a mirar al Santo Padre, que acababa de llegar en ese preciso instante. Se quedó boquiabierto, con los ojos como platos, y empezó a gritar: “¡El Papa! ¡El Papa!”. Y Don Tadeusz: “¿Pero qué dices, bobo? Anda, date prisa en alcanzar a tus compañeros, mira que te vas a perder...”. El niño desapareció siguiendo a su grupo; y nosotros, apenas estuvimos todos abajo, nos apresuramos a subir al coche y regresar a Roma...

Más tarde, cuando todo el mundo supo que el Papa esquiaba y que podía encontrárselo en cualquier pista, pensamos que era mejor dejarnos acompañar “oficialmente” por los servicios de vigilancia (así, en vez del coche, empezamos a movernos en un pequeño autocar, también porque se nos había incorporado Angelo Gugel) y por un vehículo del Ispettorato de Publica Sicurezza (Seguridad pública) junto al Vaticano (para no tener a las autoridades italianas con el alma en vilo). Seguíamos acudiendo, de todas formas, a lugares poco concurridos. A veces nos quedábamos en la montaña hasta entrada la noche. Encendíamos el

fuego, preparábamos algo de cena, charlábamos y terminábamos cantando todos
70.

Por otra parte, en Castelgandolfo se hizo construir una piscina, regalada por los polacos estadounidenses. Era un Papa deportista y progresista en el mejor sentido de la palabra, pero sobre todo un hombre de oración, muy humano y sencillo: en una palabra, un santo.

ATENTADO

El 13 de mayo de 1981, Juan Pablo II había almorzado con el genetista francés Jérôme Lejeune (1926-1994), con su esposa y otro invitado. La audiencia general empezó a las cinco de la tarde con toda tranquilidad. Nada hacía presentir lo que iba a suceder. Su secretario personal describe así el atentado: *Aquel día, el jeep estaba dando la segunda vuelta a la plaza San Pedro, hacia la columnata de la derecha, la que termina con la Puerta de Bronce. El Santo Padre se asomó desde el coche en dirección a una niñita rubia que le estaban tendiendo: se llamaba Sara, tenía apenas dos años y apretaba entre los dedos el hilo de un globo colorado. Él la tomó en sus brazos, la alzó en el aire, como si quisiera enseñársela a todo el mundo; luego la besó y, sonriendo, se la devolvió a sus padres.*

Eran, según la reconstrucción posterior, las 17:19. Las audiencias generales del miércoles, con la llegada del buen tiempo, se celebraban en abierto, por la tarde. Como en aquel 13 de mayo de 1981.

Yo me sentía fascinado ante aquella escena, las manos de los padres extendidas para recoger aquel peluche rosado. Inmediatamente después, escuché el segundo disparo. Y, mientras lo oía, el Santo Padre se dobló sobre un costado y cayó sobre mí.

Instintivamente, yo también miré hacia el punto desde el que provenían los tiros —aunque sólo me di cuenta de esto más tarde, viendo las fotografías y las grabaciones de televisión—. Había un tumulto, un joven de rasgos oscuros se alejaba de allí; sólo después supe que se trataba del autor del atentado, un turco, Mehmet Ali Agca.

Quizá, ahora que lo pienso, miré hacia allí, hacia donde se había organizado aquel revuelo, para no ver, para no aceptar el hecho tremendo que acababa de suceder. Y que, sin embargo, “sentía” entre mis brazos.

⁷⁰ Don y misterio, pp. 82-85.

Intentaba sostener al Papa, pero era como si él se dejase ir. Dulcemente. Tenía un gesto de dolor, pero estaba sereno. Le pregunté: “¿Dónde?”. Contestó: “En el vientre”. “¿Duele?”. Y él: “Duele”. La primera bala le había destrozado el abdomen, perforando el colon, desgarrando en varios puntos el intestino delgado, y luego había salido, cayendo en el jeep. La segunda bala, tras rozarle el codo y fracturarle el índice de la mano izquierda, había herido a dos turistas americanas.

Alguien gritó que fuéramos hacia la ambulancia. Pero la ambulancia se encontraba al otro lado de la plaza. El jeep atravesó velozmente el Arco de las Campanas, recorrió la Vía delle Fondamenta, dando la vuelta completa, por el exterior, al ábside de la basílica, se dirigió hacia el Grottone, el Cortile del Belvedere, hasta alcanzar el FAS, los servicios sanitarios del Vaticano, donde ya nos aguardaba, avisado mientras tanto, el doctor Buzzonetti, el médico personal del Santo Padre.

Cogieron al Papa de entre mis brazos, lo tumbaron en el suelo, en la entrada del edificio; sólo entonces nos dimos cuenta de la cantidad de sangre que manaba de la herida causada por la primera bala. Buzzonetti le dobló las rodillas y le preguntó si podía moverlas; él las movió. Inmediatamente después, el médico dijo a gritos que fuéramos al Gemelli. No se trataba de una elección casual, estaba decidido desde hacía tiempo ir allí en caso de que hubiera que ingresar al Santo Padre.

Mientras tanto, había llegado la ambulancia; salimos a toda velocidad, comenzando una desesperada carrera contra el tiempo por el Viale delle Medaglie d’Oro. La sirena no funcionaba y el tráfico era caótico.

El Papa estaba perdiendo las fuerzas, pero todavía era consciente. Se quejaba con gemidos apagados, cada vez más débiles. Y rezaba, le oía rezar invocando a “Jesús” y a “María Santísima”.

Pero justo cuando llegamos al Policlínico perdió el conocimiento. Fue entonces, en ese preciso instante, cuando me di realmente cuenta de que su vida corría peligro. Los propios médicos que le intervinieron me confesaron más tarde que lo operaron sin creer, ésas fueron sus palabras, sin creer que el paciente pudiera sobrevivir.

Ya no recuerdo por qué, quizá fuera por el aturdimiento que nos invadía a todos, quizá por la conmoción de aquellos momentos dramáticos, pero llevaron al Santo Padre a la planta décima para bajar a la novena, donde estaba el

quirófano. En un determinado momento oí gritar a alguien: “¡Por aquí llegamos antes!”. Y, para acortar camino, los enfermeros forzaron dos puertas.

Yo también pude entrar; había mucha gente. Me quedé allí, en una esquina, por lo que pude ir enterándome de todo, al instante. Había problemas con la presión sanguínea, con el ritmo cardíaco. Pero el peor momento fue cuando el doctor Buzzonetti se me acercó para pedirme que le administrara al Santo Padre la extremaunción. Lo hice en el acto, pero con el corazón desgarrado. Era como si me hubiesen dicho que ya no se podía hacer nada. Además, la primera transfusión no había ido bien. Fue necesaria una segunda; esta vez los que donaron sangre fueron los propios médicos del hospital.

Por suerte, ya había llegado el cirujano, el profesor Francesco Crucitti, que se había ofrecido a operar, ya que el cirujano jefe estaba en Milán; y comenzó la operación.

¡Por fin comenzó! Me encontraba ya fuera de la sala de operaciones y no hacía otra cosa sino rezar, rezar, rezar. Cada cierto tiempo venía un médico a informarme de cómo iba la intervención; tras recibir las noticias, me recogía más intensamente en mis oraciones. Me abandoné en las manos de Dios, invoqué a la Santa Virgen...

Después de casi cinco horas y media, alguien, ahora no recuerdo siquiera su cara ni sus palabras exactas, vino a decirme que la operación había concluido, que todo había salido bien, y que, por lo tanto, habían aumentado las esperanzas de vida.

Trasladado al centro de reanimación, el Santo Padre salió de la anestesia durante las primeras horas del día siguiente. Abrió los ojos, me miró muy despacio, como si le costase reconocermelo, y pronunció unas pocas palabras: “Dolor... sed...”. Y: “Como a Bachelet...”. Evidentemente, había pensado en la analogía de su caso con lo sucedido al profesor Vittorio Bachelet, asesinado un año antes por las Brigadas Rojas.

Tras un breve reposo, el Papa se despertó a primera hora de la mañana, me miró de nuevo, esta vez con un objetivo en la mirada y, por increíble que parezca, me preguntó: “¿He rezado Completas?”. Creía que era aún el miércoles 13 de mayo.

Los primeros tres días fueron terribles. El Santo Padre rezaba continuamente. Y sufría, sufría muchísimo. Pero sufría todavía más —porque se trataba de un sufrimiento interior, profundo, que no cesaba— por el inminente final del cardenal Wyszyński.

Yo había estado con el Primado, ya en cama debido a su grave enfermedad, en su residencia de Varsovia, dos días antes del atentado. El Santo Padre me había enviado allí para hacerle una visita. El cardenal sabía que se acercaba el fin, pero estaba sereno, se había abandonado totalmente a la voluntad de Dios. Hablamos durante largo rato; él quiso transmitirle sus últimas voluntades al Papa; le escribió una carta.

Pero luego, apenas se enteró del atentado y de que el Santo Padre podía morir, Wyszynski se aferró, cómo decirlo, se aferró a la vida, no quería irse sin tener la certeza... Y por eso padeció una agonía atroz que se prolongó durante tres semanas. Cerró los ojos para siempre sólo cuando le confirmaron que el Papa estaba fuera de peligro.

Recuerdo ahora, emocionado, la última, brevísimas, conversación por teléfono que mantuvieron el primado agonizante y el Papa todavía débil, convaleciente. Se podía oír la voz, ya exangüe, del cardenal: “Estamos unidos por el dolor... Pero usted está a salvo”. Y luego: “Santo Padre, deme su bendición...”. Y Wojtyla, que no quería pronunciar aquellas palabras, sabiendo que eran el adiós definitivo: “Si, sí. Bendigo sus labios... Bendigo sus manos...”.

Pero, para Juan Pablo II el sufrimiento aún no había acabado. Ya de regreso al Vaticano, reapareció la fiebre, acompañada de malestar general, de dolores cada vez más agudos. Tras ingresarle nuevamente en el Gemelli, se descubrió aquel maldito virus, el citomegalovirus. Superada la infección, se hizo necesaria una segunda intervención quirúrgica para eliminar la colostomía. Esta vez todo fue bien, y no surgieron complicaciones posteriores. El 14 de agosto, víspera de la fiesta de la Asunción, el Santo Padre pudo regresar definitivamente a casa.

Pero ahora tengo que dar un paso atrás. Tengo que hablar de Fátima... A decir verdad, Juan Pablo II no había pensado en Fátima durante los días inmediatamente posteriores al atentado. Sólo más tarde, cuando ya estaba recuperado y comenzaba a recobrar las fuerzas, empezó a reflexionar sobre aquella singular —y es decir poco— coincidencia. ¡Siempre el 13 de mayo! Fue un 13 de mayo, de 1917, cuando se apareció por primera vez la Virgen en Fátima, y en otro 13 de mayo habían intentado asesinarlo.

Al final, el Papa se decidió. Preguntó si podía ver el tercer “secreto” de Fátima, que se conservaba en el Archivo de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Y el 18 de julio, si no me equivoco, el entonces prefecto de la Congregación, el cardenal Franjo Seper, le hizo entrega de dos sobres —uno con el texto original de sor Lucia, en portugués; y el otro con la traducción al

italiano— a monseñor Eduardo Martínez Somalo, sustituto de la Secretaría de Estado, que los llevó al Gemelli.

Eran los días del segundo ingreso hospitalario. Fue entonces cuando el Santo Padre leyó el “secreto”; una vez leído, ya no tuvo dudas. En aquella “visión” había reconocido su propio destino; se convenció de que había salvado la vida, mejor dicho, de que se la habían dado de nuevo, gracias a la intervención de la Virgen, a su protección.

Sí, es cierto, el “obispo vestido de blanco” había sido asesinado, según lo referido por sor Lucía, mientras que Juan Pablo II había escapado a una muerte casi segura. ¿Y entonces? ¿No podía ser precisamente eso lo que quería decir? ¿Que los caminos de la historia, de la existencia humana, no están preestablecidos a la fuerza? ¿Que existe una Providencia, una “mano materna” capaz de hacer “equivocarse” a quien ha apuntado una pistola con la seguridad de que va a matar?

“Una mano disparó y otra guió la trayectoria de la bala”, decía el Santo Padre. Y hoy esa bala, “inofensiva” ya para siempre, está engastada en la corona de la imagen de la Virgen de Fátima ⁷¹.

El atentado tuvo como efecto inmediato unir a toda la opinión pública en torno al Papa y crear una fuerte simpatía hacia su persona. En su Testamento escribió: *El día 13 de mayo de 1981, el día del atentado, la divina Providencia me salvó milagrosamente de la muerte. Él, que es el único Señor de la vida y de la muerte, me prolongó la vida; en cierta manera me la regaló de nuevo. Desde aquel momento, mi vida le pertenece aún más ⁷².*

El 27 de diciembre de 1983, el Papa visitó a Alí Agca en la cárcel Rebibbia de Roma y le expresó su perdón, mientras que Alí Agca en ningún momento pidió perdón. Juan Pablo II manifestó: *Durante toda la conversación se vio claramente que Alí Agca continuaba preguntándose cómo era posible que no le saliera bien el atentado. Porque había hecho todo lo que tenía que hacer, cuidando hasta el último detalle. Y, sin embargo, la víctima designada escapó de la muerte. ¿Cómo podía ser? Se preguntaba qué ocurría con aquel misterio de Fátima y en qué consistía dicho secreto. Lo que más le interesaba era esto; lo que, por encima de todo, quería saber... Alí Agca había intuido probablemente que, por encima de su poder, el poder de disparar y de matar, había una fuerza*

⁷¹ Dziwisz Stanislaw, o.c., pp. 126-131.

⁷² L'Osservatore Romano del 8 de abril de 2005.

*superior. Y, entonces, había comenzado a buscarla. Espero que la haya encontrado*⁷³.

Es interesante anotar que en ningún momento el Papa aludió al hecho de ser musulmán y haberlo querido matar por odio al cristianismo. Simplemente lo perdonó. El odio de Alí Agca a los cristianos lo había manifestado el 28 de noviembre de 1979, cuando, después de escaparse de una cárcel militar en Turquía, su país, hizo publicar una carta en el Diario Milyet (La Nación), publicada en primera página, con un gran título, en la que escribía: *El comandante de las Cruzadas, Juan Pablo II, es enviado a Turquía por los imperialistas occidentales, porque en este momento crítico tiene miedo de los turcos que junto con sus otros hermanos islámicos tratan de obtener un mayor poder económico y militar en el Oriente Medio. Si no cancela esta visita, ciertamente yo mataré al Papa.*

El motivo de esta carta era la visita del Papa a Turquía en 1979 para encontrarse con el patriarca ecuménico de Constantinopla, Dimitrios I.

El Papa no sólo lo perdonó, sino que, el 20 de febrero de 1987 y en otras oportunidades, recibió a su madre y a su hermana en el Vaticano. Incluso les enviaba regularmente una ayuda financiera. Así pagaba el Papa el mal con el bien.

Pero hay que decir que no fue éste el único atentado contra el Papa. Hubo otros intentos de asesinarlo: entre estos, el ataque con una bayoneta en Fátima por parte de un sacerdote tradicionalista el mismo año del atentado de Alí Agca. Otro intento, de matriz islámica, en Manila, en 1985. Otro en Sarajevo, en 1997, con una gran cantidad de explosivos, descubiertos por los bosnios. Pero él decía: *Mi seguridad está garantizada por Dios; y se confiaba a su Providencia.*

En el tercer secreto de Fátima, según el texto literal de Lucía, se lee: *El Santo Padre antes de llegar (a la cumbre de la montaña) atravesó una gran ciudad medio en ruinas, tembloroso, con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba a su paso. Llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran cruz, fue muerto por un grupo de soldados que dispararon varios tiros de armas de fuego y flechas.*

Dios le salvó por intercesión de María y él, desde ese día, le entregó su vida al Señor con más fuerza y decisión que nunca antes.

⁷³ *Memoria e identidad*, Ed. La esfera de los libros, Madrid, 2005, pp. 202-203.

EL VALOR DEL SUFRIMIENTO

Juan Pablo II sufrió en carne propia los efectos del mal en el mundo y debió soportar diferentes enfermedades. Nos dice: *He tenido la oportunidad de experimentar personalmente las ideologías del mal. Es algo que nunca se borra de la memoria. Primero fue el nazismo. Lo que se podía ver en aquellos años era ya terrible... Vivíamos sumidos en una gran erupción del mal y sólo gradualmente comenzamos a darnos cuenta de sus dimensiones reales... Tanto los nazis durante la guerra como los comunistas después, en Europa Oriental, intentaban encubrir ante la opinión pública lo que estaban haciendo. Durante mucho tiempo, Occidente no quiso creer en el exterminio de los judíos. Sólo después, todo esto salió a la luz sin tapujos. Ni siquiera en Polonia se sabía todo lo que los nazis habían hecho y hacían a los polacos ni lo que los soviéticos hicieron a los oficiales polacos en Katyn, e incluso la trágica historia de las deportaciones se conocía sólo en parte. Más tarde, una vez terminada la guerra, pensé para mí: Dios concedió al hitlerismo doce años de existencia y, cumplido este plazo, el sistema sucumbió*⁷⁴.

El mal no tiene la última palabra en el mundo. Jesús triunfó por medio de la cruz. *El mal nunca consigue la victoria. El misterio pascual confirma que a la postre vence el bien; que la vida prevalece sobre la muerte y el amor triunfa sobre el odio*⁷⁵.

El sufrimiento no es algo absurdo y sin sentido, sino un tesoro valioso para la salvación del mundo. Por eso, les escribió a los enfermos la carta apostólica *Salvifici doloris*, en la que dice: *El hombre que sufre no sólo es útil a los demás, sino que realiza incluso un servicio insustituible... El sufrimiento más que cualquier otra cosa es el que abre el camino a la gracia, que transforma las almas. El sufrimiento, más que todo lo demás, hace presente en la historia de la humanidad la fuerza de la redención... La Iglesia siente la necesidad de recurrir al valor de los sufrimientos humanos para la salvación del mundo*⁷⁶.

*Les pedimos a todos los que sufren que nos ayuden. Precisamente a ustedes, que son débiles, pedimos que sean una fuente de fuerza para la Iglesia y para la humanidad. En la terrible batalla entre las fuerzas del bien y del mal, que nos presenta el mundo contemporáneo, venza su sufrimiento en unión con la cruz de Cristo*⁷⁷.

⁷⁴ *Memoria e identidad*, o.c., pp. 27-28.

⁷⁵ *Ib.* p. 74.

⁷⁶ Carta apostólica *Salvifici doloris* N° 27.

⁷⁷ *Ib.* N° 31.

En su lucha contra el mal, él mismo hizo exorcismo en algunas ocasiones. El 27 de marzo de 1982, una joven de Spoleto, Francesca, acompañada por su obispo fue a la audiencia del miércoles con la esperanza de ser librada del poder del maligno. Desde el comienzo de la audiencia comenzó a aullar tan fuerte que se le oía diciendo blasfemias en toda la plaza de San Pedro, como si tuviera micrófono. Los guardias la dominaron y se calló un rato. Al salir el Santo Padre, de nuevo comenzó a gritar y blasfemar. El Papa detuvo su automóvil, se bajó e hizo una corta oración. Después le dijo: *Mañana celebraré la misa por ti*. El demonio salió por la fuerza de la misa. Al año siguiente, regresó para agradecer al Papa, acompañada de su esposo y del niño que llevaba en su seno. Se cuenta que un exorcista de Roma, en un caso similar, dijo la misma frase del Papa: *Mañana celebraré la misa por ti*. Y el demonio le gritó: *Pero tú no eres el Papa*.

Se sabe que el Papa hizo otros dos exorcismos durante su pontificado. Uno en 1978 a una mujer, a pedido de los exorcistas de la iglesia de la Santa Cruz de Roma. En el otro estuvo rezando media hora con el rosario y dándole muchas bendiciones. A ella también le aseguró la celebración de la santa misa ⁷⁸.

Con relación a los enfermos, en todas sus visitas pastorales tenía un encuentro con ellos. Y en Cracovia, siendo arzobispo, instituyó la Jornada anual de los enfermos.

El secretario personal del Papa, Stanislaw Dziwisz, nos dice: *Al día siguiente de ser nombrado Papa, dejó el Vaticano y fue a hacer una visita a su amigo polaco monseñor Andrzej Deskur que estaba enfermo. Fue una visita conmovedora. Después de unos instantes de oración en la cabecera del amigo enfermo, el Santo Padre, en la sala donde estaban reunidos los enfermos, médicos y enfermeras, improvisó un breve discurso en el que repitió las palabras pronunciadas por la mañana ante los cardenales sobre el significado del sufrimiento humano.*

Seguidamente recordó a los pacientes que, aunque fuesen débiles y enfermos, también eran muy poderosos: muy poderosos como es muy poderoso Jesucristo Crucificado. Tratad de hacer uso de este poder por el bien de la Iglesia de vuestra patria y de toda la humanidad.

Juan Pablo, tanto durante las audiencias generales como con motivo de sus visitas a las parroquias de Roma, prestaba siempre una atención particular a las personas que estaban en silla de ruedas, a los inválidos, a los ancianos, a los enfermos. Se les acercaba, hablaba con ellos, les daba la mano, los bendecía y pedía el apoyo espiritual para su ministerio...

⁷⁸ Daniel-Ange, o.c., p. 105.

Sus viajes apostólicos los confiaba a la oración y sacrificio de las personas que sufrían ⁷⁹.

Cuando alguien de su círculo más restringido le habló de sus sufrimientos relacionados con la intervención prevista para el 15 de julio de 1992, el Santo Padre contestó: *La Iglesia tiene necesidad del sufrimiento*. En otra circunstancia, añadió: *¿Qué son mis sufrimientos frente a los de Jesús?*

En su vida tuvo serios problemas de salud. Además de los sufrimientos sufridos por el atentado y su posterior operación, hubo de ser operado de un tumor grande en el intestino grueso. El 11 de noviembre de 1993 tuvo una caída con luxación del hombro derecho. El 28 de abril de 1994 se rompió el cuello del fémur y le implantaron una prótesis en la articulación de la cadera. El 6 de octubre de 1996 tuvo que someterse a una operación de apendicitis. El año 2002 y 2003 tuvo dolores recurrentes y agudos en la pierna derecha debido a una grave osteoartritis de la rodilla derecha. Y no olvidemos que desde principios del año 1990 empezó con los problemas del párkinson.

Todos sus dolores los ofrecía por la Iglesia y la salvación del mundo. El cardenal Ratzinger, después Benedicto XVI, dijo del Papa: *Para Juan Pablo II el sufrimiento le era familiar. Lo he visto sufrir, pero nunca triste* ⁸⁰.

Una religiosa de la Congregación de María Niña nos dice sobre su estancia en el hospital después del atentado: *No trajo gran cosa, aparte de los legajos, muchos legajos. ¿Ropa? Ni siquiera esto. Llevaba la del hospital, la camisa blanca sin cuello con su cordoncillo, y la bata azul, como los otros enfermos. Así paseaba por su pasillo. O por el nuestro, para ir a la capilla. Tenemos una capillita en la parte del décimo piso que nos está reservada. Cuando quería trabajar, se transportaba al salón la mesa de su habitación, que también servía para decir la misa al pie de su cama. ¡Era tan poco exigente! Nunca pedía nada. Un día que no quería levantarse de la cama, le dije incluso: “Santísimo Padre, tenéis que levantaros para recobrar fuerzas”, y él se rió: “Vaya, la hermana ha perdido su timidez”. Sabía tranquilizar a la gente con una palabra, con una sonrisa.*

Su cama no era muy grande. Sí, la encontraba un poco corta, pero se conformó. Se conformaba con todo. Un enfermo fácil, ¡fácil! ¡Y tan sencillo! Nadie habría dicho que era el Papa, si no hubiese habido tantas personas a su alrededor. Sí, fue el primero en ser acogido en esta parte del edificio, destinado

⁷⁹ Varios, *Dejadme ir a la casa del Padre*, Ed. San Pablo, segunda edición, Madrid, 2006, pp. 66-67.

⁸⁰ Coloquio de Andrea Riccardi con Benedicto XVI en Riccardi Andrea, *Juan Pablo II*, o.c., p. 191.

antes a salas de reposo para los médicos de guardia. Nos dejó una imagen de la Virgen María rodeada de enfermos, y él que llega por el fondo. Y una gran imagen de Czestochowa. Con frecuencia franqueaba la clausura para rezar en nuestra capilla. Siempre hacía lo mismo: se arrodillaba primero en el suelo y después en cualquier banco, con la cabeza entre las manos. Mañana y tarde. Un domingo, abrió la puerta cuando otros enfermos estaban allí. ¡Qué emoción! No hablaba mucho, como todos los extranjeros. Le gustaba bromear de vez en cuando. Un día salió de su habitación y, al no ver a nadie en el pasillo, oímos que decía: “Bueno, se han marchado, todos me han abandonado”.

Todos estábamos allí, en las diferentes piezas, ocupados en distintos menesteres, por no hablar de los guardias apostados en el rellano, en la entrada de servicio, en el piso de arriba y en el de abajo. Los cristales son blindados y, ya lo ve, pueden disimularse con un panel opaco. Pero él iba a la ventana para bendecir a los enfermos del pabellón de enfrente. Y a los de su propio pabellón, que no podían verle, les hizo venir el último día; sí, sí, en su cama o en su silla de ruedas, cuando fue necesario. Las otras personas heridas en el atentado no estaban en el Gemelli. La joven norteamericana herida en el brazo vino aquí a verle. A la otra la recibió en el Vaticano. Rezaba mucho. Una vez me dijo: “El mundo entero tiene derecho a esperar mucho del Papa. El Papa nunca rezará lo suficiente. No me lo imaginaba diferente, tal vez, porque lo había visto aquí cuando había venido a visitar a su amigo monseñor Deskur, antes de entrar en el cónclave. Y ya entonces me había parecido sencillo y asequible”⁸¹.

AMOR A LOS QUE SUFREN

Veamos algunas anécdotas en las que manifiesta su amor a los que sufren. Al visitar el 6 de junio de 1979 el campo de concentración de Auschwitz, donde murieron cuatro millones de personas de 28 países, al ver la lápida en hebreo, dijo: Ante esta lápida no es lícito a ninguno pasar por delante con indiferencia.

En 1980 el Papa en su visita a Zaire visitó la leprosería de la misión de San Gabriel. Aquel día había unos 40 grados. El Papa sudaba por todos los poros de su cuerpo, pero visitó a todos los enfermos y los acarició uno por uno. A la salida, cuando ya el obispo le señalaba el camino de salida, de repente, ve a uno que iba hacia él a toda prisa y va a su encuentro. Había visto a un muchacho con muletas de madera y había dicho: “Perdonen un momento”. Su amor por los enfermos era más fuerte que él⁸².

⁸¹ Frossard André, o.c., pp. 254-255.

⁸² Velasco Miguel Ángel, o.c., p. 78.

En la ciudad de Oaxaca, en la iglesia de los dominicos, el Papa encuentra a 400 enfermos, pasando cerca de ellos. Una niña de ojos negros y sufrientes se presenta de pie sobre una silla. Tiene una hoja en la mano y lee: “Bendíceme, Padre Santo. Estoy para morir de leucemia. No tengo ninguna esperanza, pero la poseo en ti”. Wojtyla la bendice y luego con la mano le toca la cabeza y desordena suavemente su cabello ⁸³.

Cuando visita Tours (Francia) el 21 de setiembre de 1996, en la basílica hay reunidos un grupo de enfermos. El Papa acaricia a un niño sin brazos y sin piernas. Abraza y besa en la mejilla a dos muchachos altos, flacos, blancos de rostro, enfermos de sida. Pone la mano un buen tiempo sobre la cabeza de una muchacha a la que una operación al cerebro la dejó como un vegetal. El Papa abraza a la mamá, que no deja de besar a su hija. Después pasa junto a tres prostitutas, una de ellas se separa del grupo y lo besa. El Papa sonríe y la bendice.

Cuando el Papa visitó Manila, fue a visitar el barrio de las chabolas de Tondo y empezó a hablar con las madres y acariciar a los niños. De pronto, se detuvo ante una choza en cuya puerta estaba sentado un anciano. El Papa se le acercó para decirle algo, pero el anciano se quitó una especie de boina sucia que llevaba en la cabeza. Quería decirle algo, pero ambos se miraron en silencio. Estuvieron unos minutos, mirándose en silencio hasta que el anciano tomó la mano del Papa y se la llevó a la frente. Muy pocas veces se ha visto al Papa tan profundamente conmovido. Cogió entre sus manos la cabeza del anciano y la atrajo hacia su pecho. Alrededor nadie podía contener la emoción. Sólo se oían los flashes de los fotógrafos ⁸⁴.

En su visita a Bolivia, un minero, Juan Alberto Cartagena, le dirigió unas palabras y le regaló un casco de minero. Quería decirle muchas más cosas, pero se emocionó y acabó sollozando con la cabeza en el pecho del Papa. Y le decía balbuceando: “Santo Padre, ayúdanos. No tenemos nada. Nos quieren cerrar la mina y es el único pan para nuestros hijos”. Juan Pablo pasó la mano por sus ojos y le limpió las lágrimas. Y aquella mina no fue cerrada ⁸⁵.

El 17 de setiembre de 1987, en la basílica de la Misión Dolores en San Francisco de California, había 62 enfermos de sida. Llega el Papa, y un niño, Brendan, de cuatro años, corre hacia él con sus grandes ojos azules y su cara pálida por la enfermedad. El Papa lo toma en sus brazos, y lo besa; y Brendan le echa los brazos al cuello. Algunos creen que se puede contagiar de sida con sólo

⁸³ 30 de enero de 1979, Domenico del Rio, *Floreccillas del Papa Wojtyla*, Ed. San Pablo, Bogotá, 2006, p. 16.

⁸⁴ Velasco Miguel Ángel, o.c., p. 166.

⁸⁵ Ib. p.193.

*tocar a una persona contaminada. El beso del Papa sorprende a todos. La madre de Brendan dice después: “El Papa quería mostrar que, cuando alguien sufre, es necesario antes que nada besarlo”*⁸⁶.

En una audiencia general un sacerdote había acudido con un grupo de mujeres jóvenes que se habían visto arrastradas al drama de la prostitución y que ahora habían decidido cambiar completamente de vida. Cuando les llegó su turno, todas rompieron en llanto. Cada una de ellas se acercaba al Papa con los ojos llenos de lágrimas y una expresión de pudor, quizás también de vergüenza, en la mirada. El Papa las abrazaba y las bendecía. Así era: acogía a todos con respeto, con amor. Cualquier mujer, cualquier hombre era igual importante para él con independencia del rango social, de la profesión o de que tuvieran o no un nombre y apellido famoso.

*En África, en el Chad, el convoy de coches estaba recorriendo una carretera al borde del desierto del Sahel, cuando nos encontramos con un pequeño pueblo, apenas unas cabañas miserables. El Santo Padre pidió que nos detuviéramos, entró en una de las cabañas y habló con sus moradores. Quería ver, quería entender... En Brasil llevaron al Papa a una favela de una pobreza espantosa. Recuerdo su mirada. La dirigía a todas partes, casi desesperado, sin saber qué hacer allí en ese preciso instante para aliviar el sufrimiento. Y entonces repentinamente se quitó el anillo papal y se lo regaló a aquella gente*⁸⁷.

*En Marituba, a 30 kilómetros de Belem do Para, visita una leprosería. El Papa abraza a los leprosos. Una niña leprosa le ofrece una rosa y el Papa le regala un beso en la frente, después va a rezar a la capilla y tiene la rosa en la mano*⁸⁸.

Navarro Valls, el vocero del Vaticano, manifestó: Recuerdo que en Colombia, en 1986, durante la visita a la explanada de Armero, donde el Nevado del Ruiz había sepultado un año antes a sus 20.000 habitantes, lo vi arrodillado ante aquella costra de lava y permanecer allí durante mucho tiempo inmóvil. Después, en el helicóptero, me dijo: “Es impresionante ver al hombre aplastado, pero el hombre no puede ser aplastado desde que Dios ha aplastado a su Hijo”.

Nunca lo he visto llorar. Aquel día le pregunté: “¿Lloró su Santidad?”. Y me respondió: “No por fuera, pero sí por dentro”.

⁸⁶ Daniel-Ange, o.c., p. 114.

⁸⁷ Dziwiz Stanislaw, o.c., p. 94.

⁸⁸ 9 de julio de 1980, Del Rio Domenico, o.c., p. 41.

En su carta a los ancianos, del 1º de octubre de 1999, decía: *Excluirlos es como rechazar el pasado en el cual hunde sus raíces el presente... La ancianidad es un tiempo para vivir con un sentido de confiado abandono en las manos de Dios. Es un período que se ha de utilizar de modo creativo con vistas a profundizar en la vida espiritual. Personalmente, a pesar de las limitaciones que me han sobrevenido con la edad, conservo el gusto por la vida. Es hermoso poderse gastar hasta el final por la causa del Reino de Dios. Al mismo tiempo, encuentro una gran paz al pensar en el momento en que el Señor me llame: ¡de vida a vida!*

LA CUESTIÓN SOCIAL

Una de las preocupaciones del Papa fueron siempre los pobres, a quienes defendía en sus intervenciones públicas y a quienes acostumbraba visitar en los barrios más pobres, como en el barrio de Tondo en Manila o en la Casa de los moribundos de la Madre Teresa en Calcuta.

Durante el año 2.000 ofreció a los más pobres un almuerzo en el Vaticano, en el atrio del Aula Pablo VI, donde conversó amablemente con un refugiado afgano y con una anciana, que se sentaron junto a él.

El 21 de mayo de 1988 inauguró en el Vaticano la Casa de acogida *Don de María*, confiada a la Congregación de la Madre Teresa de Calcuta. Ese día dijo: *Esta Casa dará acogida, en los límites de lo posible, a cuantos en Roma no tienen un lugar donde cobijarse en las noches y, sobre todo, carecen de un mínimo de calor familiar y humano que los rodee y sostenga en la dura lucha por la vida.*

En su encíclica *Sollicitudo rei socialis* toma una actitud crítica, tanto ante el capitalismo liberal como ante el colectivismo marxista (Nº 21). En la encíclica *Laborem exercens* manifiesta la prioridad del trabajo humano ante el capital (Nº 12). En la *Centessimus annus* aclara que la propiedad privada por su misma naturaleza tiene una función social, cuyo fundamento reside en el destino común de los bienes (Nº 30).

Dice: *Pertenece a la enseñanza y a la praxis más antigua de la Iglesia la convicción de que ella misma, sus ministros y cada uno de sus miembros están llamados a aliviar la miseria de los que sufren cerca o lejos, no sólo con lo superfluo, sino con lo necesario. Ante los casos de necesidad no se debe dar preferencia a los adornos superfluos de los templos y a los objetos preciosos del*

culto divino; al contrario, podría ser obligatorio enajenar estos bienes para dar pan, bebida, vestido y casa a quien carece de ello ⁸⁹.

DEFENSOR DE LA VIDA

Antes de la Conferencia de El Cairo de 1994 sobre Población, el Papa escribió una carta a todos los jefes de Estado del mundo para que se hiciera todo el esfuerzo posible a fin de que no se disminuyera el valor de la vida humana ni el carácter sagrado de la misma, ni la capacidad del hombre para amar. Les decía: *La familia sigue siendo la principal fuente de humanidad y todo Estado debe defenderla como un precioso tesoro.*

En la Conferencia de El Cairo, se pretendía que la comunidad internacional aprobase un supuesto derecho humano de la mujer al aborto y, en segundo lugar, que el aborto fuera un elemento esencial de las políticas de población, un arma de control de la natalidad. Ambas pretensiones fueron derrotadas gracias a la actitud clara y enérgica del Papa, que lanzó una auténtica campaña de opinión pública.

El 22 de febrero de 1994 publicó la carta a las familias, en la que les dice: *Queridas familias: No tengáis miedo a los riesgos. La fuerza divina es mucho más potente que vuestras dificultades. La eficacia del sacramento de la reconciliación es inmensamente más grande que el mal, que actúa en el mundo. Incomparablemente más grande es, sobre todo, la fuerza de la Eucaristía... ¿No instituyó Él la Eucaristía en un contexto familiar, durante la última cena? Cuando os encontráis para comer y estáis unidos entre vosotros, Cristo está cerca. Y todavía más, Él es el Emmanuel, el Dios con nosotros, cuando os acercáis a la mesa eucarística. Jesús, el buen pastor, nos repite: “No tengáis miedo. Yo estoy con vosotros. Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20).*

El 15 de diciembre de 1994 publicó la *Carta a los niños* con ocasión del año internacional de la familia.

El 30 de marzo de 1995 publicó la encíclica *Evangelium Vitae* contra el aborto y la eutanasia, donde dice: *Con la autoridad que Cristo confirió a Pedro y a sus sucesores, en comunión con todos los obispos, declaro que el aborto directo, es decir, querido como fin o como medio, es siempre un desorden moral grave... Ninguna circunstancia, ninguna finalidad, ninguna ley del mundo podrá*

⁸⁹ *Sollicitudo rei socialis* N° 31.

*jamás hacer lícito un acto que es intrínsecamente ilícito por ser contrario a la ley de Dios*⁹⁰.

*De acuerdo con el Magisterio de mis predecesores y en comunión con los obispos de la Iglesia católica, confirmo que la eutanasia es una grave violación de la ley de Dios en cuanto eliminación deliberada y moralmente inaceptable de una persona humana*⁹¹. *El aborto y la eutanasia son crímenes que ninguna ley humana puede pretender legitimar*⁹².

El 22 de agosto de 1997, cuando fue a París para la Jornada Mundial de la Juventud, quiso visitar la tumba de su amigo Jérôme Lejeune, gran genetista y defensor de la vida en contra del aborto. Los socialistas franceses se quejaron públicamente de haberse metido en el debate francés sobre el aborto. Condenaban la visita de un anciano a la tumba de su amigo. Ese mismo año 1997, del 2 al 6 de octubre, el Papa asistió en Brasil al Encuentro Mundial de las Familias.

DEFENSOR DE LA MUJER

Desde niño tuvo una relación muy normal con las mujeres de su entorno. Hizo teatro muchas veces con distintas chicas de su edad y bailaba en algunas reuniones, sobre todo polkas y valsos. Siempre tuvo un alto concepto de la mujer como ser humano y con los mismos derechos que el hombre. En la carta apostólica *Mulieris dignitatem* habla de que la dignidad de la mujer es medida en razón de su amor (Nº 29) y que *la mujer no puede encontrarse a sí misma, sino dando amor a los demás* (Nº 30). *En cuanto a lo que dice San Pablo: “Las mujeres estén sumisas a sus maridos como al Señor”, ha de entenderse y realizarse de un modo nuevo: como una sumisión recíproca en el temor de Cristo... La sumisión no es unilateral sino recíproca* (Nº 24) El año 1995, con motivo de la IV Conferencia Internacional de la Mujer, promovida por la ONU en Pekín, envió como jefe de la Delegación del Vaticano a una mujer, a Mary Ann Glendon, profesora de Derecho comparado de la universidad de Harvard, casada con un judío y madre de tres hijos.

Durante la guerra de los Balcanes escribió una carta a las mujeres de Bosnia-Herzegovina, violadas y embarazadas para que no abortaran a sus hijos. En las Jornadas Mundiales de la Juventud se relacionaba con las jóvenes con total espontaneidad y hasta las besaba en la frente o las abrazaba.

⁹⁰ Encíclica *Evangelium vitae*, Nº 62.

⁹¹ Ib. p. Nº 65.

⁹² Ib. p. Nº 73.

En Sídney, Australia, el 26 de noviembre de 1986, en el estadio Cricket, besó en la frente a la muchacha que pronunció el discurso de saludo y después tomó de la mano a dos niñas con camisetas rojas, que formaban parte del coro, uniéndose a una cadena de 30.000 personas, que unió todo el campo; y con ellas se mecía y cantaba; y luego abrazó a las dos más cercanas, estrechándolas contra su pecho y apoyando una mano sobre sus cabellos.

Así era el Papa: humano, sencillo y espontáneo. El 8 de abril de 1994, en la homilía de reapertura de la Capilla Sixtina, que había sido restaurada para eliminar los lienzos con los que Daniel Volterra, “il braghettone”, había cubierto el sexo de 32 figuras pintadas por Miguel Ángel, Juan Pablo II definió la Capilla Sixtina como santuario de la teología del cuerpo humano.

PROMOTOR DE LA PAZ

A Juan Pablo II se le ha llamado el párroco del mundo, el padre de todo el mundo, el Pastor universal. Por todas partes, en sus viajes internacionales, promovía la justicia y la paz; y con sencillez pedía perdón por los errores de los católicos a lo largo de la historia. Promovió dos jornadas mundiales para pedir por la paz, invitando a ellas a los representantes de las principales religiones del mundo. Ambas Jornadas se celebraron en la ciudad de Asís, a la sombra de san Francisco de Asís, el gran amante de la naturaleza y de la paz. La primera fue el 27 de octubre de 1986 y la segunda el 24 enero del 2002. En esta ocasión, dijo una vez más: *¡Nunca más guerra! ¡Nunca más terrorismo! En nombre de Dios, toda religión difunda en la tierra la justicia y paz.*

Cuando visitó Irlanda el 29 de setiembre de 1979, dirigiéndose a los promotores de la violencia terrorista, dijo: *Os suplico de rodillas que os apartéis de las sendas de la violencia y volváis a las de la paz. La violencia destruye las obras de la justicia... La violencia en Irlanda sólo logrará llevar a la ruina al país que decís amar y a los valores que decís respetar.*

Cuando visitó el Perú y fue a Ayacucho el 3 de febrero de 1985, les dijo a los terroristas de Sendero Luminoso: *El mal nunca es camino hacia el bien. No podéis destruir la vida de vuestros hermanos. No podéis seguir sembrando el pánico entre madres, esposas e hijas. No podéis seguir intimidando a los ancianos. No sólo os apartáis del camino que con su vida mostró el Dios-Amor, sino que obstaculizáis el desarrollo de vuestro pueblo.*

En Agrigento (Italia), el 9 de mayo de 1993, gritó a los criminales de la mafia: *Ha llegado el momento de que entiendan que matar no está permitido.*

Dios dijo una vez: “No matarás”. Ningún hombre, ninguna asociación humana, ninguna mafia puede cambiar o alterar este sagrado derecho de Dios... En nombre de Cristo crucificado y resucitado, de Cristo que es el Camino de la Verdad y la Vida, yo digo a los que son responsables de ello: “Arrepentíos. Un día llegará el juicio de Dios”. Pero no se arrepintieron y el 27 de mayo un coche bomba asesinó a cinco personas, entre ellas a dos niños. En julio de este mismo año 1993, para vengarse de las palabras del Papa, colocaron varias bombas en la catedral del Papa, es decir, en la basílica de San Juan de Letrán y en la iglesia romana de San Giorgio in Velabro, con muchos daños materiales, aunque ninguna víctima mortal.

El sábado 16 de octubre de 2004, al cumplir Juan Pablo II 26 años de pontificado a las 5 p.m., hora en que había sido elegido Papa, hubo un único acto público con la actuación del coro y orquesta de la Armada rusa en el Aula Pablo VI del Vaticano, concierto transmitido por la RAI. Algo que unos años antes hubiera sido inconcebible: que el ejército ruso estuviera ahora aplaudiendo y haciendo un homenaje al Papa en el mismo Vaticano.

Él había contribuido de modo especial a la caída del comunismo en Polonia, defendiendo siempre los derechos humanos con la verdad de Jesucristo.

JORNADAS MUNDIALES DE LA JUVENTUD

Las Jornadas Mundiales de la Juventud surgieron de la invitación que hizo el Papa a los jóvenes de todo el mundo para que acudiesen a Roma con ocasión del Jubileo de la Redención el año 1983. El momento culminante de todas ellas tuvo lugar el año 2000, ya que asistieron más de dos millones de jóvenes.

En España, en 1982, desde Santiago de Compostela lanzó a la vieja Europa un llamado a ser ella misma y a volver a sus raíces: *Aviva tus raíces. Revive los valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu unidad espiritual en un clima de respeto a las otras religiones y a las genuinas libertades. Tú puedes ser todavía faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo. Los demás continentes te miran.* En el mismo lugar en el Monte de Gozo de Santiago de Compostela, en 1989, ante 50.000 jóvenes les gritaba: *No tengáis miedo de ser santos.*

El 23 de agosto de 1997, en París, 700.000 jóvenes juntaron sus manos para formar una cadena humana de 36 kilómetros con el fin de abrazar la ciudad en un gran abrazo de paz. En la tarde se reunieron en el hipódromo de Longchamp para la vigilia de oración, y el Papa bautizó a diez jóvenes de

distintos continentes. Al día siguiente, en la misa de clausura de la Jornada Mundial de la Juventud, hubo más de un millón de jóvenes.

En Cuatro Vientos, Madrid, la noche del 3 de mayo del 2003 dijo: *Os puedo asegurar que vale la pena dedicarse a la causa de Cristo y por amor a Él consagrarse al servicio de los hombres.*

En otros lugares les decía: *Queridos jóvenes, quisiera preguntar a cada uno de vosotros: ¿Qué vas hacer con tu vida? ¿Cuáles son tus proyectos? ¿Has pensado alguna vez en entregar tu existencia totalmente a Cristo? ¿Crees que pueda haber algo más grande que llevar a Jesús a los hombres, y a los hombres a Jesús?* (Roma, 13 de mayo de 1984).

Jóvenes, alzad con frecuencia los ojos. No tengáis miedo, Jesús no vino a condenar el amor, sino a liberar el amor de sus equívocos y falsificaciones (París, 1º de junio de 1980).

¿Estáis dispuestos a seguir la llamada de Cristo a través del sacramento del matrimonio para ser procreadores de nuevas vidas? (Antananarivo, Madagascar, 29 de abril de 1989).

Algunos me preguntan por qué me hice sacerdote. No deja de ser un misterio hasta para mí mismo. En cierto momento de mi vida me convencí que Cristo me decía lo que había dicho a miles de jóvenes antes que a mí: “Ven y sígueme”. Sentí claramente que la voz que oía en mi corazón no era humana ni una ocurrencia mía. Cristo me llamaba para servirle como sacerdote. Y como ya lo habréis adivinado, estoy profundamente agradecido a Dios por mi vocación al sacerdocio. Nada tiene para mí mayor sentido ni me da mayor alegría que celebrar la misa todos los días y servir al pueblo de Dios en la Iglesia (Los Ángeles, 14 de setiembre de 1987).

Vivid desde ahora plenamente la Eucaristía, sed personas para quienes el centro y el culmen de toda la vida es la santa misa, la comunión y la adoración eucarística (Valencia, 8 de noviembre de 1982).

La Eucaristía es el don más grande que el Señor ha dado a la Iglesia. Es preciso pedir sacerdotes, pues el sacerdocio es un don para la Iglesia. Se debe rezar con insistencia para conseguir ese regalo. Debe pedirse de rodillas (Roma, 25 de marzo de 1982).

JUBILEO DEL AÑO 2000

Juan Pablo II quiso que el jubileo del año 2000 fuera celebrado con toda solemnidad y fuera una oportunidad única para perdonar y pedir perdón por los pecados cometidos por los católicos a lo largo de los siglos, como requisito previo para recibir abundantes gracias de Dios para la Iglesia y para el mundo.

Comenzó el Jubileo con la apertura de la puerta santa de la basílica de San Pedro en la noche de Navidad de 1999. El 18 de enero del 2000 abrió la puerta santa ecuménica en la basílica de San Pablo extra-muros. En esta oportunidad se dio realce al acto, al abrir esta puerta santa el Papa en unión con el primado anglicano John Carey y el metropolitano ortodoxo Athanasios. En la homilía el Papa dijo: *Pedimos perdón a Cristo por todo lo que en la historia de la Iglesia ha perjudicado su designio de unidad.* Ese día se habían reunido para la celebración ecuménica veintidós Iglesias y organizaciones cristianas de todo el mundo.

El 2 de enero de este año 2000 había celebrado el Papa el Jubileo de los niños y les decía: *Con el Jubileo el Señor nos invita a corregir los errores, cooperando en el gran plan que tiene preparado para cada persona y para toda la raza humana.*

El 12 de marzo celebró la Gran Jornada del Perdón en la basílica de San Pedro en la que dijo: *El acto que hemos realizado es un sincero reconocimiento de las culpas cometidas por los hijos de la Iglesia en el pasado remoto y reciente y una humilde súplica de perdón a Dios.*

El 1° de mayo presidió el Jubileo de los trabajadores. Les dijo: *Queridos trabajadores, empresarios, cooperadores, agentes financieros y comerciales, unan sus brazos, su mente y su corazón para contribuir a construir una sociedad que respete al hombre y su trabajo. El hombre vale más por lo que es que por lo que tiene.*

El 18 de mayo presidió el Jubileo de los sacerdotes. El 9 de julio, durante el Jubileo de las cárceles, el Papa hizo un llamamiento a la clemencia a favor de todos los detenidos, pidiendo la abolición en todo el mundo de la pena de muerte *como un castigo indigno.*

El 13 de junio del año 2000 el Papa expresó su satisfacción por la gracia de la liberación de Alí Agca pedida al presidente de Italia y felizmente por él concedida.

El 19 y 20 de agosto presidió en Roma el Jubileo de los jóvenes, en el que participaron dos millones de ellos. Les decía: *Ustedes son los centinelas de la*

mañana en este amanecer del tercer milenio... Queridos jóvenes, diciendo sí a Cristo, dicen sí a todos sus ideales más nobles.

El 14 y 15 de octubre fue el Jubileo de las familias, en el cual insistió en el valor de la familia y en el respeto a la vida desde el momento de su concepción.

Ese mismo año 2000, en el marco del Gran Jubileo, había hecho una peregrinación al Monte Sinaí en Egipto, del 24 al 26 de febrero. Visitó el famoso monasterio de santa Catalina en el monte Sinaí. Del 20 al 26 de marzo viajó a Tierra Santa, Jordania, territorios palestinos autónomos e Israel. Visitó Nazaret y Jerusalén y allí, en el muro de las lamentaciones, colocó una oración pidiendo perdón al pueblo judío. El 7 de mayo presidió en Roma la celebración ecuménica de los testigos de la fe del siglo XX que derramaron su sangre por Cristo, incluyendo a cristianos de diferentes confesiones, razas y edades.

Al final de ese año se sintió feliz de haber cumplido las metas. Declaró: *He sentido más fuerte la presencia de Cristo, y deseo darle gracias, porque me ha concedido anunciar tan ampliamente su nombre* (21 de diciembre del 2000).

Lo único que no pudo realizarse fue su ideal de un encuentro pancristiano que se hubiera realizado en Jerusalén o en Belén el año 2000. Y, al final de su vida, tendrá siempre el vacío de no haber podido visitar China, Rusia o Vietnam, porque no se lo permitieron.

REVISIÓN DEL PASADO

El Papa no le tenía miedo a la verdad. Su portavoz Navarro Valls refiere: *Un día le preguntaron: ¿Santidad, qué versículo de la Biblia le impresiona más? Respondió: “La verdad os hará libres” (Jn 8, 32). Era un enamorado de la verdad, viniera de donde viniera.*

Por eso, quiso que se revisara el caso de Galileo. En 1981 nombró una Comisión integrada por los mejores especialistas, no sólo católicos, para llegar al fondo de la verdad. El año 1992 se hicieron públicas las conclusiones y el Papa, que no tuvo que rehabilitar a Galileo, porque nunca fue excomulgado, ni torturado, sino sólo sometido durante un tiempo a confinamiento domiciliario, dijo: *El caso de Galileo era símbolo del pretendido rechazo del progreso científico por parte de la Iglesia o bien del oscurantismo dogmático, opuesto a la búsqueda libre de la verdad. Este mito ha jugado un papel cultural considerable, ha contribuido a afianzar en muchos científicos de buena fe la idea de que existe una incompatibilidad entre el espíritu de la ciencia y su ética de investigación, por una parte, y la fe cristiana por otra. Las aclaraciones aportadas por los*

recientes estudios históricos nos permiten afirmar que tal doloroso malentendido pertenece ya al pasado ⁹³.

El cardenal Paul Poupard, como presidente de la Comisión, en su discurso del 31 de octubre de 1992 ante la Academia Pontificia de Ciencias manifestó: *La medida disciplinaria tomada contra Galileo debió hacerle sufrir mucho. Por eso es preciso lealmente reconocer estos errores.*

En cuanto a la inquisición, el Papa quiso que se celebrase en Roma un Simposio internacional con los mejores especialistas. Las conclusiones fueron publicadas en *L'Inquisizione: atti del Simposio internazionale* (Ed. Vaticana, 2002). En este Simposio se dice: *La pena capital era reservada al herético pertinaz, al reincidente. Contrariamente a lo que se piensa frecuentemente, sólo un pequeño porcentaje de procedimientos inquisitoriales se concluía con la condena a muerte* ⁹⁴.

Y en cuanto a la quema de brujas, el mejor especialista del tema, Gustav Henningsen, no católico, afirmó: *Las cifras de la quema de brujas por la Inquisición, por inesperadas, resultan asombrosas. Para Portugal es de cuatro; para España 59 y para Italia 36* ⁹⁵.

De todos modos el Papa, en su visita a Madrid el 3 de noviembre de 1982 habló de *errores y excesos* de la Inquisición, que la Iglesia hoy evalúa a la luz objetiva de la historia para pedir perdón.

El 10 de setiembre de 1983, en Viena, afrontó el tema de las guerras religiosas que ensangrentaron Europa y declaró: *Tenemos que confesar y pedir perdón por las culpas con las cuales nosotros cristianos nos manchamos en pensamientos y obras; así como a través de la enorme indiferencia ante la injusticia.*

En su viaje a Austria del 19 al 21 de junio de 1998, tuvo que animar a los católicos austríacos, decepcionados por las denuncias de abusos contra el arzobispo de Viena y cardenal Hans Hermann Groër. El Papa les dijo: *El corazón del obispo de Roma late con vosotros. ¡No abandonéis al rebaño de Cristo, al buen pastor! ¡No abandonéis la Iglesia! El Papa cuenta con vosotros para que Europa vuelva a tener un rostro cristiano.*

⁹³ L'Osservatore Romano del 1º de noviembre de 1992.

⁹⁴ *L'Inquisizione: atti del Simposio internazionale*, Ed. Vaticana, 2002, p. 415.

⁹⁵ *Ib.* p. 583.

El 12 de octubre de 1984 en Santo Domingo, República Dominicana, habló de las responsabilidades de la Iglesia en el maltrato de los pueblos indígenas.

Su secretario personal declaró: *En Colombia, en Popayán, celebró un encuentro con los indígenas. Su jefe empezó a leer su salutación íntegra, no la que alguien le había censurado previamente, y dijo palabras muy fuertes contra los patronos que habían hecho asesinar a los indígenas, mujeres y niños incluidos. Un cura saltó al palco y le quitó el micrófono al indígena, pero Juan Pablo II le volvió a dar la palabra. En aquellos instantes pensé que un gesto de este tipo valía más que cien discursos*⁹⁶.

En 1987 volvió sobre el tema de los indígenas americanos, diciendo: *Es deber reconocer la opresión cultural, las injusticias, la destrucción de su vida y de sus sociedades tradicionales. Infortunadamente, no todos los miembros de la Iglesia fueron fieles a las responsabilidades de cristianos*⁹⁷.

En sus viajes a África habló en diferentes oportunidades de la trata de negros. El momento culminante fue la visita a la Casa de los Esclavos (de donde salían los esclavos para América) en la isla de Gorée (Senegal), el 22 de febrero de 1992. Allí dijo: *Desde este santuario africano del dolor imploramos el perdón del Cielo. Nosotros oramos para que de ningún modo ellos sean más opresores de sus propios hermanos y oramos para que desaparezca para siempre el flagelo de la esclavitud.*

PROBLEMAS ECLESIALES

Antes de partir en marzo de 1983 para su difícil viaje a Nicaragua, gobernada por los sandinistas, algunos le sugirieron usar un chaleco antibalas, pero él respondió: *Si alguien de la comitiva quiere llevar chaleco antibalas, que no venga conmigo a esta visita.*

Durante este difícil viaje quiso visitar la tumba del arzobispo Oscar Romero, asesinado cuando celebraba la misa, a pesar de que algunos eclesiásticos no estaban de acuerdo, y lo consiguió. El año 2000, al recordar a los mártires del siglo XX, en la celebración del Coliseo, recordó también al inolvidable Oscar Romero.

⁹⁶ Dziwisz Stanislaw, o.c., pp. 100-101.

⁹⁷ Encuentro con los amerindios en Phoenix, Estados Unidos, el 14 de setiembre de 1987.

Los sandinistas habían organizado una protesta contra el Papa... El Santo Padre prácticamente él sólo, afrontó el tumulto y plantó cara a los provocadores. Inolvidable la escena en que los sandinistas ondearon sus banderas rojas y negras mientras él, desde el palco, les oponía, alzándolo hacia el cielo, el báculo pastoral con el crucifijo encima.

En mayo de 1985, en su visita a Holanda, hubo quien se disfrazó de Satanás con una pancarta que preguntaba por qué el Papa con sus jornadas de 16 horas no se dedicaba al trabajo manual. Una muchacha vestida de Juana de Arco y con una soga al cuello, declarándose feminista, decía: *A la Iglesia, enemiga de las mujeres, le gustaría quemarnos a todas en la hoguera.*

Esos días en la Haya, antes de la visita, organizaron un acto multitudinario en protesta contra la visita papal. Utrech recibió al papamóvil con bombas de humo y huevos. Se veían carteles ofreciendo por la vida del Papa una recompensa de seis mil dólares. La asistencia fue mínima. Fue una de las visitas más difíciles de su pontificado.

En Utrech Juan Pablo II les dijo a los jóvenes: *Queridos jóvenes, permítanme que hable claramente. ¿Están realmente seguros de que la imagen que tienen de Cristo corresponde a la realidad? El Evangelio nos muestra un Cristo exigente que quiere el matrimonio indisoluble, que condena el adulterio hasta con el deseo. En realidad Cristo no fue indulgente en cuestión de amor conyugal, del aborto, de las relaciones sexuales antes y fuera del matrimonio o de las relaciones homosexuales*⁹⁸.

El 11 de mayo de 1985, en la catedral de Den Bosch, (en Holanda), les suplicó que aceptaran al obispo nombrado por él, considerado muy conservador y al que no querían aceptar. Les dijo: *Créanme, queridos hermanos y hermanas, que me hace mal saber que están sufriendo. Y he nombrado al que delante de Dios he juzgado el más adecuado. He escuchado, he examinado, he orado. Acéptenlo en el amor de Cristo.*

*En el gran parque de Santiago de Chile, el 3 de abril de 1987, durante la beatificación de Teresa de los Andes, los opositores encendieron la mecha y la policía respondió con gases lacrimógenos. El Papa no se asustó, pero durante el resto de la misa estuvo muy preocupado por los fieles y decía: El amor es más fuerte*⁹⁹.

⁹⁸ Utrech, 13 de mayo de 1985.

⁹⁹ Dziwisz Stanislaw, o.c., pp. 102-103.

En su visita a Estados Unidos la religiosa Teresa Kane le pidió que las mujeres pudieran ser sacerdotes y otras cosas más; pero uno de sus mayores sufrimientos fue el caso del obispo tradicionalista francés Marcel Lefèvre, a quien tuvo que excomulgar por la consagración de cuatro obispos, no autorizada por Roma, el 30 de junio de 1988.

Después a los pocos meses, siguió la contestación de teólogos innovadores con la *Declaración de Colonia*, firmada por 163 alemanes, austríacos, suizos y holandeses, con fecha 26 de enero de 1989, invitando a los obispos a oponerse abiertamente al Papa, considerando inadmisibile la competencia magisterial del Papa.

En Berlín, el 23 de junio de 1996, asistieron cien mil personas a la misa del Papa. Pero en la ciudad había muchos grupos de homosexuales que se manifestaron contra el Papa como intransigente. Una mujer del grupo trató de acercarse desnuda al automóvil del Papa, mientras los gay lanzaban tomates al papamóvil. Por la noche los homosexuales eligieron en la plaza como antipapisa a la lesbiana Joy Ana II.

Un grave problema que debió afrontar Juan Pablo II fue la disminución de sacerdotes. De 1978 al 2003 los sacerdotes disminuyeron de 412.000 a 407.000, mientras que los seminaristas crecieron de 64.000 a 113.000. Después del Concilio y con la pérdida de identidad de muchos sacerdotes, hubo miles de sacerdotes que abandonaron el ministerio sacerdotal. Algunas Congregaciones religiosas disminuyeron hasta en un 40%. Felizmente, otras, como la de la Madre Teresa de Calcuta, subieron mucho. Actualmente, y no en vano por el carisma y apostolado de Juan Pablo II, la Iglesia comienza a crecer.

Según las estadísticas del Vaticano se está recuperando en un proceso lento, pero constante, en el número de sacerdotes y seminaristas, especialmente en África, Asia y América del Sur, mientras que en Europa sigue estable o en baja.

Quizás el problema más grave que tuvo que afrontar en su pontificado fue el de los sacerdotes pedófilos. En el siglo XX empezaron a aparecer casos cuya magnitud no se conocía hasta el 2002, cuando aparecieron cientos de casos cometidos hacía veinte, treinta, cuarenta y hasta cincuenta años atrás. Primero fueron casos de Estados Unidos, pero después fueron apareciendo casos en otros países como Irlanda, Austria, Alemania, Holanda... Algunos casos, como el de Marcial Maciel, fundador de los legionarios de Cristo, provocaron graves escándalos.

A pesar de que estos casos se han dado en mayor número en las iglesias protestantes y en otras muchas instituciones como las familias mismas de la mayor parte de las víctimas, las escuelas públicas, etc., los periódicos sólo se referían a los casos de sacerdotes católicos como si quisieran crear un pánico a los sacerdotes y a las Instituciones católicas. Pero, al margen de que los casos de sacerdotes no llegaron ni al 0.5% del total y que entre el 80 y 90% de los casos se referían a sacerdotes homosexuales, lo cierto es que en ninguna otra Institución del mundo se tomó el asunto tan en serio para evitar estos casos en el futuro como en la Iglesia católica.

El Papa Juan Pablo II reunió en Roma a los obispos norteamericanos el 23 de abril del 2002 y dio unas normas concretas. Dijo: *La gente necesita saber que no hay sitio en el sacerdocio ni en la vida religiosa para quienes hagan daño a los jóvenes*. Ordenó que, incluso en el caso de un solo acto de abuso sexual de un menor (pasado, presente o futuro), el sacerdote o diácono fuera removido permanentemente del ministerio y se le ofreciera asistencia profesional para su propia sanación. En esta misma línea, el Papa Benedicto XVI el 4 de noviembre del 2005, determinó que no se puede admitir al Seminario a quienes practican la homosexualidad, presentan tendencias homosexuales profundamente arraigadas o sostienen la llamada cultura gay ¹⁰⁰.

RELACIÓN CON LOS JUDÍOS

La relación de Juan Pablo II con los judíos fue siempre de profundo respeto y amistad.

Nos dice: *Recuerdo la escuela elemental de Wadowice, en la que, en mi clase, al menos una cuarta parte de los alumnos estaba compuesta por chicos judíos. Y quiero ahora mencionar mi amistad, en aquellos tiempos escolares, con uno de ellos, Jerzy Kluger. Amistad que ha continuado desde los bancos de la escuela hasta hoy. Tengo viva ante mis ojos la imagen de los judíos que cada sábado se dirigían a la sinagoga, situada detrás de nuestro gimnasio. Ambos grupos religiosos, católicos y judíos, estaban unidos, supongo, por la conciencia de estar rezando al mismo Dios. A pesar de la diversidad de lenguaje, las oraciones en la iglesia y en la sinagoga estaban basadas, en considerable medida, en los mismos textos.*

Luego vino la segunda guerra mundial, con los campos de concentración y el exterminio programado. En primer lugar, lo sufrieron precisamente los hijos

¹⁰⁰ Amplia información sobre el tema se encuentra en la página web del Vaticano www.resources.va y en el libro del padre Ángel Peña, *La Iglesia católica y el abuso sexual de menores*.

de la nación hebrea, solamente porque eran judíos. Quien viviera entonces en Polonia tenía, aunque sólo fuera indirectamente, contacto con esa realidad.

Ésta fue, por tanto, también mi experiencia personal, una experiencia que he llevado dentro de mí hasta hoy. Auschwitz, quizá el símbolo más elocuente del holocausto del pueblo judío, muestra hasta dónde puede llevar a una nación un sistema construido sobre premisas de odio racial o de afán de dominio. Auschwitz no cesa de amonestarnos aún en nuestros días, recordando que el antisemitismo es un gran pecado contra la humanidad; que todo odio racial acaba inevitablemente por llevar a la conculcación de la dignidad humana.

Quisiera volver a la sinagoga de Wadowice. Fue destruida por los alemanes y hoy ya no existe. Hace algunos años vino a verme Jerzy para decirme que el lugar en el que estaba situada la sinagoga debería ser honrado con una lápida conmemorativa adecuada. Debo admitir que en aquel momento los dos sentimos una profunda emoción. Se presentó ante nuestros ojos la imagen de aquellas personas conocidas y queridas, y de aquellos sábados de nuestra infancia y adolescencia, cuando la comunidad judía de Wadowice se dirigía a la oración. Le prometí que escribiría gustoso unas palabras para tal ocasión, en señal de solidaridad y de unión espiritual con aquel importante suceso. Y así fue. La persona que transmitió a mis conciudadanos de Wadowice el contenido de esa carta personal mía fue el propio Jerzy. Aquel viaje fue muy difícil para él. Toda su familia, que se había quedado en aquella pequeña ciudad, murió en Auschwitz, y la visita a Wadowice, para la inauguración de la lápida conmemorativa de la sinagoga local, era para él la primera después de cincuenta años ¹⁰¹.

Su amistad con Jerzy Kluger continuó siendo Papa y algunas veces lo invitaba a comer. Bautizó a su nieta católica, bendijo su matrimonio y bautizó a la hija nacida de esta unión.

Cuando el Papa era un niño había entrado a una sinagoga de Wadowice a oír cantar los salmos a un amigo suyo judío, que tenía una hermosa voz. Siendo arzobispo de Cracovia, había visitado la sinagoga de la ciudad; y fue el primer Papa en visitar una sinagoga en Roma, en abril de 1986.

Cuando el Papa visitó Jerusalén el año 2000, uno de sus compañeros judíos del Liceo de Wadowice declaró al *New York Times*, el 22 de marzo del año 2000: *Soy Yossef Bainenstok, un sobreviviente de la Shoah después de haber estado varios años en campos de concentración. Cuando el Papa en 1992 visitó la tumba de su hermano Edmundo, que tenía una pobre lápida sobre la fosa, me*

¹⁰¹ *Cruzando el umbral de la esperanza*, pp. 116-117

dijo discretamente que le hiciera una más digna. Así es él. Yo veo en su rostro envejecido a aquel muchacho de Wadowice de gran corazón. Me produce verdadero dolor oír todos los disparates que se dicen aquí en Israel. ¿Qué más puede hacer? Ha manifestado su reconocimiento del Holocausto frente a los que lo niegan, su reconocimiento de Israel y pide a los cristianos que los judíos no pueden ser considerados culpables de la crucifixión; ¿qué más se le puede pedir?

Ante el muro de las lamentaciones de Jerusalén, oró y con mano temblorosa, siguiendo la tradición judía, introdujo entre las milenarias piedras un papel con una plegaria, que decía: *Dios de nuestros padres, tú has elegido a Abraham y a su descendencia para que tu Nombre fuera dado a conocer a las naciones. Nos duele profundamente el comportamiento de cuantos en el curso de la historia han hecho sufrir a estos tus hijos y, a la vez que te pedimos perdón, queremos comprometernos en una auténtica fraternidad con el pueblo de la Alianza. Jerusalén, 26 de marzo del 2000. Juan Pablo II.*

Unos días antes de la llegada a Jerusalén, ese mismo año 2000, la señora Edith Zierer refirió a los periodistas cómo él le había salvado la vida una fría mañana de enero de 1945. Ella había pasado tres años trabajando en la fabricación de municiones en un campo de concentración alemán y estaba a punto de morir. El 28 de enero las tropas soviéticas la liberaron del campo de concentración de Hassak.

Al ser liberada, quiso ir a su pueblo de origen para encontrar a su familia sin saber que todos habían sido asesinados por los nazis. Dice: *El 30 de enero llegué a una pequeña estación ferroviaria entre Czestochowa y Cracovia. Me eché en un rincón de una gran sala donde había docenas de prófugos todavía en traje de rayas de los campos de exterminio y con el número de prisionero. Wojtyla me vio. Vino con una gran taza de té, la primera bebida caliente que probaba en unas semanas. Después me trajo un bocadillo de queso con pan negro polaco. Yo no quería comer, estaba demasiado cansada; pero él me obligó a comer. Luego me dijo que tenía que caminar para poder subir al tren.*

Lo intenté, pero me caí al suelo. Entonces me tomó en sus brazos y me llevó durante mucho tiempo, kilómetros a cuestas. Recuerdo su chaqueta marrón y su voz tranquila que me contaba la muerte de sus padres y de su hermano, y me decía que también él sufría, pero que era necesario no dejarse vencer por el dolor y combatir para vivir con esperanza. Su nombre se quedó grabado para siempre en mi memoria. Quisiera darle un abrazo polaco, personalmente,

*cuando venga*¹⁰². Y se reunieron en Jerusalén y se dieron el abrazo polaco de la paz.

EL ISLAM

Con los musulmanes procuró mantener siempre buenas relaciones. Fue el primer Papa en visitar una mezquita. El 6 de mayo del 2001 visitó la mezquita de los Omeyas de Damasco, donde se conserva el memorial de la tumba de san Juan Bautista. Esta mezquita se levantó sobre una basílica cristiana que fue destruida para construir la mezquita, pero conservaron la tumba o memorial de san Juan Bautista en señal de veneración por el también considerado profeta por el Islam.

A pesar de los atentados islámicos del 11 de septiembre contra Estados Unidos o del 11 de marzo del 2004 contra la estación ferroviaria de Atocha en Madrid, y de otros muchos a lo largo del mundo, nunca promovió la lucha contra el Islam como religión. Habló en diferentes ocasiones de no matar en nombre de Dios y convocó a los musulmanes, junto con los representantes de otras religiones, a orar unidos por la paz en Asís el 27 de octubre de 1986. Del 9 al 10 de enero de 1993 convocó a una jornada de ayuno y oración en Asís para orar, unidos especialmente por la paz, cristianos, judíos y musulmanes. El 24 de enero del 2002 convocó a otra jornada de oración por la paz en Asís con representantes de todas las religiones.

La predicación a miles de jóvenes musulmanes en Casablanca (Marruecos), el 19 de agosto de 1985, fue algo nunca antes visto. Allí les dijo; *Vengo como creyente para dar simplemente testimonio de aquello en lo que creo. Lo que deseo para el bienestar de mis hermanos y del género humano, y lo que me ha enseñado la experiencia a considerar como útil para todos. Dios en el que creemos todos, musulmanes y católicos, es fuente de toda alegría. El hombre no puede vivir sin rezar como no puede vivir sin respirar.*

Por otra parte, en su acercamiento al Islam visitó a 24 países de mayoría musulmana. Intervino para pedir la paz en las dos guerras de Irak, de 1991 y 2003. El viaje más difícil fue a Sudán, donde imploró un mínimo de libertad para las comunidades cristianas del sur del país y donde condenó la persecución contra los cristianos del sur.

¹⁰² Velasco Miguel Ángel, o.c., pp. 20-21; Revista Alfa y Omega del 29 de marzo de 2000.

LOS ORTODOXOS

Con los hermanos ortodoxos buscó siempre la unidad. Ya en noviembre de 1979 visitó Turquía para encontrarse con el patriarca ecuménico Dimitrios I y lo recibió en el Vaticano en 1987. También recibió a los patriarcas ortodoxos de Antioquía y Alejandría. En Damasco visitó al patriarca ortodoxo y al sirio, al igual que al patriarca copto.

En su viaje a Grecia, en mayo del 2001, la jerarquía ortodoxa se había limitado a no oponerse a la invitación del Presidente de la República. Según dice el secretario del Papa: *Bastó que el Papa pidiese perdón por el saqueo de Constantinopla perpetrado por los cristianos latinos en la cuarta Cruzada para que la atmósfera cambiase. En la mirada de Christodoulos, arzobispo ortodoxo de Atenas, pudo leer una gran sorpresa, pero también una intensa alegría a la que siguió un convencido aplauso.*

Al día siguiente, después del coloquio privado en la Nunciatura, el Papa se dirigió hacia Christodoulos y a los otros dignatarios ortodoxos y les dijo: “Vamos a recitar el padrenuestro, vosotros en griego y yo en latín”. Ellos lo recitaron inmediatamente. Aquella plegaria común fue como un sello de reconciliación. Desde entonces se ha iniciado un dialogo fraterno entre las dos Iglesias¹⁰³.

Recuerdo con emoción aquel grito “Unitade, unitade”, que explotó entre el pueblo durante la visita del Santo Padre a Bucarest, en Rumania. Gritaban todos, ortodoxos, católicos, protestantes, evangélicos, invocando el regreso a la antigua unidad cristiana¹⁰⁴.

El 5 de agosto del 2004 presidió la celebración de la Palabra para entregar el icono de la Virgen de Kazán, patrona de Rusia, a la delegación Vaticana que se lo entregaría al patriarca de Moscú Alexis II. El 27 de noviembre de ese mismo año presidió la celebración ecuménica para la entrega de las reliquias de san Gregorio Nacianceno y de san Juan Crisóstomo al patriarca de Constantinopla Bartolomé I. Eran señales de buena voluntad, pero el patriarcado de Moscú nunca dio autorización para que pudiera visitar su país, debido a la cuestión de los uniatas.

Estos greco-católicos de Ucrania, de rito ortodoxo, durante la guerra fueron suprimidos oficialmente y sus iglesias entregadas a la Iglesia ortodoxa rusa y anexados a esta Iglesia por Stalin. Después de la guerra abandonaron la

¹⁰³ Dziwisz Stanislaw, o.c., p. 105.

¹⁰⁴ Ib. p. 216.

Iglesia rusa y volvieron a su fe como greco-católicos, reclamando sus antiguas iglesias. Para los jerarcas ortodoxos rusos esto fue un duro golpe. Algo parecido ocurrió en Rumania, obligados a abandonar su fe o anexarse a la ortodoxia. Los ortodoxos criticaron al Vaticano su espíritu misionero y la ordenación el año 2000 de 5 nuevos obispos en las recién creadas diócesis en el territorio de Rusia.

LOS PROTESTANTES

Buscando la unión de los cristianos intentó promover por todos los medios a su alcance la unidad con los protestantes cristianos. El 29 de mayo de 1982 se reunió en Londres, en la catedral de Canterbury, con el primado anglicano Runcie.

El 12 de junio de ese mismo año se reunió en Ginebra, Suiza, con el Consejo Ecuménico de Iglesias. El 30 de setiembre al 3 de octubre recibió en el Vaticano al Primado anglicano Runcie. Lamentablemente hubo un distanciamiento con la *Iglesia anglicana*, cuando en la conferencia de Lambeth (reunión de obispos anglicanos de todo el mundo) se aprobó la ordenación de mujeres como obispos, al igual que la aceptación del aborto y de sacerdotes gays anglicanos.

En las dos jornadas de oración por la paz celebrados en Asís en 1986 y 2002 con los líderes de todas las religiones estuvieron también líderes de las Iglesias protestantes. Juan Pablo II visitó países de mayoría protestante como Alemania (1980), Inglaterra (1982), países escandinavos (1989), países bálticos (1993)...

El 31 de mayo de 1995 publicó la encíclica *Ut unum sint* sobre el ecumenismo. En todos los viajes internacionales procuró entrevistarse con los líderes religiosos del país. Y tuvo gestos significativos para mostrar su buena voluntad en el camino de la unidad. Por ejemplo: El 21 de mayo de 1995 en Olomouc, República Checa, dijo: *Hoy, yo, Papa de la Iglesia de Roma, en nombre de todos los católicos pido perdón por los males causados a los no católicos durante la historia atribulada de estas gentes, y al tiempo aseguro el perdón de la Iglesia católica por los males que hayan padecido sus hijos*. Ese día el Papa proclamó beato y mártir a Jan Sarkander, un sacerdote bohemio condenado a muerte por los protestantes. La Iglesia evangélica lo consideró una provocación; y se organizaron manifestaciones en memoria de los mártires evangélicos a mano de los católicos. Pero la petición de perdón del Papa amainó los ánimos.

El 23 de agosto de 1997, en la Jornada Mundial de la Juventud en París, recordó el 24 de agosto de 1572, la noche de san Bartolomé, cuando hubo una masacre de hugonotes protestantes por parte de los católicos, y pidió perdón. En su visita a Eslovaquia, del 30 de junio al 3 de julio de 1995, canonizó a tres católicos mártires que habían sido torturados y asesinados por los calvinistas en 1619, pero pidió ir al monumento donde se recuerda la muerte de 24 calvinistas a manos de los católicos y allí rezó un padrenuestro junto con el obispo luterano.

Y no olvidemos las diferentes celebraciones ecuménicas del año 2000, empezando por la apertura de la puerta santa ecuménica a la que invitó al primado anglicano y a un patriarca ortodoxo.

ÚLTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE

Dice su secretario personal, el padre Stanislaw Dziwisz: *A finales de enero de 2005, Juan Pablo II volvió a encontrarse mal. El último domingo del mes, durante el Ángelus, le costó mucho trabajo hablar: tenía la voz ronca. Al principio, se pensó que era sólo un resfriado, pero su estado se agravó en pocas horas. Los médicos dijeron que se trataba de una laringotraqueítis aguda con crisis de laringospasmo. La noche del primero de febrero, durante la cena, el Santo Padre no conseguía respirar. Intentamos ayudarle, pero el cuadro no remitía; se impuso volver a ingresarlo en el Gemelli.*

Se repuso con rapidez. El 9 de febrero era el primer día de la Cuaresma. Concelebró la Eucaristía, bendijo las cenizas, y yo mismo se las impuse. Debía ser un momento de contrición, de arrepentimiento, pero al ver cómo se estaba reponiendo sentí una gran felicidad en mi interior. Al día siguiente, volvió a casa.

Desgraciadamente, no tardó en recaer. Al Santo Padre le costaba cada vez más respirar, tanto de día como de noche. Le resultaba muy penoso, sobre todo, inspirar; al respirar emitía un ruido agudo y al mismo tiempo cavernoso. La noche del 23 de febrero fue dramática. Una nueva crisis descompuso el cuerpo del Papa, rozando la asfixia. En la cena estaba con él un viejo amigo, el cardenal Marian Jaworski, arzobispo de Leópolis de los Latinos; se quedó tan impresionado que quiso administrarle enseguida la unción de los enfermos a "su" Karol. La situación empeoró a lo largo de la noche, por lo que al día siguiente se decidió ingresarlo nuevamente en el Gemelli.

Los cuidados médicos, sin embargo, ya no bastaban. Ya no bastaban más. Buzzonetti, de común acuerdo con sus colegas, decidió que era urgente y necesario practicarle una traqueotomía para garantizarle al Papa aire suficiente

y evitarle una nueva crisis de ahogos. Se lo comunicaron; él se volvió hacia mí y, al oído, me pidió que les preguntara a los médicos si no podían posponer la intervención hasta las vacaciones de verano; ante la reacción general, dio inmediatamente su consentimiento. Y, una vez más, salió a relucir su sentido del humor. Buzzonetti intentaba tranquilizarlo: “Santidad, será una operación muy sencilla”. Y él: “¿Sencilla para quién?”.

Naturalmente, le habían advertido que después de la operación no podría hablar durante un cierto tiempo. Fue más tarde, apenas salió de la anestesia, cuando fue plenamente consciente de lo que implicaba aquella carencia. Hizo un gesto, y entendí que quería escribir algo. Le acerqué un folio y un bolígrafo, y él, con letra algo titubeante, logró estampar unas pocas palabras: “¡Lo que me han hecho! Pero... ¡Totus tuus!”. Quería expresar toda su angustia por carecer de voz, pero también su voluntad de abandonarse totalmente en manos de la Virgen.

Así, por primera vez desde el inicio del pontificado, Juan Pablo II, aunque ya estaba de regreso en el Vaticano, no pudo presidir los ritos del Triduo pascual. El Viernes Santo quiso seguir el Vía Crucis del Coliseo desde una pantalla de televisión instalada en su capilla privada. En la decimocuarta estación tomó el crucifijo entre sus manos, como para unir su rostro al de Jesucristo, su sufrimiento al del Hijo de Dios muerto en la cruz. Sentía que ya estaba llegando el momento, en que el Señor le llamaba...

En Pascua, el Santo Padre quería, al menos, impartir la bendición “Urbi et Orbi”. Se había preparado con mucho cuidado; antes de la ceremonia había repetido la fórmula; todo parecía ir bien. Pero luego, apenas terminó el discurso leído en la plaza por el cardenal Sodano, el Papa, que estaba en la ventana, se quedó como bloqueado. Quizá fuera por la emoción, quizá por el sufrimiento, pero no consiguió impartir la bendición. Susurró: “No tengo voz” y, siempre en silencio, hizo una triple señal de la cruz, saludó a la multitud y dio a entender con la mirada que deseaba regresar dentro.

Estaba muy afectado, entristecido y, al mismo tiempo, como exhausto por el esfuerzo que había intentado inútilmente hacer. La gente, abajo, estaba conmovida; le aplaudía, le llamaba, pero él sentía todo el peso de aquel gesto de impotencia, de dolor. Me miró a los ojos y dijo: “Sea hecha tu voluntad... Totus tuus”.

Al día siguiente, hacia las once, estaba en la capilla para la celebración de la misa. De repente, su cuerpo se vio sacudido como si algo le hubiese estallado dentro. Tenía cuarenta grados de fiebre. Los médicos diagnosticaron en el acto que se trataba de un gravísimo shock séptico con colapso cardiocirculatorio, debido a una infección de las vías urinarias. Esta vez, sin

embargo, nada de hospitalización. Le recordé al doctor Buzzonetti el firme deseo del Papa de no volver más a la clínica. Quería sufrir y morir en su casa, cerca de la tumba de San Pedro. Y, en su casa, los médicos podían efectuarle perfectamente las curas precisas.

Juan Pablo II ya estaba en su habitación. En la pared frente a la cama, un cuadro de Cristo sufriente, atado con cuerdas. Una imagen de la Virgen de Czestochowa. Y, sobre una mesita, la foto de sus padres. Al finalizar la misa, celebrada allí, nos acercamos todos a besar sus manos: “Stasiu”, me dijo, acariciándome la cabeza; luego, las monjas de la casa, a las que llamó una a una por su nombre, y, por último, los médicos, los enfermeros.

El viernes fue una jornada de oración: la misa, el Vía Crucis, la hora tercera del Oficio divino, y algunos fragmentos de las Escrituras leídos por otro gran amigo de Karol Wojtyla, el padre Tadeusz Styczen. El estado general era extremadamente grave. El Papa apenas si conseguía, con dificultad, pronunciar algunas sílabas.

Ya hemos llegado al 2 de abril, un sábado. Me gustaría poder recordarlo realmente todo.

En la habitación se respiraba una gran serenidad. El Santo Padre bendijo las coronas destinadas a la Virgen de Czestochowa en las grutas vaticanas, y otras dos enviadas a Jasna Gora. Luego se despidió de sus más estrechos colaboradores, cardenales, monseñores de la Secretaría de Estado, responsables de oficinas, y quiso saludar a Francesco, encargado de la limpieza del apartamento.

Todavía estaba plenamente consciente porque, aun expresándose con dificultad, pidió que le leyeran el Evangelio de San Juan. No fue una sugerencia nuestra, lo solicitó él. También el último día, como había hecho durante toda su vida, quería alimentarse de las Sagradas Escrituras.

El Padre Styczen empezó a leer el Evangelio de San Juan, un capítulo tras otro. Leyó nueve. En el libro quedará marcado para siempre el punto en que se interrumpió la lectura: el punto, también, en que concluyó su vida.

En el momento extremo, el Santo Padre volvió a ser el que siempre había sido fundamentalmente, un hombre de oración. Era un hombre de Dios, un hombre en íntima comunión con Dios, y la oración era, incesantemente, como los “cimientos” de su vida. Cuando tenía que reunirse con alguien, o tomar una decisión importante, escribir un documento, hacer un viaje, antes se dirigía a Dios. Antes, rezaba.

También aquel día, antes de emprender el último gran viaje, también aquel día recitó, con la ayuda de los presentes, todas las oraciones cotidianas; hizo la adoración, la meditación, incluso anticipó el Oficio de lecturas del domingo.

En un determinado momento, sor Tobiana “sintió” su mirada; acercó el oído a sus labios y él, con un tono de voz debilísimo, apenas perceptible, dijo: “Dejadme ir con el Señor”. La religiosa salió corriendo de la habitación, quería contárnoslo, aunque no dejara de llorar.

No lo he pensado hasta tiempo después, pero ha sido extraordinario que sus últimas palabras se las haya dicho a una mujer.

Hacia las siete, el Santo Padre entró en coma. La habitación estaba sólo iluminada con una pequeña vela encendida, que el propio Papa había bendecido el 2 de febrero, en la fiesta de la Candelaria.

La Plaza de San Pedro y todas las calles adyacentes se habían ido llenando de gente. La multitud era cada vez más numerosa; sobre todo, cada vez había más jóvenes. Sus gritos —“¡Juan Pablo!”, “¡Viva el Papa!”— llegaban hasta el tercer piso. Estoy seguro de que él también los oyó. ¡Era imposible no oírlos!

Ya eran casi las ocho cuando, repentinamente, sentí en mi interior como un imperativo categórico: ¡debía celebrar misa! Y eso fue lo que hice, junto al cardenal Jaworski, el arzobispo Rylko y dos sacerdotes polacos, Stycen y Mokzycki. Era la misa prefestiva del domingo de la Misericordia, una solemnidad muy querida por el Papa. El Evangelio seguía siendo el de San Juan: “Se presentó Jesús en medio de los discípulos y les dijo: La paz sea con vosotros”. En la comunión conseguí darle, como viático, algunas gotas de la sangre preciosísima de Jesús.

Eran las 21:37. Ya nos habíamos dado cuenta de que el Santo Padre había dejado de respirar. Pero sólo en ese preciso instante “vimos” en el monitor que su gran corazón, después de latir un poco más, se había parado.

El doctor Buzzonetti se inclinó sobre él y, sin levantar apenas la mirada, murmuró: “Ha pasado a la casa del Señor”:

Nosotros, como respondiendo a una decisión tomada al unísono, empezamos a cantar el tedeum. No el réquiem, porque no era un luto, sino el

tedeum, para dar gracias a Dios por el don que nos había dado, el don de la persona del Santo Padre, de Karol Wojtyła.

Llorábamos. ¿Cómo no íbamos a llorar? Eran lágrimas de dolor y, al mismo tiempo, de alegría. Fue entonces cuando se encendieron las luces de la casa...

Y llegó el momento de la despedida. ¡Cuánta gente había! ¡Cuánta gente importante llegaba desde muy lejos! Pero, sobre todo, estaba su pueblo. Estaban los jóvenes. Estaban aquellos letreros tan significativos y tan fervientes. En la Plaza de San Pedro había una luz inmensa. Fue entonces cuando la luz regresó también a mi interior.

Al acabar la homilía, el cardenal Ratzinger hizo una señal en dirección a la ventana, y nos dijo que seguramente él estaba allí, mirándonos, bendiciéndonos. Yo también me di la vuelta, no pude evitar dármele, pero no tuve valor para mirar hacia arriba.

Al final, cuando llegaron al recinto sagrado los anderos que llevaban el ataúd, lo giraron lentamente. Como para permitirle una última mirada hacia su plaza. La despedida definitiva de los hombres, del mundo ¹⁰⁵.

Murió el 2 de abril del 2005 a las 9 y 37 minutos de la noche por shock séptico y colapso cardiocirculatorio irreversible. En su testamento había escrito: A medida que se acerca el final de mi vida terrena, vuelvo con la memoria a los inicios, a mis padres, a mi hermano y a mi hermana (a la que no conocí, pues murió antes de mi nacimiento), a la parroquia de Wadowice, donde fui bautizado, a esa ciudad tan amada, a mis coetáneos, compañeras y compañeros de la escuela, del bachillerato, de la universidad, hasta los tiempos de la ocupación, cuando trabajé como obrero, y después a la parroquia de Niegowic, a la de San Florián en Cracovia, a la pastoral de los universitarios, a Cracovia y a Roma..., a las personas que el Señor me ha encomendado de manera especial. A todos sólo les quiero decir una cosa: “Que Dios les dé la recompensa” ¹⁰⁶.

Durante los días siguientes, miles y miles de personas acudían al Vaticano para darle el último adiós. El 8 de abril más de dos millones de personas se reunieron en Roma para los funerales. Hubiera habido el doble, si las autoridades italianas no hubieran desanimado a los peregrinos a través de los medios de comunicación, temiendo una aglomeración demasiado grande para ser controlada.

¹⁰⁵ Dziwisz Stanislaw, o.c., pp. 237-242.

¹⁰⁶ 17 de marzo de 2000.

En sus exequias concelebraron 157 cardenales, 700 arzobispos y obispos, con 3.000 sacerdotes. Hubo 159 delegaciones extranjeras y 10 soberanos con 59 jefes de Estado, 3 príncipes herederos y 17 jefes de gobierno. Veintitrés delegaciones de las Iglesias ortodoxas y ortodoxas orientales junto con 17 delegaciones de religiones no cristianas (sikh, budistas, etc.), delegaciones judías con los rabinos de Roma Di Segni y Toaff, delegaciones de musulmanes con un representante de la delegación de la universidad de El Cairo y representantes de la Liga árabe y de la ONU con su secretario general Kofi Annan. También se hicieron presentes el presidente de Estados Unidos George Bush con su padre y el ex-presidente Bill Clinton.

Después de que Juan Pablo II fue enterrado en la cripta de San Pedro en el Vaticano, los obreros de la basílica, los *sanpietrini*, pidieron a monseñor Angelo Comastri, antes de colocar la lápida, poder rezar. Y todos de rodillas oraron: *Santo Padre, sois el Papa de la familia, os confiamos nuestras familias, nuestras esposas y nuestros hijos*. Todos estaban emocionados hasta las lágrimas.

CUARTA PARTE

VIDA INTERIOR Y ANÉCDOTAS

AMOR A JESÚS EUCARISTÍA

En sus años de estudiante en Wadowice iba a misa todos los días y ayudaba como monaguillo. Lo mismo hizo en Cracovia, incluso trabajando de obrero. Sobre esta época declaró: *Si miro mi juventud, aquella juventud de los años de la ocupación nazi, años terribles, años de pesadilla, veo que la fuente de la fuerza era precisamente la Eucaristía, y no sólo para mí, sino para muchos otros*¹⁰⁷.

En Cracovia, siendo sacerdote, nunca dejaba la misa, aunque estuviera de excursión por las montañas. Siendo obispo, se pasaba muchas horas en oración ante Jesús sacramentado. Él recuerda: *En la capilla privada, no solamente rezaba, sino que me sentaba allí y escribía. Allí escribí mis libros, entre ellos la monografía "Persona y acto". Estoy convencido de que la capilla es un lugar del que proviene una especial inspiración. Es un enorme privilegio poder vivir y*

¹⁰⁷ Discurso a los jóvenes de Cracovia en la catedral del Wawel, el 10 de junio de 1987.

*trabajar al amparo de esta presencia. Una presencia que atrae como un poderoso imán*¹⁰⁸.

Siendo Papa, a partir del 2 de diciembre de 1981, hizo que se abriera una capilla de adoración perpetua dentro de la basílica vaticana para dar ejemplo y motivar a otras diócesis y parroquias a hacer lo mismo. El año 1982 restableció la procesión del *Corpus Christi* en Roma con la participación personal del Papa.

Sobre su amor a la Eucaristía decía: *Desde hace más de medio siglo, cada día, a partir de aquel dos de noviembre de 1946 en que celebré mi primera misa en la cripta de San Leonardo de la catedral del Wawel en Cracovia, mis ojos se han fijado en la hostia y el cáliz... Cada día mi fe ha podido reconocer en el pan y en el vino consagrados al divino Caminante que un día se puso al lado de los dos discípulos de Emaús para abrirles los ojos a la luz y el corazón a la esperanza*¹⁰⁹.

*Nada tiene para mí mayor sentido ni me da mayor alegría que celebrar la misa todos los días y servir al pueblo de Dios en la Iglesia. Ha sido así desde el día mismo de mi ordenación sacerdotal. Nada lo ha cambiado, ni siquiera el llegar a ser Papa*¹¹⁰.

*He podido celebrar la santa misa en capillas situadas en senderos de montaña, a orillas de los lagos, en las riberas del mar; la he celebrado sobre altares construidos en estadios, en las plazas de las ciudades... Estos escenarios tan variados de mis celebraciones eucarísticas me hacen experimentar intensamente su carácter universal y, por así decir, cósmico. ¡Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo. Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación*¹¹¹.

*¿Cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!*¹¹².

¹⁰⁸ *¡Levantaos! ¡Vamos!*, p. 131.

¹⁰⁹ Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* N° 59.

¹¹⁰ Los Ángeles, 14 de setiembre de 1987.

¹¹¹ Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* N° 8.

¹¹² *Ib.* N° 25.

SU AMOR A MARÍA

Sobre su amor a María él nos dice: *La veneración a la Madre de Dios en su forma tradicional me viene de la familia y de la parroquia de Wadowice. Recuerdo, en la iglesia parroquial, una capilla lateral dedicada a la Madre del Perpetuo Socorro a la cual por la mañana, antes del comienzo de las clases, acudían los estudiantes del Instituto. También, al acabar las clases, en las horas de la tarde, iban muchos estudiantes para rezar a la Virgen.*

Además, en Wadowice, había sobre la colina un monasterio carmelita, cuya fundación se remontaba a los tiempos de San Rafael Kalinowski. Muchos habitantes de Wadowice acudían allí, y esto tenía su reflejo en la difundida devoción al escapulario de la Virgen del Carmen. También yo lo recibí, creo que cuando tenía diez años, y aún lo llevo. Se iba a los carmelitas también para las confesiones. De ese modo, tanto en la iglesia parroquial, como en la del Carmen, se formó mi devoción mariana durante los años de la infancia y de la adolescencia hasta la superación del examen final.

Cuando me encontraba en Cracovia, en el barrio Debniki, entré en el grupo del “Rosario vivo”, en la parroquia salesiana. Allí se veneraba de modo especial a María Auxiliadora. En Debniki, en el período en que iba tomando fuerza mi vocación sacerdotal, gracias también al mencionado influjo de Jan Tyranowsky, mi manera de entender el culto a la Madre de Dios experimentó cierto cambio. Estaba ya convencido de que María nos lleva a Cristo, pero en aquel período empecé a entender que también Cristo nos lleva a su Madre. Hubo un momento en el cual me cuestioné de alguna manera mi culto a María.

Me ayudó entonces el libro de San Luis María Grignón de Montfort titulado “Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen”. En él encontré las respuestas a mis dudas. Efectivamente, María nos acerca a Cristo, con tal de que se viva su misterio en Cristo. El tratado de San Luis María Grignón de Montfort puede cansar un poco por su estilo un tanto enfático y barroco, pero la esencia de las verdades teológicas que contiene es incontestable. El autor es un teólogo notable. Su pensamiento mariológico está basado en el misterio trinitario y en la verdad de la Encarnación del Verbo de Dios.

Comprendí entonces por qué la Iglesia reza el Ángelus tres veces al día. Entendí lo cruciales que son las palabras de esta oración: “El Ángel del Señor anunció a María. Y Ella concibió por obra del Espíritu Santo... He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros...”. ¡Son palabras verdaderamente decisivas! Expresan el

núcleo central del acontecimiento más grande que ha tenido lugar en la historia de la humanidad.

Esto explica el origen del “Totus tuus”. La expresión deriva de San Luis María Grignion de Montfort. Es la abreviatura de la forma más completa de la consagración a la Madre de Dios, que dice: “Totus tuus ego sum et omnia mea tua sunt” (Soy todo tuyo, y todo lo mío es tuyo).

De ese modo, gracias a San Luis, empecé a descubrir todas las riquezas de la devoción mariana, desde una perspectiva en cierto sentido nueva. Por ejemplo, cuando era niño escuchaba “Las Horas de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María”, cantadas en la iglesia parroquial, pero sólo después me di cuenta de la riqueza teológica y bíblica que contenían. Lo mismo sucedió con los cantos populares, por ejemplo con los cantos navideños polacos y las Lamentaciones sobre la Pasión de Jesucristo en Cuaresma, entre las cuales ocupa un lugar especial el diálogo del alma con la Madre Dolorosa.

Sobre la base de estas experiencias espirituales fue perfilándose el itinerario de oración y contemplación que orientó mis pasos en el camino hacia el sacerdocio, y después en todas las vicisitudes sucesivas hasta el día de hoy. Este itinerario desde niño, y más aún como sacerdote y como obispo, me llevaba frecuentemente por los senderos marianos de Kalwaria Zebrzydowska.

Kalwaria ¹¹³ es el principal santuario mariano de la Arquidiócesis de Cracovia. Iba allí con frecuencia y caminaba en solitario por aquellas sendas presentando en la oración al Señor los diferentes problemas de la Iglesia, sobre todo en el difícil período que se vivía bajo el comunismo ¹¹⁴.

Repasando su vida, vemos que su amor a María fue una constante en su camino de seguimiento de Jesús. El 4 de junio de 1979, en su primer viaje a Polonia, en el santuario de Jasna Góra confió la Iglesia a María: *Oh Madre, te ofrezco y confío en este momento con confianza inmensa a la Iglesia entera de la que soy el primer servidor.*

En su recorrido por el mundo siempre le gustó peregrinar a los grandes santuarios de los países visitados. El 13 de mayo de 1982 fue a Fátima a darle gracias a María por haberle salvado la vida. Allí hizo entrega de la bala que le rasgó el vientre y no había podido quitarle la vida. Esta bala la colocaron en la

¹¹³ Su padre, después de la muerte de su esposa, llevó a Karol y Edmundo al santuario mariano de Kalwaria a 10 kilómetros de Wadowice. Allí solía ir su padre antes de tomar decisiones importantes. Y allí fue Karol la víspera de ir a Roma para el cónclave en que fue elegido Papa.

¹¹⁴ *Don y misterio*, pp. 42-44.

corona de la Virgen. La faja perforada por el proyectil la dio al santuario de Jasna Gora.

Como expresión de su amor a María todos los días rezaba el Ángelus y el rosario, y decía: *El rosario es mi oración predilecta. ¡Plegaria maravillosa! Maravillosa en su sencillez y en su profundidad*¹¹⁵. *¡Cuántas gracias he recibido de la Santísima Virgen a través del rosario estos años!*¹¹⁶. En la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* añadió los nuevos misterios luminosos.

El 25 de marzo de 1984, en la Plaza de San Pedro, consagró el mundo a la Virgen María, delante de una imagen traída a propósito desde Fátima. No mencionó explícitamente a Rusia, pero aludió claramente a las naciones que tienen una necesidad especial. Así se realizó el deseo de la Virgen como le había pedido a Lucía en las apariciones de Fátima.

El 14 de agosto del 2004, al llegar a la gruta de Lourdes, para conmemorar el 150 aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, hizo un esfuerzo para ponerse de rodillas. De pronto le salieron lágrimas abundantes. Nunca se le había visto llorar así en público. A veces, tenía los ojos húmedos de la emoción, pero llorar así nunca. Él también era un niño ante su Madre la Virgen María.

LOS SANTOS Y LOS ÁNGELES

Juan Pablo II tenía mucha devoción a los santos y a los ángeles, a quienes invocaba frecuentemente en su ayuda. Él refiere: *Tengo una especial devoción al ángel de la guarda. Desde niño, probablemente como todos los niños, repetí muchas veces esta plegaria: “Ángel de Dios, que eres mi custodio, ilumíname, custódiame, dirígeme y gobiérname”. Mi ángel de la guarda sabe lo que estoy haciendo. Mi confianza en él y en su presencia protectora crece en mí continuamente. San Miguel, san Gabriel y san Rafael son arcángeles a los que invoco con frecuencia en la oración*¹¹⁷.

Y hablando de los modelos que se ha de imitar, no se puede olvidar a los santos. ¡Qué gran don son para una diócesis los propios santos y beatos! La emoción crece cuando se trata de personas que han vivido en tiempos relativamente recientes. He tenido la alegría de iniciar los procesos de canonización de grandes cristianos relacionados con la arquidiócesis de

¹¹⁵ Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, N° 2.

¹¹⁶ *Ibidem*.

¹¹⁷ *¡Levantaos! ¡Vamos!*, pp. 35-36

Cracovia. Más tarde, como obispo de Roma, he podido declarar la heroicidad de sus virtudes y, una vez concluidos los respectivos procesos, inscribirlos en el Registro de los beatos y de los santos.

Cuando durante la guerra trabajaba como obrero en la fábrica de Solvay, recuerdo haberme detenido muchas veces ante la tumba de sor Faustina, que aún no era beata. Todo en ella era extraordinario, porque era imprevisible en una muchacha tan sencilla como ella. ¿Cómo podía imaginar entonces que tendría ocasión de beatificarla primero y, más tarde, canonizarla? Entró en el convento de Varsovia, luego fue trasladada a Vilna y al fin a Cracovia. Algunos años antes de la guerra, tuvo la gran visión de Jesús misericordioso, que le pidió que se hiciera apóstol de la devoción a la divina Misericordia, destinada a tener tanta difusión en la Iglesia. Sor Faustina murió en 1938. Desde allí, desde Cracovia, esa devoción entró a formar parte de los acontecimientos con dimensión mundial. Convertido en arzobispo, confié al profesor Don Ignacy Rózycki el examen de sus escritos. Primero se excusaba. Al fin aceptó y estudió a fondo los documentos disponibles. Luego dijo: “Es una mística maravillosa”.

Un puesto preferente en mi recuerdo y, más aun, en mi corazón, ocupa fray Albert-Adam Chmielowski. Todos los días rezo las Letanías de la nación polaca, en las que se incluye a san Alberto. Entre los santos de Cracovia recuerdo también a san Jacek Odroz; un gran santo de aquella ciudad. Sus reliquias reposan en la iglesia de los dominicos. He ido muchas veces a ese santuario. San Jacek fue un gran misionero; desde Gdansk, se dirigió por el este hasta Kiev.

En la iglesia de los franciscanos está la tumba de la beata Aniela Salawa, una sencilla sirvienta. La beatifiqué en Cracovia, el 13 de agosto de 1991. Su vida es la prueba de que el trabajo de una sirvienta, realizado con espíritu de fe y de sacrificio, puede llevar a la santidad. Con frecuencia visitaba su tumba.

Considero a estos santos de Cracovia mis protectores. Podría repetir de memoria su larga lista: san Estanislao, santa Edvige Reina, san Juan de Kety, san Casimiro, hijo del rey, y tantos otros. Pienso en ellos y les pido por mi nación...

Los mártires son también modelos de amor: como, por ejemplo, el obispo Michal Kozal, consagrado obispo el 15 de agosto de 1939, dos semanas antes de estallar la guerra. No abandonó a su grey durante el conflicto, aunque fuera previsible el precio que tendría que pagar por eso. Perdió la vida en el campo de concentración de Dachau, donde fue ejemplo y apoyo para los sacerdotes prisioneros como él.

En 1999 tuve el gozo de beatificar a 108 mártires, víctimas de los nazis, entre los que había tres obispos: el arzobispo Antoni Julian Nowowiejski, Ordinario de Plock; su auxiliar, monseñor Leon Wetmanski; y monseñor Wladyslaw Goral, de Lublin. Con ellos fueron elevados a la gloria de los altares sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos. Es significativa esta unión en la fe, en el amor y en el martirio entre pastores y la grey, reunidos en torno a la cruz de Cristo.

Un modelo muy conocido de sacrificio de amor en el martirio es san Maximiliano Kolbe. Dio su vida en el campo de concentración de Auschwitz, ofreciéndose por otro prisionero al que no conocía, un padre de familia¹¹⁸.

ANÉCDOTAS

Juan Pablo II era un hombre sencillo y alegre, y por eso, con gran sentido del humor, procuraba que todos se sintieran bien en su presencia y, eventualmente, rieran con gusto. Veamos algunas anécdotas.

Siendo cardenal, durante un Sínodo en Roma, viendo que ningún cardenal italiano practicaba el esquí, dijo: *En Polonia el 40% de los cardenales hacen esquí. Le contestaron: ¿Por qué el 40% si sólo son dos? Respondió: Porque el Primado Wyszynski vale por el 60%?*¹¹⁹

En su primera conferencia de prensa como Papa, un periodista le preguntó si seguiría haciendo esquí. Y respondió maliciosamente: *Si me lo permiten. ¿Podrá vivir encerrado en el Vaticano? Ya he resistido cinco días¹²⁰, fue su respuesta.*

En octubre de 1979, en su visita a Estados Unidos, se reunieron en el Madison Square Garden de Nueva York miles de jóvenes. Él les dijo: *Cantar es una manera de estar juntos, de comunicarse, de saltar las barreras de los idiomas.*

Todos gritaban: *We love you* (Nosotros te queremos).

- Y él sonriente replicaba: *Perhaps I love you more* (Quizás yo los quiero más).

¹¹⁸ *¡Levantaos! ¡Vamos!*, pp. 166-169.

¹¹⁹ Daniel-Ange, o.c., p. 70.

¹²⁰ *Ibidem*.

En un momento dado falló el sonido y, al repararse la falla, les dijo con humor: *Vaya, veo que también en América falla la técnica de vez en cuando.*

Uno gritó: *No se olvide de la Iglesia del silencio.* Y respondió: *Ya no hay Iglesia del silencio, porque habla por mi voz*¹²¹.

Ante las críticas por la construcción de una piscina donada por los polacos norteamericanos, manifestó con humor: *Costará menos que un nuevo cónclave.*

Un día el padre Claudio Sorge, director de la revista católica *La civiltà cattolica*, le dijo: *Santo Padre, usted conoce el amor y obediencia de los jesuitas al Papa. Si me dice que debo cambiar, estoy decidido a cambiar 360 grados.* Y el Papa con humor le contestó: *Me parece demasiado, porque si usted cambia 360 grados va a quedar como estaba antes.*

Cuenta el portavoz de la Santa Sede, Navarro Valls, que, al llegar a un país africano, le dijeron que no iba a ser recibido por el rey, sino por la reina madre. El Papa preguntó:

- *La reina madre, ¿es la madre del rey?*
- *No, Santidad, es la mujer número 14 de su padre; y él es el hijo de la mujer número veinticinco.*
- *Vaya, respondió, aquí están todavía en el Antiguo Testamento*¹²².

Un día el Papa dice en una audiencia que deberá ir de viaje al extranjero dentro de pocos días. Empiezan los aplausos que parecen no acabar. Y él con humor les dice: *Parece que quieren que me vaya ya...*

Después de una caída en la que se rompió el fémur, le preguntaron los periodistas si no pensaba en renunciar. Y él respondió: *Que me haya caído no quiere decir que esté decaído*¹²³.

Con sentido del humor decía: *Después del Vaticano y de Castelgandolfo, el Vaticano III es el hospital Gemelli, donde mi enfermedad me está llevando en muchas ocasiones.*

¹²¹ Ferrer Eusebio, o.c., pp. 199-200.

¹²² Ferrer Eusebio, o.c., p. 204.

¹²³ Velasco Miguel Ángel, p. 195.

En 1991 celebró en la basílica de San Pedro una función ecuménica para conmemorar el seiscientos aniversario de la canonización de santa Brígida de Suecia. Asistieron los primados luteranos de Suecia y Finlandia. Al día siguiente, durante la comida, uno de ellos le preguntó si el hecho de haberlos tenido a su lado en el altar no podría entenderse como un reconocimiento de la validez apostólica de sus ordenaciones episcopales. Y el Santo Padre respondió: *¿Y no podría ser al contrario, que los dos arzobispos, estando a mi lado, hayan reconocido mi Primado?*

En febrero de 1981 hizo el viaje al Japón. Al segundo día, un animador de televisión, que dirigía un programa musical, le dijo: *Le invito a mi programa mañana por la noche. Es el más visto por todos los japoneses.* El Papa, sonriendo, aceptó y dijo: *Vamos a cantar.* E hizo cambiar su agenda. Al llegar al programa, una cantante tuvo la cortesía de cantar una canción suya para recibirlo. Muy emocionado, siguió el ritmo con la mano. Luego aprovechó para hablar sencillamente sobre quién era Jesús para él. Millones de japoneses se conmovieron por su sencillez y su corazón de niño. Fueron numerosos lo que luego pidieron el bautismo. Había hecho más en un programa de televisión que muchos misioneros durante años.

Su gran amigo el judío Jerzy Kluger refiere: *A los pocos días de ser elegido Papa, me invitó a una audiencia. Acudí con mi esposa, mi hija y mi nieta. Hoy mi nieta es ejecutiva financiera; se formó en Londres, pero trabaja en París. En aquellos días tenía unos siete años y, al término de la audiencia, la niña me dijo: “Abuelo, cuando el Papa entró se sentó en un sillón y dos “obispos” arreglaron sus ropas para que todo estuviera en orden, pero cuando te vio a ti, se incorporó rápidamente para darte un abrazo y echó a perder todo el trabajo de los “obispos”.*

*Luego pasamos a una salita y nos fotografiamos (señalaba la fotografía que cuelga de su mesa del despacho de Roma). A partir de aquel día me invitaba muchas veces a cenar con él y siempre me acompañaba mi esposa Renée y mi nieta, cuando estaba en Roma. Tenía que hacer un gran esfuerzo para darme cuenta de que mi amigo Karol era el Papa*¹²⁴.

Stanislaw Grygiel, que fue alumno de Karol en la Universidad de Lublin y a quien el Papa nombró vicerrector del *Pontificio Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia*, de la Pontificia universidad Lateranense, cuenta que en el verano de 1979 fue a visitar al Papa a Castelgandolfo. Fue con su esposa Ludmila y su hija Mónica de 9 años. Después

¹²⁴ Ferrer Eusebio, o.c., pp. 172-173.

del almuerzo, para distraer a la niña de la conversación de *personas mayores*, le dijo:

- *Ven, voy a mostrarte mi casa.*

Quedé sorprendido, porque nunca lo había hecho conmigo. Al terminar el recorrido, le preguntó en el comedor:

- *¿Cómo me encuentras en esta casa?*
- *Que vives como un rey, pero sigues siendo el mismo tío Karol* ¹²⁵.

HECHOS DE VIDA

En el estadio de São Paulo en Brasil, el 5 de junio de 1980, saluda al Papa un sindicalista que había sido torturado y encarcelado por el gobierno dictatorial de derecha. El sindicalista llama a Wojtyla *Querido compañero* y denuncia la situación de opresión de los obreros. El Papa abraza al sindicalista y el estadio estalla en un grito insólito: *Juan Pablo es nuestro rey.*

El Papa visita Cerdeña el 8 de octubre de 1985 y baja a una mina donde habla con los mineros, diciendo que en el siglo III San Ponciano, décimo octavo de los pontífices romanos, fue condenado al trabajo en las minas y enviado a esa isla por la única culpa de ser cristiano. Y él recuerda también sus tiempos jóvenes como obrero en una cantera de piedra cerca de Cracovia. Les dice: *Trabajé en la piedra, pero no debajo de la piedra.*

La Providencia quiso que cierto período de mi vida hiciera la experiencia dura del trabajo en las canteras. Por eso, he podido darme cuenta de cuáles dificultades comporta este trabajo. No basta la fuerza; se necesita también destreza, dominio de los nervios, prontitud de reflejos, valor y valentía. No basta saber maniobrar las maquinarias; hay que tener familiaridad con la montaña que se está excavando, conocer sus secretos y también las insidias que esconde. Sobre todo se necesitan sólidas dotes morales para aguantar el cansancio de una jornada pasada manejando martillos neumáticos, mazos y cinceles. Luego hay también imprevistos e incidentes que en pocos instantes pueden transformar el ambiente de trabajo en escenario de tragedia; también de esto tengo experiencia, y son acontecimientos que quedan grabados en el alma para toda la vida ¹²⁶.

¹²⁵ Ferrer Eusebio, o.c., p. 185.

¹²⁶ Discurso a los trabajadores de las canteras de mármol de Carrara, el 15 de marzo de 1980.

El 9 de julio de 1987 llegó el Papa a la casa de montaña de Luigi Vecellio, ya jubilado. Luigi le ofreció una naranjada. Allí estuvieron unos minutos conversando, y le prestó al Papa unas botas montañeras. Y Luigi decía: *Cuando vi al Papa ponerse mis botas feliz, estuve llorando tres noches seguidas. Mi esposa le preparó una tortilla y luego le regalamos una bella Madonnina (Virgencita) tallada por mí en madera.*

Los dos ancianos guardan en su casa como un tesoro el vaso donde el Papa tomó la naranjada, y una foto grande, donde están todos ellos y el Papa en medio ¹²⁷.

El 14 de diciembre de 1978 Juan Pablo II visitó una parroquia de la periferia de Roma, y allí quiso visitar la maternidad de San Feliciano. Una señora, Ana María de Fusco, que había dado a luz a pesar de una aguda insuficiencia renal, considerando que esto había sido un milagro y, cuando el Papa se le acercó, le pidió que bautizara a su hija recién nacida. El Papa ni lo dudó y respondió: *En cuanto usted pueda.* Y allí mismo, en la maternidad, el Papa bautizó a la niña unos días después, poniéndole por nombre Fabiana.

El señor Giuseppe Janni era barrendero del ayuntamiento de Roma. El 6 de enero de 1979, el Papa se acercó a admirar el belén que había montado con un grupo de amigos en su parroquia, como lo hacían cada año. Y, mientras hablaba con él, se le acercó su hija Victoria y le habló de que se iba a casar y le pidió si podía casarla. El Papa tampoco lo dudó, y el 25 de febrero de 1979, en la capilla Paulina del Vaticano, casó a Victoria y Mario Maltese ¹²⁸.

En el avión de las Líneas Aéreas Paraguayas que llevaba al Papa de Asunción a Esgarribia, una pequeña ciudad del Chaco paraguayo, había una azafata embarazada. Se acercó al Papa y le pidió una bendición para su hijo que iba a nacer. Antes de que el Papa la bendijera, ella tomó la mano del Papa y se la colocó sobre el vientre. El Papa sonrió, la bendijo y después le dijo: *Lo llame Juan* ¹²⁹.

Una vez se cruzó en un pasillo del Vaticano con un guardia suizo. Le preguntó acerca de su vida. El guardia le contó que estaba de novio y se iba a casar. Inmediatamente el Papa le propuso celebrar su matrimonio, que efectivamente se realizó en la capilla Sixtina ¹³⁰.

¹²⁷ Velasco Miguel Ángel, pp. 122-123.

¹²⁸ Velasco Miguel Ángel, pp. 75-76.

¹²⁹ 15 de mayo de 1988.

¹³⁰ Daniel-Ange, o.c., p. 45.

En su primer viaje a París en 1980, un borracho se pone a gritarle disparates. La policía va a detenerlo, pero Juan Pablo es más rápido. Se acerca al hombre y lo besa, ante el estupor de todos. Para él aquel hombre es también un hijo de Dios y un hijo que Dios le encomienda a su cuidado ¹³¹.

Un día, un niño italiano, Giorgio Galante, iba a darle la bienvenida en nombre de su parroquia, pero por los nervios rompió a llorar. Entonces el Papa comentó: *Nunca olvidaré las lágrimas de un niño que me ha dado la bienvenida.*

El 3 de julio de 1995, en su visita a Eslovaquia, el Papa se hace llevar a ver sus queridos montes Tatra y allí recuerda la anécdota que le ocurrió en 1976, siendo cardenal. Se fue un día a esquiar y, sin darse cuenta, atravesó la parte polaca y se metió en Checoslovaquia. Detenido por la policía checa, les explicó que era cardenal y arzobispo de Cracovia, pero no le creyeron, sino después de muchos controles y llamadas por teléfono.

El 7 de octubre de 1995, en el Central Park de Nueva York asistieron más de doscientos mil personas a la misa del Papa. Había un potente coro de 225 voces. Al final de la misa, les dice: *Recuerdo una canción que acostumbraba a cantar en Polonia, cuando era joven y todavía ahora la canto como Papa. Y comenzó él solo a cantar en polaco la famosa canción: Noche de paz. Y el coro continuó el canto *Stille Nacht* en alemán.*

Joaquín Navarro Valls, el siquiatra español que durante muchos años fue el portavoz de la Santa Sede, fue entrevistado por la RAI el 21 de enero del 2006. Dijo: *El recuerdo más bello y emotivo que llevo en mi corazón está ligado a un hecho personal: la muerte de mi padre. Había regresado a mi casa para los funerales y la misma mañana de las exequias, a las ocho de la mañana, mi celular sonó. Era el Papa que me llamaba para darme sus condolencias y preguntarme por la salud de mi mamá. Todavía hoy me asombro. Un pontífice, con tantos trabajos, se había acordado de mi pobre papá. Creo que esto también es un signo de santidad: estar en comunión con todos, incluyendo al último de sus colaboradores y de los fieles en la vida cotidiana* ¹³².

A principios de la década del 90, dos jóvenes americanos, colaboradores de Trinidad Alberti (ex-secretaria de Soljenitsyn) en la estación de radio que ella había fundado en Moscú, están de paso por Roma. Van a la audiencia de los miércoles y encuentran por la calle cerca del Vaticano a un mendigo. Ellos le dicen que no pueden darle gran cosa, pero que le pedirán al Papa que rece por él. Él responde:

¹³¹ Daniel-Ange, o.c., p. 78.

¹³² Daniel-Ange, o.c., p. 44.

- Decidle que soy un sacerdote que abandonó el ministerio y ahora soy un desgraciado.

Van a la audiencia y, estando en primera fila, piden hablarle al Papa brevemente. El Papa les dice: *Traédmelo esta tarde*. Lo buscan y le dicen que el Papa desea verlo. Los americanos lo alientan y él, después de una buena limpieza, se presenta con ellos en la puerta de bronce. Hacen llamar a monseñor Stanislaw, el secretario del Papa, y confirma que son esperados.

Los llevan a un pequeño salón y hacen pasar al sacerdote ante el Papa. Luego de un buen rato, vuelve a reunirse con ellos, pero está muy conmovido. Les dice que el Papa, luego de haberlo abrazado, cayó de rodillas ante él y le dijo: *Eres sacerdote por toda la eternidad. Te devuelvo tus poderes de confesar. Confiésame, dame el perdón de Jesús*. El sacerdote regresó a la Iglesia y ahora se encuentra en un monasterio ¹³³.

ESTADÍSTICA

Después de san Pedro, que se considera gobernó la Iglesia durante 35 años, y de Pío IX que lo hizo durante 31, Juan Pablo II fue el Papa con mayor duración, con 26 años y medio. Hizo 104 viajes internacionales, visitando 133 países; y 146 viajes dentro de Italia. Recorrió un millón trescientos mil kilómetros, casi 29 veces la vuelta a la Tierra y tres veces la distancia de la Tierra a la Luna. Pasó más de dos años y tres meses fuera del Vaticano. En Roma visitó 301 de las 325 parroquias. Nombró 232 cardenales y organizó 15 Sínodos de obispos.

Fue el primer Papa en visitar una sinagoga, la de Roma, en abril de 1986. Fue el primero en entrar en una mezquita, la gran mezquita de Damasco, capital de Siria, en mayo del 2001, y también en entrar en una iglesia luterana, en Roma, el 11 de diciembre de 1983. Fue asimismo el primero en dar conferencias a la prensa en aviones. Fue el primer Papa en ser internado en un hospital fuera del Vaticano. Tuvo nueve operaciones y le quitaron dos metros y medio de intestino.

Al principio de su pontificado, la Santa Sede tenía relaciones diplomáticas con 80 países; al terminar, las tenía con 174. Reformó el Código de derecho canónico y el Código para las Iglesias orientales. Reorganizó la Curia romana y publicó el *Catecismo de la Iglesia católica*¹³⁴ en 1992 y 1997. También publicó

¹³³ Daniel-Ange, o.c., p. 80.

¹³⁴ Edición típica latina.

17 encíclicas, 14 exhortaciones apostólicas, 11 constituciones apostólicas, 44 cartas apostólicas y 6 libros personales.

El año 2002 añadió los misterios luminosos a los misterios del rosario. Dio más de 20.000 discursos y beatificó a 1.342 personas, canonizando a 482: más que todos los Papas anteriores juntos.

Tuvo más de 1.200 audiencias generales los miércoles. Recibió unos veinte millones de fieles de todo el mundo. Fundó las Jornadas Mundiales de la Juventud.

Además, confesaba de vez en cuando, especialmente el Viernes Santo, en el Vaticano. Bautizó 1.400 niños y celebró matrimonios en ciertas ocasiones.

Todos coinciden en que no era político, sino pastor. Conservador en cuanto a la moral sexual y progresista en cuestiones sociales. Amigo de los pobres y combatiente antimarxista. Deportivo y anticonformista. Siempre con su sotana, amante de la piedad popular, gran intelectual, pero sencillo en sus palabras. Desde el principio, excluyó de sus discursos el *Nos* mayestático. Fue un gran Papa, humano y cercano. Un santo.

BEATIFICACIÓN

El 1º de mayo del año 2011 Juan Pablo II fue beatificado en Roma por el Papa Benedicto XVI ante una multitud de dos millones de fieles. El milagro aprobado para su beatificación fue el de la religiosa francesa, de la congregación Pequeñas Hermanas de la Maternidad, sor Marie Simon Pierre, que padecía la enfermedad de Parkinson, la misma que había padecido el Papa. Ella lo refiere así: *En junio de 2001 me diagnosticaron que padecía el mal de parkinson. La enfermedad había afectado toda la parte izquierda de mi cuerpo, creándome graves dificultades, pues soy zurda. Después de tres años siguió un agravamiento de los síntomas: acentuación de los temblores, rigidez, dolores, insomnio...*

Desde el 2 de abril de 2005 empecé a empeorar de semana en semana, desmejoraba de día en día. No era capaz de escribir con la mano izquierda y, si lo intentaba, escribía de modo ininteligible. Para llevar a cabo mi trabajo en un hospital, empleaba más tiempo del normal. Estaba agotada.

El 13 de mayo de 2005, el Papa Benedicto XVI anunció la dispensa especial para iniciar la causa de beatificación de Juan Pablo II. A partir del día siguiente las hermanas de todas las comunidades francesas y africanas

empezaron a pedir mi curación por intercesión de Juan Pablo II. Hasta que les llegó la noticia de mi curación.

El 1 de junio luchaba por mantenerme de pie y caminar. El día 2, a las nueve de la noche, pasé por mi despacho antes de ir a mi habitación. Sentía deseos de tomar la pluma y escribir, algo así como si alguien en mi interior me dijese: “Toma la pluma y escribe”. Eran las nueve y media y con gran sorpresa vi que la letra era claramente legible. Sin comprender nada, me acosté. Me desperté a las 4:30, sorprendida de haber podido dormir y, de un salto, me levanté de la cama: mi cuerpo ya no estaba insensible y rígido. Después sentí un fuerte impulso de ir a rezar ante el Santísimo Sacramento. Bajé al oratorio y recé experimentando una paz profunda y una sensación de bienestar. Una experiencia demasiado grande, un misterio difícil de explicar con palabras.

El 7 de junio, como estaba previsto, fui al neurólogo, mi médico desde hacía cuatro años. También él quedó sorprendido al constatar la desaparición de todos los síntomas de la enfermedad, a pesar de haber interrumpido el tratamiento cinco días antes... Hoy puedo decir que un amigo dejó nuestra tierra, pero está ahora mucho más cerca de mi corazón. Hizo crecer en mí el deseo de la adoración al Santísimo Sacramento y el amor a la Eucaristía, que ocupan un puesto prioritario en mi vida cotidiana. Lo que el Señor me concedió por intercesión de Juan Pablo II es un gran misterio, pero nada hay imposible para Dios. “Si crees, —dijo Jesús—, verás la gloria de Dios”¹³⁵.

En el momento de la curación, la hermana tenía 44 años. Su caso fue sometido a investigación por la Comisión Médica Vaticana y aceptado como inexplicable para la ciencia.

¹³⁵ www.aica.org

CRONOLOGÍA

- 1920.-** *18 de mayo:* Karol Josef Wojtyla nace en Wadowice. Padres: Karol Wojtyla y Emilia Kaczorowska.
- 1929.-** *13 de abril:* muere su madre, Emilia Kaczorowska.
- 1932.-** *5 de diciembre:* muere de escarlatina el hermano Edmundo, médico, a los veintiséis años de edad.
- 1938.-** *Agosto:* se traslada con su padre a Cracovia y se inscribe en la Facultad de Letras.
- 1941.-** *18 de febrero:* su padre muere de un infarto. Karol queda solo.
Marzo: empieza a trabajar como obrero en las canteras de piedra de Zakrzówek. Con su amigo Kotlarczyk funda el Teatro Rapsódico de Cracovia.
- 1942.-** *Octubre:* empieza a frecuentar los cursos clandestinos de la Facultad de Teología de la Universidad Jagellónica. Es trasladado de la cantera a la fábrica *Solvay*.
- 1944.-** *29 de febrero:* atropellado por un camión militar alemán, es llevado al hospital.
Agosto: el arzobispo Sapieha organiza un Seminario clandestino en su residencia: Wojtyla es uno de los alumnos.
- 1946.-** *1° de noviembre:* es ordenado sacerdote. Viaja a Roma para continuar los estudios.
- 1948.-** *14 de junio:* se gradúa en Roma con una tesis sobre *la doctrina de la fe según san Juan de la Cruz* y regresa a Polonia.
8 de julio: va como coadjutor a la parroquia de Niegowic.
- 1949.-** *Agosto:* regresa a Cracovia como coadjutor de la parroquia de San Florián.

- 1953.-** *1º de diciembre:* consigue la habilitación para la docencia en la Universidad Jagellónica con una tesis sobre Max Scheler.
- 1956.-** *1º de diciembre:* es nombrado profesor de ética en la Universidad católica de Lublin.
- 1958.-** *4 de Julio:* es elegido obispo auxiliar de Cracovia.
- 1960.-** Publica el ensayo *Amor y responsabilidad* y el drama *El taller del orfebre*.
- 1962.-** *Octubre:* se encuentra en Roma para el concilio Vaticano II. No faltará a ninguna sesión plenaria, durante las cuatro sesiones.
- 1964.-** *18 de enero:* es nombrado arzobispo de Cracovia.
- 1967.-** *28 de junio:* es creado cardenal.
- 1969.-** *28 de febrero:* visita la sinagoga del barrio Kasimierz de Cracovia.
11 al 28 de octubre: participa por primera vez en el Sínodo de los obispos.
Diciembre: publica el ensayo *Persona y acto*.
- 1971.-** *5 de octubre:* es elegido en el consejo de la secretaría general del Sínodo de los obispos: será reelegido en 1974 y 1977.
- 1972.-** *8 de mayo:* abre el Sínodo de la arquidiócesis de Cracovia. Publica el libro *En las fuentes de la renovación. Estudio sobre la actuación del Concilio Vaticano II*.
- 1974.-** *27 de setiembre al 26 de octubre:* es relator en el Sínodo de los obispos sobre la evangelización.
- 1976.-** *Marzo:* predica los Ejercicios Espirituales de Cuaresma en el Vaticano
- 1978.-** *19 al 25 de setiembre:* con una delegación del episcopado polaco, visita la República Federal de Alemania.
16 de octubre: es elegido Papa.
22 de octubre: celebra la solemne misa en la plaza de San Pedro para el comienzo de su Pontificado.
- 1979.-** *25 de enero al 1º de febrero:* realiza su primer viaje fuera de Italia: República Dominicana, México, Bahamas. El 28 de enero inaugura en

Puebla la III Conferencia General del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM).

15 de marzo: publica la encíclica *Redemptor hominis*, la primera del pontificado, en la que anuncia su programa.

28 de abril: nombra al arzobispo Agustín Cassaroli, secretario de Estado.

2 al 10 de junio: viaja a Polonia.

29 de septiembre al 8 de octubre: viaja a Irlanda y a los Estados Unidos.

2 de octubre: habla ante la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York.

10 de noviembre: anuncia la *revisión* del caso Galileo.

28 al 30 de noviembre: viaja a Turquía y se encuentra con el Patriarca ecuménico de Constantinopla, Dimitrios I.

1980.- *2 al 12 de mayo:* viaje a África: Zaire, Congo, Kenya, Alto Volta (desde 1984 Burkina Faso), Costa de Marfil.

30 de mayo al 2 de junio: viaje a Francia.

30 de junio al 12 de Julio: viaje a Brasil.

15 al 19 de noviembre: viaje a la República Federal de Alemania.

30 de diciembre: proclama a los santos Cirilo y Metodio copatronos de Europa con San Benito.

1981.- *16-27 de febrero:* viaje a Asia: Pakistán, Filipinas, Guam (USA), Japón, Anchorage (USA).

13 de mayo: sufre un grande atentado en la plaza de San Pedro, con dos sucesivas hospitalizaciones en el policlínico Gemelli, que deja definitivamente el 14 de agosto.

1982.- *12 al 19 de febrero:* segundo viaje a África y décimo fuera de Italia: Nigeria, Benín, Gabón, Guinea Ecuatorial.

12 al 15 de mayo: viaje a Portugal, en el aniversario del atentado.

28 de mayo al 2 de junio: viaje a Gran Bretaña. El 29 de mayo encuentra en Canterbury al Primado anglicano Runcie.

10 al 13 de junio: viaje a Buenos Aires.

15 de junio: viaje a Ginebra para visitar las Instituciones internacionales.

29 de agosto: visita la República de San Marino.

31 de octubre al 9 de noviembre: viaje a España.

1983.- *26 de enero:* promulga el nuevo Código de Derecho Canónico.

2 al 10 de marzo: viaje a Centroamérica: Costa Rica, Nicaragua, Panamá, El Salvador, Guatemala, Honduras, BÉlice, Haití.

25 de marzo: abre el Año Santo de la Redención, que clausurará el 22 de abril de 1984.

16 al 25 de junio: segundo viaje a Polonia, en donde está en vigor la ley marcial proclamada en diciembre de 1981.

14 al 15 de junio: peregrinación a Lourdes (segundo viaje a Francia).

10 al 13 de septiembre: viaje a Austria (vigésimo fuera de Italia).

11 de diciembre: visita la Iglesia luterana de Roma.

27 de diciembre: visita a Alí Agca en la cárcel de Rebibbia.

2 al 12 de mayo: viaje a Asia y Oceanía: Fairbanks (USA), Corea del Sur, Papúa Nueva Guinea, Islas Salomón, Tailandia. En Seúl (Corea del Sur) canoniza a ciento tres mártires coreanos.

12 al 17 de junio: viaje a Suiza. El 12 de junio en Ginebra se encuentra con el Consejo Ecuménico de las Iglesias.

9 al 21 de setiembre: viaje a Canadá.

10 al 13 de octubre: viaje por la ruta de Colón en vista del quinto centenario del descubrimiento de América. (España, República Dominicana, San Juan de Puerto Rico).

1985.- *20 de enero al 6 de febrero:* viaje a América Latina: Venezuela, Ecuador, Perú, Trinidad y Tobago.

11 al 21 de mayo: viaje a Holanda, Bélgica y Luxemburgo.

8 al 19 de agosto: viaje a África: Togo, Costa de Marfil, Camerún, República Centroafricana, Zaire, Kenya, Marruecos. El 19 de agosto en Casablanca habla a 50 mil jóvenes islámicos.

8 de septiembre: viaja a Liechtenstein.

1986.- *31 de enero al 11 de febrero:* viaje a India. El 4 de febrero se encuentra en Calcuta con la Madre Teresa.

13 de abril: visita la sinagoga de Roma.

1 al 8 de julio: Trigésimo viaje fuera de Italia: Colombia y Santa Lucía.

4 al 7 de octubre: tercer viaje a Francia.

27 de octubre: preside en Asís la Jornada de oración por la paz en el mundo, con los representantes de las Iglesias cristianas y de las religiones mundiales.

18 de noviembre al 1° de diciembre: viaje a Asia y Oceanía: Bangladesh, Singapur, Islas Fiji, Nueva Zelanda, Australia, Seychelles.

1987.- *31 de marzo al 13 de abril:* viaje a Sudamérica. Uruguay, Chile, Argentina. El 12 de abril en Buenos Aires clausura la Jornada Mundial de la Juventud, primera que se celebra fuera de Roma.

30 de abril al 4 de mayo: segundo viaje a la República Federal de Alemania.

6 de junio: abre en la plaza de San Pedro el Año mariano.

8 al 14 de junio: tercer viaje a Polonia.

10 al 21 de septiembre: segundo viaje a Estados Unidos.

- 1988.-** *7 al 19 de mayo:* viaje a Sudamérica: Uruguay, Bolivia, Perú, Paraguay.
23 de junio: segundo viaje a Austria.
10 al 19 de septiembre: viaje a África: Zimbabwe, Botswana, Lesotho, Swazilandia, Mozambique.
8 al 11 de octubre: cuarto viaje a Francia y cuadragésimo fuera de Italia.
- 1989.-** *28 de abril al 6 de mayo:* viaje a África: Madagascar, Reunión, Zambia, Malawi.
1º al 10 de junio: viaje a Escandinavia, Noruega, Islandia, Finlandia, Dinamarca, Suecia.
19 al 21 de agosto: tercer viaje a España para la conclusión en Santiago de Compostela de la Jornada Mundial de la Juventud.
6 al 16 de octubre: viaje a Asia: Corea del Sur, Indonesia, Mauricio.
- 1990.-** *25 de enero al 1º de febrero:* viaje a África: Cabo Verde, Guinea Bissau, Mali, Burkina Faso, Chad.
21 al 22 de abril: viaje a Checoslovaquia: el primero a un país ex-comunista.
6 al 14 de mayo: segundo viaje a México y décimo a América Latina.
25 al 27 de mayo: viaje a Malta.
1 al 10 de septiembre.- Viaje a África: Tanzania, Burundi, Rwanda, Costa de Marfil.
- 1991.-** *13 de abril:* nombra obispos para los católicos que viven en los territorios de la ex-Unión Soviética, suscitando la protesta del patriarcado de Moscú.
10 al 13 de mayo: segundo viaje a Portugal (quincuagésimo fuera de Italia) y segunda peregrinación a Fátima, en el decimo aniversario del atentado.
1 al 9 de junio: cuarto viaje a Polonia, primero después del fin del régimen comunista.
13 al 20 de agosto: viaje a Polonia (Jornada Mundial de la Juventud en Czestochowa) y Hungría. Desde Hungría declara su solidaridad a Gorbachov, objeto de un golpe de Estado militar en Moscú.
12 al 21 de octubre: segundo viaje a Brasil.
- 1992.-** *19 al 26 de febrero:* viaje a África: Senegal, Gambia, Guinea. En la isla de Gorée (Senegal, 22 de febrero) visita la Casa de los esclavos y pide perdón por la trata de los negros.
4 al 10 de junio: viaje a Angola, Santo Tomé y Príncipe.
12 de Julio al 28 de julio: tercera hospitalización en el Gemelli, para la extracción de un tumor en el colon.

9 al 14 de octubre: viaje a la República Dominicana por el quinto centenario de la evangelización de América.
31 de octubre: conclusión de la *revisión* del caso Galileo con el *leal reconocimiento* de injusticias sufridas por el científico.
7 de diciembre, presentación del nuevo Catecismo de la Iglesia Católica.

1993.- 9 al 10 de enero: Jornada de ayuno y de oración en Asís por la paz en los Balcanes, con cristianos, hebreos y musulmanes.

3 al 10 de febrero: décimo viaje a África: Benin, Uganda, Sudán. En Khartoum pide al régimen islámico sudanés el respeto de la libertad religiosa.

25 de abril: viaje a Albania.

8 al 10 de mayo: viaje a Sicilia (es el 109 en Italia). Desde Agrigento el 9 de mayo dirige una exhortación a los jefes de la mafia.

12 al 17 de junio: cuarto viaje a España.

9 al 16 de agosto: sexagésimo viaje internacional: Jamaica, Mérida (México) y Denver (USA), en donde clausura la Jornada Mundial de la Juventud, cuarta fuera de Roma.

4 al 10 de setiembre: viaje a los países Bálticos: Lituania, Letonia, Estonia.

1994.- 29 de abril al 27 de mayo: sexta hospitalización en el Gemelli para el implante de una prótesis en el fémur derecho, por una caída en el baño del apartamento privado.

30 de mayo: con una carta apostólica *sobre la ordenación sacerdotal que debe reservarse sólo a los hombres* afirma que esta *sentencia* debe mantenerse como *definitiva*.

10 al 11 de setiembre: viaje a Zagreb, después de la anulación por razones de seguridad del viaje a Sarajevo anunciado para el 8 de setiembre.

1995.- 11 al 21 de enero: viaje a Asia y Oceanía: Filipinas, Papúa Nueva Guinea, Australia, Sri Lanka. En Manila celebra la quinta Jornada Mundial de la Juventud fuera de Roma.

31 de marzo: publica la encíclica *Evangelium vitae*, sobre el valor de la vida.

20 al 22 de mayo: viaje a la República Checa y a Polonia.

3 al 4 de junio: segundo viaje a Bélgica.

27 al 29 de junio, recibe en el Vaticano al Patriarca de Constantinopla Bartolomé.

30 de junio al 3 de julio: viaje a Eslovaquia.

14 al 20 de setiembre: viaje a África para la entrega de la exhortación postsinodal *Ecclesia in África*: Camerún, República Sudafricana, Kenya.

4 al 9 de octubre: cuarto viaje a Estados Unidos, en donde habla por segunda vez en la Asamblea General de la ONU.

1996.- 5 al 12 de febrero: viaje a América: Guatemala, Nicaragua, El Salvador, Venezuela.

14 de abril: viaje a Túnez.

17 al 18 de mayo: viaje a Eslovenia.

21 al 23 de junio: tercer viaje a Alemania, que termina con una visita a Berlín.

6 al 7 de setiembre: segundo viaje a Hungría.

19 al 22 de septiembre: quinto viaje a Francia.

6 al 15 de octubre: octava hospitalización en el Gemelli para una operación de apendicectomía.

1997.- 12 al 13 de abril: viaje a Sarajevo.

25 al 27 de abril: viaje a la República Checa.

10 al 11 de mayo: viaje al Líbano.

31 de mayo al 10 de junio: séptimo viaje a Polonia.

21 al 24 de agosto: sexto viaje a Francia. Conclusión en París de la sexta Jornada Mundial de la Juventud fuera de Roma.

2 al 6 de octubre: viaje a Río de Janeiro, octavo fuera de Italia y tercero a Brasil.

1998.- 21 al 26 de enero: viaje a Cuba.

16 de marzo: acompaña con una carta la publicación, de parte de la Comisión para las relaciones con el hebraísmo, del documento *Nosotros recordamos: una reflexión sobre la Shoah*.

21 al 23 de marzo: segundo viaje a Nigeria.

19 al 21 de junio: tercer viaje a Austria.

2 al 4 de octubre: segundo viaje a Croacia.

1999.- 22 al 28 de enero: cuarto viaje a México (para la entrega — en Ciudad de México— de la exhortación postsinodal *Ecclesia in América*) y séptimo a los Estados Unidos (San Luis).

7 al 9 de mayo: viaje a Rumania.

5 al 17 de junio: octavo viaje a Polonia.

19 de septiembre: segundo viaje a Eslovenia.

1° de octubre: proclama a las santas Brígida de Suecia, Catalina de Siena y Edith Stein copatronas de Europa.

5 al 9 de noviembre: segundo viaje a India (Nueva Delhi, para la entrega de la exhortación postsinodal *Ecclesia in Asia*) y a Georgia.

24 de diciembre: abre la puerta santa de San Pedro y da comienzo al Gran Jubileo.

- 2000.-** 18 de enero: apertura *ecuménica* de la puerta santa de San Pablo Extramuros.
 24 al 26 de febrero: peregrinación jubilar al monte Sinaí (Egipto).
 12 de marzo: celebración en San Pedro de la Jornada del perdón.
 20 al 26 de marzo: peregrinación jubilar a Tierra Santa: Jordania, Territorios autónomos palestinos, Israel.
 7 de mayo: en el Coliseo, conmemoración ecuménica de los testimonios martiriales de la fe del siglo XX.
 12 al 13 de mayo: tercer viaje a Portugal y Fátima. Beatificación de Francisco y Jacinta Marto y anuncio de que será publicada la *tercera parte del secreto de Fátima* (26 de junio).
 13 de junio: expresa satisfacción por el indulto concedido —en el año jubilar— por el presidente de la República italiana a Alií Agca.
 9 de julio: celebra en la cárcel romana *Regina coeli* el jubileo de los presos y pide para ellos un *signo de clemencia*.
 15 al 20 de agosto: séptima Jornada Mundial de la Juventud: vigilia con dos millones de jóvenes en Tor Vergata (Roma).
- 2001.-** 6 de enero: cierra la puerta santa de San Pedro y firma la carta apostólica *Novo millennio ineunte*.
 4 al 9 de mayo: realiza una peregrinación jubilar a Grecia, Siria y Malta “*Por las huellas del apóstol Pablo*”.
 23 al 27 de junio: viaje a Ucrania.
 22 al 27 de setiembre: viaje a Kazajistán y Armenia.
 18 de noviembre: dos meses después de los atentados del 11 de setiembre, invita a los católicos a un día de ayuno por la paz (14 de diciembre de 2001), como señal de solidaridad con los creyentes musulmanes, y anuncia una nueva Jornada de oración por la paz en el mundo, que se celebrará en Asís el 24 de enero de 2002.
- 2002.-** 24 de enero: Jornada de oración por la paz en el mundo, celebrada en Asís, con representantes de las Iglesias cristianas y de otras religiones.
 22 al 26 de mayo: viaje a Azerbaijan y Bulgaria.
 23 de julio al 2 de agosto: viaje a Canadá (a Toronto para la octava Jornada Mundial de la Juventud), a Ciudad de Guatemala y a Ciudad de México.
 16 al 19 de agosto: octavo viaje a Polonia para la consagración del santuario de la Divina Misericordia en Kraków-Lagiewniki.
- 2003.-** 3 al 4 de mayo: quinto viaje a España.
 17 de mayo: se le confiere el doctorado *honoris causa* en jurisprudencia y el título de *Magno* por parte de la Universidad *La Sapienza* de Roma.

5 al 9 de junio: tercer viaje a Croacia: (viaje número cien del pontificado).
22 de junio: segundo viaje a Bosnia y Herzegovina.
11 al 14 de setiembre: tercer viaje a Eslovaquia. Se ve obligado a ser sustituido en la lectura de los discursos.

2004.- *5 al 6 de junio*: tercer viaje a Suiza, a Berna, para un Encuentro nacional de jóvenes católicos.

14 al 15 de agosto: peregrinación a Lourdes (sexto viaje a Francia) para el 150 aniversario de la proclamación o definición del dogma de la Inmaculada Concepción.

28 de agosto: envía una delegación a Moscú para entregar al Patriarca Alessis II el icono de la *Madre de Dios de Kazán*, como don a la Iglesia ortodoxa rusa.

27 de noviembre: entrega las reliquias de los santos Gregorio Nacienceno y Juan Crisóstomo al Patriarca de Constantinopla Bartolomé I.

21 de diciembre: después del mensaje *Urbi et Orbi*, a pesar de la dificultad de la palabra, desea *Feliz navidad* en sesenta y dos lenguas.

2005.- *1º al 13 de febrero*: novena hospitalización en el Gemelli, por crisis respiratoria.

24 de febrero al 13 de marzo: décima hospitalización en el Gemelli, por una nueva crisis respiratoria, que hace necesaria una operación de traqueotomía y la colocación de un tubo. Luego del Ángelus del domingo 13, se oye su voz por última vez en público: *Queridos hermanos y hermanas, gracias por su visita.*

25 de marzo, Viernes Santo: participa por televisión en el Vía Crucis que se realiza en el Coliseo, en donde se lee su mensaje: *Ofrezco mis sufrimientos para que el designio de Dios se cumpla y su Palabra camine entre los pueblos.*

2 de abril: muere a las 9:37 de la noche.

BIBLIOGRAFÍA

- Accattoli Luigi, *Juan Pablo II*, Ed. San Pablo, Bogotá, 2009.
- Benito Rodríguez José Antonio, *Beato Juan Pablo II*, Ed. Paulinas, Lima, 2011.
- Daniel-Ange, *Florechillas de Juan Pablo II*, Ed. Lumen, Buenos Aires, 2007.
- Del Río Domenico, *Florechillas del Papa Wojtyla*, Ed. San Pablo, Bogotá, 2006.
- Dziwisz Stanislaw, *Una vida con Karol*, Ed. La esfera de los libros, Madrid, 2007, quinta edición.
- Ferrer Eusebio, *Juan Pablo II, pregonero de la verdad*, Ed. Folio, 2 tomos, 2005.
- Frossard André, *No tengáis miedo*, Ed. Plaza & Janes, Barcelona, 1982.
- Frossard André, *Portrait de Jean-Paul II*, Ed. Fayard, 1992.
- Juan Pablo II, *Esta es mi vida*, Ed. Paulinas, Lima, 2010 (Idea original y compilación de Saverio Gaeta).
- Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Grupo editorial Norma, 1994.
- Juan Pablo II, *Don y misterio*, BAC, Madrid, 1996.
- Juan Pablo II, *¡Levantaos! ¡Vamos!*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2004.
- Juan Pablo II, *Memoria e Identidad: conversaciones al filo de dos milenios*, Ed. La esfera de los libros, Madrid, 2005.
- Malinski M., *Il mio vecchio amico Karol*, Ed. Paoline, 1982.
- Malinski M., *Le radici di Papa Wojtyla*, Ed. Borla, Roma, 1979.
- Malinski Mieczyslaw y Bujal Adam, *Juan Pablo II*, Ed. Planeta, Barcelona, 1980.
- Meney Patrick, *Anche il Papa ha avuto vent'anni*, Ed. Paoline, Milano, 1996.
- Ratzinger Joseph (Benedicto XVI), *Giovanni Paolo II: il mio amato predecessore*, Cinisello Balsamo, Edizione San Paolo, 2007.
- Riccardi Andrea, *Juan Pablo II, la biografía*, Ed. San Pablo, Buenos Aires, 2011.
- Valli Aldo María, *Mi querido Juan Pablo II*, Ed. Paulinas, Bogotá, 2010.
- Varios, *Dejadme ir a la casa del Padre*, Ed. San Pablo, Madrid, 2006.
- Velasco Miguel Ángel, *Juan Pablo II, ese desconocido*, Ed. Planeta, Barcelona, 1998.
- Weigel George, *Biografía de Juan Pablo II*, Plaza & Janes, Barcelona, 1999.

&&&&&&&&&&&